
SHADOW
nightmare
MC
De la autora de éxitos internacionales
AMELIA GATES

ÍNDICE

1. El Final Del Túnel
2. Solo Un Parpadeo
3. Por el Bien de la Esperanza
4. Naturaleza Humana o Instinto Animal
5. La Vida Duele
6. Sonidos de Terror
7. Mira Quién Está Aquí
8. Otra Vez
9. Hogar, Dulce Envidia
10. Pitbull
11. Cómplice
12. Los Amigos Son Para Los Tontos
13. «No» Es la Respuesta
14. Tres Veces Más
15. ¿Vale? ¿Vale?
16. Frenesí Alimenticio
17. Alabama Durante El Siglo Xviii
18. Infierno Sin Furia
19. Muéstrate
20. La Primera Vez Siempre Es La Peor
21. ¡Joder!
22. Los Cocodrilos Y Sus Lágrimas
23. Largo Y Duro
24. Sangre, Violencia Y Todo Lo Bueno
25. Treinta Minutos
26. No Es Indoloro
27. Él mató a mi esposa.
28. ¿Dónde estás?
29. ¿Quién Demonios Es Betty?
30. ¡Nunca!

UNO



EL FINAL DEL TÚNEL

SHADOW

A menudo, se encuentra a los muertos sobre un montón de sus propios excrementos. Incontinencia intestinal terminal. El esfínter te abandona igual que el resto del cuerpo.

El hecho de que me preocupe que alguien tenga que limpiarme el culo significa, sin duda, que aún no he llegado a ese punto.

El mundo se mueve, una nube de oscuridad envuelve la noche, ya de por sí oscura como el azabache. Las estrellas titilan en la negrura y, si cierro los ojos con fuerza, parecen deslizarse y formar palabras.

«Bienvenido al infierno —dicen.

Mi tipo de muerte. Aunque no la quiero. Al menos, no ahora. Hay demasiado que hacer antes de estirar la pata.

Ha habido muchas ocasiones en las que me he sentido preparado para conocer a mi creador. A mis treinta y dos años, he vivido una vida plena, he engañado a la muerte mil veces y he dejado una huella imborrable en este planeta ya dañado. He vivido pegado a un arma y, por lo tanto, no habría nada más apropiado que morir por el mismo medio.

Me dejo llevar por esa sensación, esa ligereza que quiere convertirme en alguien que intenta escapar del dolor que amenaza

con exprimir cada aliento de mi pecho.

Qué fácil sería simplemente... escapar. Dejar todos mis problemas atrás para que otros los solucionen. No más vivir al límite. No más bajones después de subidas increíbles. Solo polvo y cenizas y cualquier caja de madera que el club considere adecuada para el hijo del presidente. Morir podría significar la libertad eterna.

Me sumerjo más en la oscuridad, a la espera de esa luz brillante de la que todos hablan. Llegará un momento en que la puerta del cielo se alzará junto al horno del infierno.

Me imagino al diablo rugiendo, dándome la bienvenida con una botella de whisky y una golfa pechugona. Estaría orgulloso de mí por todo lo que he hecho. Por la vida que he vivido.

No soy un hombre miedoso, pero dudo en pensar en lo que vería si mirara en dirección a Dios.

Decepción.

Asco.

Resentimiento.

Muchos no le culparían, pero quizá él se culparía a sí mismo. Se daría cuenta en ese momento de que yo no hice más que jugar con las cartas que *él* me repartió.

Ahora estoy divagando, mis pensamientos sobre la vida después de la muerte se transforman en pensamientos sobre mi vida aquí en la Tierra. A medida que las imágenes se suceden ante mis ojos, la facilidad con la que había aceptado la muerte se transforma en miedo. En ira.

Los acontecimientos de esta noche se desarrollan como si estuvieran sucediendo por primera vez. Me veo a mí mismo, parece que desde arriba, como un personaje omnipresente en mi propia historia.

Oigo el sonido de mi nombre, la voz que lo llama con emoción. Oigo el estruendo de las balas resonando en el aire. Veo cómo retrocede mi cuerpo cuando la primera bala penetra en mi carne endurecida y, al girarme, otra bala me alcanza, tirándome al suelo, de modo que ni siquiera puedo mirar al cabrón que me está disparando.

El ataque no cesa. Otra bala. Y otra. Golpean la carne. Golpean los huesos.

Y luego su rostro. Sus botas, acercándose a mi cuerpo. Un. Dos. Paso. Un. Dos. Paso. El ruido queda amortiguado por el barro, que tiene la consistencia de un puré de patatas. La sangre salpica los vaqueros pálidos del tirador y se mezcla con la tierra firme. Y luego, nada más que pasos.

Los suyos, mientras se aleja, dejándome para morir a mi suerte.

Los suyos, mientras me abandona para que los buitres me devoren mientras me pudro.

Vuelvo al presente, en estado de shock, y veo fragmentos de la conmoción que se produce a mi alrededor.

Mis labios se abren, pero no tengo energía para gritarle mi descontento a la noche. Estoy jadeando.

Por pronunciar unas palabras.

Por aire.

Por vida.

Ya estoy medio muerto, hasta ahí debe ser cierto. Aunque no le temo a la muerte, no aceptaré morir a manos de *él*.

No exhalaré mi último aliento sin haberme vengado de la forma más completa posible. Hasta que haya tenido la oportunidad de sacarle hasta la médula de los huesos.

—Más rápido —grita la multitud a mi alrededor.

—Abran la puerta.

—Cuidado con...

«El bulto».

No han tenido cuidado con el bulto.

La camilla se inclina y mi cuerpo se desliza. El dolor me atraviesa mientras un charco de sangre se derrama sobre el suelo con un fuerte golpeteo.

Una mano se extiende, firme en su intento de empujar mi cuerpo hacia la camilla, pero la mano es demasiado pequeña para mi enorme corpulencia. Puedo sentir la gravedad luchando contra mí: pesando, pesando, pesando.

Mis manos quieren hacer algo. Agarrarse a los lados de esta puta camilla. Mis pies quieren reunir fuerzas y llevarme ellos mismos a la

sala de urgencias.

Aparte del dolor, no siento absolutamente nada.

Otra mano se une al caos y, con un empujón decente (y quizás algo de lubricación gracias a la sangre que ahora cubre toda la camilla), consigue volver a centrarme.

Le habría dado una palmadita en la espalda si no fuera porque su mano sucia seguía debajo de mí.

—Una ayudita —gime el hombre, tratando de rescatar su mano.

Intento moverme, pero mis noventa kilos de puro músculo no me sirven de nada en este momento.

Algunos maldicen. Otros se ríen.

—¿Creéis que a alguien le importaría si lo dejáramos junto a los contenedores y ya?

—Al fin y al cabo, ahí es donde se deja la basura, ¿no? Le haríamos un favor al medio ambiente dejándolo donde debe estar.

Otra risita. Esta vez femenina. Pero luego se oye más fuerte al cabrón con la risa propia de un adolescente en plena pubertad. Aunque es al que más odio, sigo pensando que todos y cada uno de ellos se merecen una muerte llena de agonía.

—Cuidado, Timothy. Sabes quién es, ¿no? —interviene un hombre.

—Por eso precisamente no debería salir vivo de aquí. El mundo sería mucho mejor sin gilipollas como él en las calles.

Por el amor de Dios, ¿quién ha contratado a estos idiotas para hacer de paramédicos?

—La HIPAA dice que tiene que vivir.

—Dios parece querer que muera.

Intento abrir los ojos, pero la oscuridad no me deja. Solo un vistazo, ruego. Un vistazo a los cabrones que se atreven a maldecir mi nombre. Les demostraré lo bien que se me puede dar jugar a ser Dios.

«Shadow, tendrías que quemar el mundo entero para deshacerte de toda la gente que te odia». Qué subconsciente tan maravilloso tengo, dándome una patada en el ego justo cuando más lo necesito.

El hecho es que *no* voy a morir esta noche. Si tengo que aferrarme a este mundo con media vida, eso es justo lo que haré.

—¡La puerta! —grita alguien.

Demasiado tarde, pienso, mientras me empujan en otra dirección. Todos los músculos de mi cuerpo se tensan, atravesados por un dolor insoportable. Se quedan así, el dolor me atenaza y no me suelta.

—Mierda. Vale. Vale. Lo tengo.

—Como si no lo hubieras hecho a propósito.

—Te lo juro por mi vida, no vi la puerta.

—Mmm —se burla la otra persona.

Estalla otra ronda de risas, carcajadas y comentarios maliciosos en voz baja. Al menos, ya no están gritando al mundo lo mucho que les gustaría ser los que echaran tierra sobre mi tumba.

El aire frío del aire acondicionado me golpea cuando se abre la puerta. Mi ropa está cubierta de sangre y esa sangre se enfría rápidamente, envolviéndome en lo que parece un baño de hielo.

Con toda la financiación que les hemos dado, a pesar de llevar años con nuestro propio médico, se supone que en este puñetero hospital deberían recibirnos echando la alfombra roja, con un montón de médicos que correteen a nuestro lado, abandonando todas sus obligaciones solo para asegurarse de que sobrevivimos.

¿Y qué obtengo, en su lugar? Un montón de payasos jugando al circo con mi cuerpo.

Como si escucharan mis pensamientos, los paramédicos dejan de hacer el idiota. O tal vez son más cautelosos con tantos ojos observando cada uno de sus movimientos ahora que están dentro del hospital. Preocupados de que nuestra maravillosa generación TikTok coja sus teléfonos y apriete el gatillo de sus cámaras, capturando cada detalle de la negligencia que se comete en este lugar. Sin embargo, no deberían preocuparse por los adolescentes. Deberían preocuparse por mí.

Estos cabrones me creen medio muerto. En realidad, estoy más que vivo. Cuando la otra mitad entre en acción, iré a por cada una de sus cabezas.

Cuando salga de aquí, les encenderé unos cartuchos de dinamita en el culo y veré cómo explotan como fuegos artificiales de sangre y carne.

Vale, quizá eso sea exagerado. No soy tan rencoroso como para buscar una venganza tan brutal solo porque un par de idiotas estrellaron mi camilla contra una puerta y se rieron de mí. Además, hay peces más gordos a los que freír.

Cierro los ojos y mis pensamientos se aquietan. Me recuesto en la quietud, tratando de no quedarme dormido, pero sin saber si podré evitarlo.

A partir de entonces, la vida en la camilla es un camino de rosas. No hay más golpes brutales que intentan tirarme al suelo. No hay más asistentes que contemplan la facilidad con la que podrían salirse con la suya si me mataran.

Más puertas se abren y se cierran a mi alrededor. Hay un alboroto de gente hablando, demasiado bullicio para que pueda distinguir una sola voz entre la multitud. El sueño que deseaba llegar no acaba de encontrarme. Todo parece ir más rápido ahora.

Pitidos.

Metales que tintinean.

Zapatos de goma que chirrían contra el suelo de linóleo.

Y luego, nada. Durante un rato.

La verdad es que me gustaba mucho más el ajetreo con mi cuerpo que esto. El silencio me hace desconectarme.

El silencio me pone nervioso.

Un escalofrío recorre la habitación y... Joder..., ¿me han llevado a la morgue?

Aprieto los ojos con fuerza y luego, lentamente y con cautela, los abro. Solo un poco. Lo justo para echar un vistazo.

Hay una masa de máquinas a mi alrededor: monstruosidades blancas con luces parpadeantes y cables enredados. También veo el extremo de una mesa metálica y todo huele a estéril.

He estado en suficientes morgues como para saber a qué huele la muerte cuando lleva días en un congelador. Este lugar no huele exactamente así.

Decido que es el quirófano, pero, aun así, me gusta saber qué demonios está pasando, aunque no tenga el control de la situación.

Si pudiera cerrar el puño, lo estaría golpeando contra el metal de esta puta camilla, exigiendo respuestas, explicaciones y una

puñetera manta, por el amor de Dios.

Parece que pase otra eternidad antes de que la vida vuelva a entrar en la habitación. Las voces que resuenan contra las paredes son más profesionales y rígidas que un palo metido en el culo de una bruja.

—Hombre de treinta y dos años, herida de bala en...

Enumeran un montón de cosas, cada una más grave que la anterior. Por cada bala que cuentan, hago una lista del número de veces que le daré una vuelta al cuello al cabrón que me ha disparado.

Me ponen algo sobre la nariz y la boca y mis pensamientos se apagan, centrándose en... no es falta de oxígeno. ¿Claustrofobia, tal vez?

De nuevo, me invade la desesperación por usar los brazos, pero no consigo controlar mis extremidades.

Me hacen preguntas que no puedo responder, cortesía de la máscara de plástico que me cubre la cara. Las preguntas se suceden tan rápidamente que no creo que esperen que las responda.

Por primera vez, mis ojos parecen funcionar correctamente. Ahora están abiertos, entrecerrados por la luz cegadora de las lámparas del quirófano.

¿Cómo de fácil sería para ellos acabar conmigo aquí mismo y fingir que la medicina le ha fallado a sus expertas manos? «No. No puedo pensar así».

Aún tengo una misión que cumplir y no moriré antes de haber conseguido mi venganza como recompensa.

Quizá esos no sean los pensamientos que debería tener ahora. Si Dios me estuviera escuchando, sería el primero en borrarme de la faz de la tierra por no suplicar un perdón y prometer ser un hombre mejor. O quizá pensaría en todas las cosas que hizo el cabrón que me disparó y se daría cuenta de que, si me deja vivir, haré más bien que mal al acabar con ese hijo de puta.

«Ojo por ojo y todos acabaremos ciegos», me susurra una vocecita en la cabeza.

Supongo que es mejor apostar por que Satanás me salve la vida. Pero no voy a empezar a rezarle a ese cabrón, así que supongo que

tendremos que esperar y ver qué pasa.

Alguien me toca el brazo, y siento calor en la parte interior del codo. A continuación, siento un pinchazo tan leve que casi no lo noto.

Me pregunto cuántas drogas tendrán que inyectarme para dejarme inconsciente. Y entonces me encuentro preguntándome un montón de cosas más. Si hay vida después de la muerte. Cuántas estrellas hay en la galaxia. Si la fornicación es un pecado, ¿significa eso que no hay sexo en el cielo? Hasta que, bueno, tu esposa terrenal también estira la pata, entonces tal vez follar por esos lares esté bien. Excepto que yo nunca me casé. Yo no me meto en relaciones. Al menos, ya no.

Tantas cosas pasan por mi cabeza en tan poco tiempo que es imposible concentrarse en una sola.

Cuando las preguntas cesan, busco algo más: recuerdos. Parecen estar a años luz, pero siguen ahí. El olor salado del mar. El silbido del gorrión de garganta blanca. La forma en que el vestido de gasa de mi madre se mecía con el viento aquel domingo antes de morir. La sonrisa de mi hermana.

Una cara aparece ante mis ojos y el mundo se detiene en seco. Durante un rato, es lo único que veo. Una cara preciosa, suave y ovalada, con las mejillas sonrosadas como rosas. Ojos dorados. Mechones castaños que asoman por debajo de la cofia. Es una cara que conozco bien. Demasiado bien. Un rostro que he estudiado miles de veces, intentando con todas mis fuerzas grabarlo a fuego en cada rincón de mi cerebro. Un rostro que también he intentado olvidar miles de veces, deseando con todas mis fuerzas que hubiera alguna forma de borrar hasta el último rastro.

Un rostro que nunca pensé que volvería a ver.

Abro los labios, pero, aunque las palabras me salieran, la mascarilla que cubre la mitad de mi cara no las haría comprensibles.

Típico de ella aparecer cuando estoy en mi peor momento.

Hay que ver con Dios, poniéndola a cargo de mi vida.

Supongo que el tío del cielo tiene sentido del humor, después de todo.

DOS



SOLO UN PARPADEO

MINA

Han acribillado su cuerpo con balas. Han utilizado su carne como si fuera su propio vertedero.

El hecho de que esté vivo supera todo razonamiento médico.

El hecho de que ningún órgano vital haya resultado dañado es poco menos que un milagro.

Se rumorea que ha recibido su merecido. Que es un monstruo que no merece estar en este mundo. Esas mismas palabras se dijeron de mí, hace mucho tiempo. Es curioso lo diferente que es el contexto. Pero el odio se manifiesta de muchas formas y por muchos motivos.

Por más que lo intento, me cuesta mucho sacudirme de encima esta sensación de terror que me invade cada vez que abren la boca. No es un sentimiento que debería tener, al menos no en lo que respecta a Knox.

Knox.

El nombre resuena en mi cabeza con más fuerza que nunca.

Me froto las manos con fuerza, rápido, casi de forma obsesiva. Solo cuando la piel me escuece, bajo la mirada y veo lo enrojecidas que están. Un poco más de presión y seguro que habría sangrado.

—Me pregunto a quién habrá cabreado esta vez —dice Kim, alisándose el dorso de las manos sobre la bata.

Es una chica bajita, con el pelo rubio y unos llamativos ojos azules, recién salida de la facultad de medicina, a juzgar por la insignia de «Reina del baile 2019» que lleva en la manga izquierda. Aun así, debería saber que no se deben emitir juicios en un quirófano.

—No me extrañaría que fuera uno de sus propios hombres.

«Sus propios hombres», pienso. ¿Qué significa eso?

—Conozco al menos a cien personas en este pueblo que estarían encantadas de asumir la culpa —interviene Abraham.

Por el rabillo del ojo, veo que Abraham levanta la mano, insinuando que él sería uno de los cien a los que no les importaría que les culparan de la muerte de Knox.

Mi corazón late con fuerza, esperando escuchar los agravios que Knox le ha infligido. Mi lengua se agita en mi boca, una lealtad fuera de lugar quiere salir en defensa de Knox.

—Solo estás mosqueado porque no esté en tu misma acera —suelta Kim, acercándose a mí.

Nunca se habían comportado así en uno de mis quirófanos. Es comprensible, aquí soy nueva, así que quizá las primeras veces fueron simplemente la fase incómoda de llegar a conocer a tu jefa.

—No lo tocaría ni con un palo de tres metros, aunque así fuera. Tengo mis principios, Kim. Deberías saberlo. —El disgusto es evidente en la voz de Abraham, todo de su tono me dice que está diciendo la verdad sobre lo que siente hacia Knox.

Yo también siento cierto rencor hacia él. Pero han pasado años desde que me dejó destrozada. Años desde que lo vi por última vez.

Kim y Abraham continúan, y sus comentarios se vuelven más groseros cada vez que abren la boca. Soy nueva en Marno Bay. Nueva para ellos, mi equipo.

Por un momento, me pregunto si esto podría ser algún jueguito estúpido, una especie de novatada. Pero la bilis que escupen parece provenir de un lugar oscuro, más que de un intento de tomarme el pelo.

Hay enfermeras que han sido encarceladas por dar medicamentos incorrectos a los pacientes, médicos que han sido juzgados por diagnósticos erróneos intencionados. Quizás he entrado en el Bates Motel de los hospitales.

Las conversaciones no cesan. Lo único que se oye es cómo apuestan sobre cuánto tiempo tardará Knox en morir.

Quiero gritar. Berrear. Enfrentarme a ellos y hacerles tragar sus palabras.

La malicia con la que escupen sus insultos, el hecho de que esas palabras viles salgan de los labios de hombres y mujeres que, durante los últimos seis meses, se han presentado como personas buenas y decentes, es... desconcertante.

Pero, ¿cuántas veces me ha engañado un rostro inocente? Demasiadas, la verdad.

Soy la última en terminar el ritual de lavado, pero la primera en salir de esta sala y entrar allí donde se desarrolla la verdadera acción. El quirófano.

Unos pasos perezosos me siguen, con una evidente falta de ganas de atender al paciente en cada gesto.

En Nueva York tenía un equipo del tamaño de una orquesta. Tenía días de baja por enfermedad y vacaciones pagadas. Aquí, en Marno Bay, no hay semejantes lujos. Solo los idiotas cambian un trabajo como el que yo tenía por un salario mísero y apenas unas pocas horas para conciliar el sueño. Pero salvar vidas es salvar vidas. No importa dónde lo hagas. Además, no es que tuviera otra opción. Puede que no me despidieran, pero solo porque renuncié antes de que mi jefe pudiera deslizarme los papeles del despido por el escritorio.

Me detengo justo al entrar en la sala, con la indecisión corriendo por mis venas. No hay lugar para eso aquí y lo sé. Es más, no puedo dejar que los demás piensen que estoy relacionada con Knox.

Me controlo y me acerco. Cuando miro el rostro de Knox, recordándolo antes de que estuviera cubierto de barba, antes de que su mandíbula fuera tan marcada y la juventud se deslizara por sus cejas como una mariposa sobre una ola, me cuesta entender cómo alguien podría odiarlo.

Echo los hombros hacia atrás. No importa lo que piensen los demás. Tampoco importa lo que yo, o ellos, sintamos por el hombre que yace sobre mi mesa, con el cuerpo desnudo a la vista de todos. Aquí no se aceptan opiniones. Solo medicina. Solo ciencia. Solo salvar vidas.

Parece que soy la única que ha recibido el memorándum. Me hace preguntarme si este hospital ha contratado a médicos y enfermeras de verdad o si me he metido en una producción de Hollywood.

Los chismorreos continúan, cada palabra resuena en mi cabeza. Aprieto los ojos con fuerza. Los abro. Sigo sin ver nada claro.

—La doctora parece estar pensando lo mismo que todos nosotros —susurra Abraham, con un tono de guasa aún presente en sus palabras.

Quizá cree que no puedo oírlo. Quizá *quiere* que lo oiga. Que me una a la broma. No estoy segura.

Es demasiado confiado para sus competencias. Habla demasiado. Siempre es el más alborotador en la sala de descanso.

Abraham no me conoce como conoce a los demás. Soy nueva. Solo estoy en este pueblo por una razón y ninguna de ellas tiene que ver con hacer amigos como él.

Mis ojos se clavan en los suyos.

—Silencio —exijo. Es la primera vez que alguno de ellos me oye levantar la voz. Estoy tranquila. Soy razonable. Soy imperturbable.

Unos ojos sorprendidos se abren de par en par. El silencio se apodera de la sala. Abraham tira del bajo de su bata, un tic nervioso, supongo.

—El paciente que está sonbre mi mesa es un ser humano —digo con el mismo tono autoritario en mi voz—. Tiene una familia que lo quiere, amigos que están muy preocupados por él, tal vez un hijo, tal vez una esposa... y, al igual que cualquier otro paciente que ha tenido la desgracia de acabar en mi mesa, él también merece una oportunidad de sobrevivir. —Hago una pausa para respirar con calma —. Cualquiera que desee otra cosa que no sea verlo prosperar puede abandonar mi quirófano.

Miro a las enfermeras, a los médicos, recorro la sala con la mirada y vuelvo a mirar al grupo.

Nadie se mueve.

Nadie respira.

Nadie habla.

Bien. Si tengo que trabajar en silencio durante el resto de mi estancia en este pueblo, será mejor que tener que soportar la diarrea verbal que han estado vomitando.

—Bisturí —digo, extendiendo la mano. Felicia se apresura a coger el objeto metálico y me lo desliza en la mano.

Con la precisión y la concentración de un halcón, me pongo manos a la obra.

Una bala.

Dos balas.

Tres balas.

Sangre. Mucha sangre. Mierda. Joder. Demasiada sangre.

No necesito mirar el monitor para saber que los signos vitales de Knox se están yendo al garete.

—Vamos a necesitar más sangre.

—¿0 positivo? —pregunta Kim. En realidad, no es una pregunta, solo busca confirmación. Aun así, me molesta saber que es muy probable que ni siquiera haya echado un vistazo al expediente de Knox antes de entrar en el quirófano.

La miro de reojo y veo cómo se pone pálida. No respondo a la pregunta. Solo la miro fijamente. Meto los dedos en uno de los agujeros de bala y la gasa se tiñe rápidamente de rojo.

Todo el mundo parece tan asustado como yo. ¿He cometido un error? Estaba distraída. Por muy concentrada que estuviera, *sé* que estaba distraída. ¿Cómo no iba a estarlo con todo lo que había descubierto en las últimas horas?

Una vez que consigo controlar la hemorragia, doy un paso atrás.

«Knox ha sido masacrado por las balas y ahora lo estoy masacrando yo». Mierda. Se me da mejor que esto.

—Descanso —digo, y me alejo completamente de la mesa, con los ojos pegados al monitor. Ahora está estable, pero nuestro trabajo aquí aún está lejos de terminar.

Quedan cuatro balas más. Todas ellas con la posibilidad de acabar con mi racha de supervivencia. Un paso en falso y Knox se desangrará más rápido de lo que yo puedo bombearle sangre.

Contemplo mis opciones, algo que nunca hago. Siempre actúo con un plan y siempre lo ejecuto. *Ese* es mi modus operandi. Pero ahora...

Ahora me cuestiono a mí misma. Me pregunto si no sería mejor dejar las balas donde están. Si no estoy haciendo más mal que bien al extraer el metal de este hombre.

Camino hacia la puerta y miro a través de la pequeña ventana, viendo todo y nada al mismo tiempo.

—Doc —dice Felicia, con la palabra en forma de pregunta en los labios.

Levanto un dedo, exigiendo el silencio que he pedido.

La duda no tiene cabida en este quirófano.

Agito los brazos, borrando todos los pensamientos de mi mente. Soy la mejor... o eso dicen los rumores. Ha habido artículos en las revistas médicas más prestigiosas del mundo que hablan sin cesar de lo firmes que son mis manos. De lo joven, talentosa y prometedora que es Mina Bradshaw. Esos artículos han dejado de aparecer. Los que los sustituyen están llenos de preocupación.

Quizás nadie me culparía si un hombre con ocho heridas de bala no saliera vivo de mi quirófano, pero *yo* no podría vivir con eso. Esto es una mierda comparado con el trabajo que he hecho.

Este nerviosismo que siento se debe únicamente al hecho de que una vez amé a este hombre. Sin embargo, han pasado años desde que cortó todo contacto conmigo, desapareciendo sin dejar rastro y dejando tras de sí tantas preguntas sin respuesta.

Salvarle la vida no es más ni menos importante que todas las demás vidas que he salvado. Tengo que sacármelo de la cabeza. Hacer mi trabajo. Salir de esta sala y no volver a ver a Knox nunca más. Al diablo con zanjar el asunto. No lo necesito.

Me sacudo de nuevo y encuentro la fuerza que necesito para volver a la mesa, pedir un punzón, luego un bisturí, una bandeja y una pera de succión.

Ahora estoy en racha, mis manos se mueven solas, como por arte de magia. Mi concentración es total mientras me centro en la bala más difícil.

A apenas a medio centímetro de la arteria pulmonar principal, ah, pero qué fácil. Dentro y fuera, así sin más. Manos firmes. Inhumanamente firmes. Casi puedo oler la tinta fresca de la revista que llevaba ese mismo título, con mi foto en portada y una sonrisa pensativa y ensayada en los labios. Ahora estoy muy lejos de ser esa chica, pero estas manos no lo recuerdan.

No pierdo de vista el lugar del que acabo de sacar la bala. No habrá un chorro de sangre, de eso estoy segura, pero apartar la mirada ahora sería un error. No soy excesivamente cautelosa, solo minuciosa.

Siento que me observan. Oigo cómo exhalan al relajarse todos a la vez. No es alivio lo que sienten al saber que Knox vivirá, sino asombro al verme trabajar como no lo había hecho en meses.

«Impresionante», dijo el Dr. Mason cuando me vio por primera vez. Exhaló como lo hacen todos ahora, aunque un poco más exageradamente, para mostrar lo impresionado que estaba. Me encogí los hombros para alejar ese pensamiento. Mason no puede meterse en mi cabeza. Mason no tiene *permiso* para meterse en mi cabeza.

Echo los hombros hacia atrás y miro al equipo.

—Cubrid la herida —les digo.

Las manos se mueven con determinación mientras llenan el cuerpo de Knox con gasas, empapándose cada vez más de sangre. Cosen, enhebrando la aguja con rapidez, concentrados mientras perforan la piel y la vuelven a unir.

Se rellenan las fichas. Se comprueba todo. Se vuelve a comprobar. Se vuelve a comprobar una tercera vez. Hasta que, por fin, se abren las puertas y nuestro trabajo ha terminado por el momento.

No intercambio ni una palabra con mi equipo antes de salir de la sala. Camino hacia la salida, necesitando aire como si me lo hubieran negado toda la vida.

Las voces intentan alcanzarme en los pasillos, una avalancha de preguntas rebota contra mí en rápida sucesión. Quieren saber si estoy bien. Si Knox ha sobrevivido. Si está muerto. Quieren saber *qué ha pasado.* Pero no puedo responderles. No puedo detenerme.

Mis pasos se aceleran, empujándome hacia la puerta para poder tomar aire y llenar mis pulmones.

El aire frío me escuecec la piel al salir.

Inhalo hasta que me arden los pulmones.

Inhalo hasta sentir que me ahoga el oxígeno que tanto había ansiado.

Otra vez. Otra vez. Respiración tras respiración. Cada una más profunda.

Ahora estoy de rodillas, una imagen digna de contemplar mientras me agarro el pecho, evitando que me sobrecojan los inicios de un ataque de pánico.

Me quito los guantes quirúrgicos ensangrentados y los tiro a un cubo de basura cercano. Las lágrimas me pican en los ojos, pero me niego a llorar.

Hoy lo he hecho lo mejor que he podido. He mantenido el control. He corregido mis errores antes de cometerlos. Hoy he sido fuerte.

«No deberías haberlo operado». Mi subconsciente puede pensar que es lo correcto, pero no lo es. No conozco a este hombre al que llaman Shadow. No es ni amigo, ni pariente, ni enemigo, solo alguien con quien me crucé en una vida que parece demasiado lejana como para recordarla del todo. Una vida en la que él tenía otro nombre. Donde nadie deseaba su muerte. Donde era el alma de la fiesta, el intelectual, lo mejor que cualquiera podría haber deseado.

«Tú lo amabas» grita esa vocecita, pareciendo olvidar que también lo odiaba.

Todavía lo odio y, sin embargo, hoy le he dado todo. Silencié las conversaciones. Reprimí a mis compañeros de trabajo por sus comentarios despreciables.

Mis manos estaban firmes, mis movimientos precisos. Estaba concentrada. No distraída, no era una adolescente con el corazón

roto, sino una cirujana cuya única intención era salvar la vida que tenía ante sí.

A pesar de las circunstancias, hoy no cometí ningún error.

TRES



POR EL BIEN DE LA ESPERANZA

SHADOW

Me siento como si me hubiera atropellado un camión y el conductor hubiera dado marcha atrás y me hubiera vuelto a atropellar.

Cada movimiento me duele y aún no he abierto los ojos, aferrándome estúpidamente a la esperanza de que todo esto sea una especie de sueño. Si vuelvo a sumergirme, despertaré como un ser humano completamente funcional.

Miro el reloj, esperando que me diga cuánto tiempo llevo en esta habitación de hospital. Recuerdo fragmentos de los días pasados, pero no consigo ordenarlos cronológicamente para separarlos.

Se oye un chirrido en la puerta. Mantengo los ojos bien cerrados. Quizás quienquiera que sea se vaya si no respondo. No estoy en condiciones de recibir visitas ni de conversar, y menos aún si se trata de la policía.

Me asalta el recuerdo de que quizá me hayan llevado por error al depósito de cadáveres. Abro de golpe unos ojos como platos. Ni loco voy a arriesgarme a que esos cabrones piensen que estoy muerto. No después de cómo trataron mi cuerpo cuando llegué. ¿O fue solo un sueño?

Nuestro club ha donado millones a este hospital en los últimos años. Los médicos de aquí prácticamente trabajan para nosotros. No

es que los hayamos necesitado últimamente, en parte por suerte y en parte porque tenemos un médico en plantilla. Bueno... teníamos un médico e a en plantilla, hasta que lo echaron cuando no pudo salvar las vidas que necesitábamos salvar.

Mis ojos tardan en acostumbrarse a la luz. No ayuda que esta habitación sea blanca, blanca y blanca. O tal vez solo sea el techo lo que estoy viendo.

Intento girar la cabeza justo antes de que unos ojos dorados y borrosos me miren fijamente.

Una sonrisa se dibuja en mis labios, aunque el dolor hace que me cueste más mantenerla de lo necesario. A Mina le encantaba mi sonrisa, la llenaba de besos cada vez que tenía oportunidad. Besar era mucho más fácil que hablar, solía decir. Demasiadas emociones para poder expresarlas adecuadamente con palabras.

De repente, no me importa tanto estar en esta cama.

Cuanto más se acerca su rostro, más inapropiados se vuelven mis pensamientos. Veo la forma en que se le iluminaban los ojos cuando hundía mi polla dentro de ella. Cómo se entrecerraban hasta convertirse en dos pequeñas rendijas cuando estaba a punto de correrse.

Me paso la lengua por los labios, casi saboreando el placer con el que solía humedecerla cuando la visión borrosa se disipa y mi enfoque se centra en la imagen completa de la persona que se cierne sobre mí.

Rápidamente, mi sonrisa se convierte en otra cosa. Unos centímetros por debajo de esos ojos dorados hay… una barba completamente crecida. A menos que Mina estuviera escondiendo un calzoncillo lleno de secretos, esta no es ella.

Con el ceño fruncido, miro al hombre que me mira desde arriba, esperando que no se haya dado cuenta de la mirada de «fóllame» que le estaba lanzando hace solo unos segundos.

—¿Dónde está la médico? —gruño.

Mi voz suena como la de un extraño, áspera y desconocida. El médico parece confundido, como si estuviera hablando un idioma completamente nuevo. Somos dos los que no podemos entender la mierda que sale de mi boca.

Aclaro la garganta y hablo más despacio esta vez.

—¿Dónde está la doctora Bradshaw?

Digo su apellido con cierta vacilación. Por lo que sé, podría estar casada a estas alturas. Siento como si estuviera conteniendo la respiración mientras espero la confirmación de que no es así, aunque no debería importarme una mierda.

El médico se ríe entre dientes, jugueteando con la linterna en miniatura que tiene en la mano.

Me mantiene abierto uno de los ojos y procede a cegarme. Asiente con la cabeza hacia el nombre que aparece en su bata blanca.

—Dr. Johnson —dice—. He estado contigo durante los últimos catorce días. Catorce días. Son dos putas semanas enteras. No es posible que el tiempo haya pasado *tan* rápido—. Estaré controlando tus progresos durante las próximas horas —continúa—. La doctora Bradshaw hace las rondas nocturnas, así que no vendrá hasta más tarde.

—Joder.

Ignora mi irritación y pasa a cegarme el otro ojo. Le aparto la mano, arrepintiéndome inmediatamente cuando el dolor me atraviesa el costado.

Una vez más, no se ofende. Me hace preguntarme qué tipo de personas suelen acabar en su cama de hospital.

—¿Puede abrir la boca? —Me hace la pregunta lentamente, como si fuera difícil oírle y contara con que leyera sus labios.

Debería ser lo suficientemente inteligente como para saber que solo se está asegurando de que no me estoy muriendo. Aun así, el hecho de que casi le tiro los tejos me tiene desconcertado por dentro.

—Lo siento, doctor. Por muy bonitos que sean sus ojos, no me gustan los hombres.

—Es usted muy gracioso, señor Rhodes. Me alegra ver que está de buen humor. Dicen que no estaban seguros de que fuera a sobrevivir cuando lo trajeron.

—Más bien parecía que *esperaban* que no sobreviviera. No sé cómo permiten que esa gente conduzca ambulancias si ni siquiera

saben manejar una puñetera camilla.

El Dr. Johnson se quita el estetoscopio del cuello y me lo presiona contra el pecho. Me duele un montón, pero no voy a hacer el tonto quejándome. Este cabrón trabaja con Mina y, aunque fuera ciego, no le costaría nada darse cuenta de lo buena que está. No voy a permitir que se rían mientras toman un café y hablan de lo cobarde que soy.

Los celos rugen en mi estómago como un dragón hambriento.

Probablemente no debería odiar al hombre que me toma las constantes vitales, pero pasan todo tipo de cosas cuando vas hasta arriba de drogas y, al parecer, sigues obsesionado con tu puñetera ex. Por no mencionar el hecho de que el doctor Johnson no es desagradable a la vista.

Tiene ese aire de empollón, sí. Pero es un empollón que va al gimnasio al menos tres veces por semana. Sin duda, el tipo de Mina. Con sus títulos y sus diplomas y todo eso. Nadie puede culparme por odiarlo por principios.

Solo con verlo caminar se nota que nació con un palo en el culo.

Vale, quizá *no* sea su tipo. A ella nunca le han gustado los ricachones de colegio privado, aunque, técnicamente, ella solía ser una de ellos.

Pero, ¿qué demonios sé yo de Mina? El ballet era su vida y ahora va por ahí con bata, extrayendo balas de gente medio muerta. Intenta imaginarte a una bailarina haciendo eso, vestida con zapatillas de punta y un tutú, con las manos ensangrentadas. Imposible.

Por un momento, pensé que quizá me la había imaginado, pero luego recordé que el médico había confirmado su existencia. La doctora Bradshaw. La jodida doctora Bradshaw.

Si no estuviera tan ocupado taladrando con la mirada la nuca de Johnson, quizá sentiría orgullo por ella. Pero tal y como están las cosas, solo siento rabia. Y envidia. Envidioso como coño con tampón en medio de una orgía.

EL TIEMPO pasa y Mina no aparece por ningún lado. Una parte de mí está segura de que está jugando a evitarme. Otra parte quiere levantarse de la cama y recorrer los pasillos para ir en su búsqueda. Eso, por supuesto, sería una idea horrible.

Quienquiera que haya dejado las muletas en la esquina de la habitación es un sádico, nada menos. No podría usarlas ni aunque estuvieran junto a mi cama. Aun así, me gustaría tener por lo menos la opción de poder caerme de culo intentándolo.

Ajusto la almohada y aprieto los dientes para soportar el dolor mientras busco el mando a distancia en la bandeja junto a la cama.

Enciendo la televisión y cambio de canal en busca de algo ligero. *El Príncipe de Bel-Air* resulta ser el ganador, pero Smith me hace reír a carcajadas, amenazando con desgarrarme los puntos. Ese cabrón es demasiado gracioso y la risa es mi kriptonita en este momento.

Vuelvo a probar suerte haciendo *zapping*.

Las noticias por aquí tienden a fingir que este pueblo no está plagada de desgracias. Siempre informan de gatos rescatados de los árboles y de que la tarta de cerezas de la tía May ha ganado el concurso de repostería de la granja por decimoquinto año consecutivo.

Al parecer, soy mucho más popular de lo que pensaba o esperaba. Como hijo del presidente de los Nightmare MC y futuro presidente, soy consciente de que soy una figura tan prominente en este pueblo como el alcalde. Aun así, mi cara es lo último que espero ver en la gran pantalla.

Con los ojos bien abiertos, escucho todas las cosas maravillosas que dicen de mí.

«Miembro respetado y querido de nuestra comunidad» y «Nuestras oraciones están con su familia y amigos». Menuda chorrada. Pero, ¿qué esperaba? Como ya he dicho, se alimentan de la positividad, incluso cuando la adversidad es lo único a lo que se ha enfrentado esta comunidad.

Quizás hay una parte de mí que puede apreciar el ajetreo. La gente de esta zona tiene que lidiar con tantas cosas en sus vidas

que lo último que necesitan es encender las noticias y echarse encima la carga de la realidad de lo mucho que apesta la vida aquí.

Aun así, casi puedo oler las paridas que salen de la boca del detective mientras sigue hablando de atrapar al cabrón que intentó matarme. Utiliza palabras más bonitas, más limpias, más políticamente correctas para la televisión, por supuesto, pero lo mires como lo mires, sigue apestando como un montón de...

Apostaría mi escroto izquierdo a que mi padre ya se ha reunido con él. Le habrá dicho que no meta las narices en este caso, que lo resolveremos nosotros a nuestra manera.

ESTAR DESPIERTO en un hospital es una mierda. Al parecer, me indujeron el coma, a pesar de que la operación salió bien. Me despertaron ayer, lo que explica por qué dos semanas se me pasaron volando.

Cuando la enfermera entró a ver cómo estaba, le pregunté cuándo podría irme a casa. Me aseguró que aún me quedaba mucho para que me dieran el alta, lo que, por supuesto, me llevó a preguntarle si aún estaba disponible eso del coma. Si tengo que quedarme aquí, preferiría no tener más remedio que dormir.

La enfermera se rio como si estuviera en un programa de comedia y me dijo, con absoluta certeza, que ningún médico estaría dispuesto a inducirme el coma. Fijo que no conocía a los cabrones de los servicios de emergencia que me trajeron aquí.

Intenté retener a la enfermera todo lo que pude, pidiéndole que me rascara el hombro y me revisara la aguja del brazo, que me sirviera el decimoctavo vaso de agua, del que me quejaba porque estaba demasiado fría, demasiado caliente, casi a la temperatura perfecta, pero no lo suficiente. Al final, se dio cuenta de mis intenciones y me dijo que, por más que le gustara pasar tiempo conmigo, tenía otros pacientes que atender y que yo tendría que aguantar este puto coñazo.

Para mi consternación, me quedé solo, empujando la gelatina de mi plato y cambiando de canal en la televisión. No era el mejor uso que podía darle a mi tiempo. Debería estar ahí fuera vengándome.

Puede que no me fíe de mí mismo para dar dos pasos por la habitación, pero ponme de nuevo encima de mi moto y soy hombre nuevo.

Al final, cuando me aburro de cambiar de canal y dar vueltas con la gelatina, mi cuerpo decide volver a dormir.

No sé cuánto tiempo he estado dormido, pero no me siento precisamente renovado cuando me despierta el ruido de la puerta al abrirse. Aun así, la emoción recorre mis venas, seguida rápidamente por una enorme decepción al darme cuenta de que no es Mina quien entra.

¿No dijo el Dr. Johnson que vendría a verme esta noche?

Una parte de mí quiere ponerle las cosas difíciles a la enfermera. Fingir una embolia o un ataque al corazón y hacer que vaya corriendo a buscar a la Dra. Bradshaw. Pero eso no sería justo, ¿verdad? Al fin y al cabo, Mina tiene todas las razones del mundo para evitarme, aunque sea mi médica.

Los gruñidos de mi estómago me dicen que quizá no debería vacilar a la enfermera. Es una mujer menuda, cerca de los sesenta, con el pelo largo y blanco recogido en una coleta, gafas de montura negra tan grandes como unas gafas de buceo y una placa con el nombre «Cindy» escrito en cursiva.

—Me alegro de que esté despierto. Espero que le haya entrado el apetito.

Ahora que lo menciona, me muero de hambre. Si hubiera sabido que lo único que me iban a dar hasta ahora era gelatina, probablemente me la habría comido en lugar de usarla para jugar al golf.

Miro el carrito que la enfermera ha metido en la habitación, tratando de ver qué hay en el menú de hoy. Ahora que saben que estoy despierto, seguro que me traen algo que no se tambalea en el plato.

Algunas personas se quejan de la comida del hospital, pero esas son las que están en el otro ala del hospital. Este lugar en el que estoy está reservado para la élite de Marno Bay. El hecho de que Nightmare MC pertenezca a ese grupo dice mucho de este pueblo.

Sea como sea, esta es la parte del hospital en la que ingresaría la reina si, por ejemplo, estuviera rodando entre balas como yo antes de que me trajeran aquí.

La amable anciana se acerca a la ventana, donde unas largas cortinas blancas cubren toda la altura de la habitación. Las descorre un poco más para que la luz del sol inunde la estancia.

Abre una ventana.

—Un poco de aire fresco no viene mal.

—¿Me está diciendo que huelo mal, enfermera?

—He oído que es usted gracioso. Me alegra comprobar que los rumores son ciertos. En este lugar vemos tantas caras amargas que es —señala la ventana abierta— toda una bocanada de aire fresco tener a alguien como usted aquí.

—Ah, muy bueno. —Me río un poco, felicitándola por el chiste—. Te puedo nombrar un millón de sitios en los que preferiría estar encerrado.

Cindy se encoge de hombros.

—Saldrá en un santiamén. Solo tiene que moverse un poco, asegurarse de que su cuerpo funciona como debería.

—La última enfermera me dijo que aún me quedaba mucho. Tú me dices que saldré en un santiamén. ¿En qué quedamos?

Me guiña un ojo, pero no responde. Supongo que es ella la que me está vacilando a mí, pero sin mala intención, así que le dedico una sonrisa.

La enfermera Cindy dirige la mirada hacia la pequeña mesa de madera con dos sillas a cada lado, junto a la ventana.

—¿Crees que podrá venir aquí a comer?

Miro las muletas, deseando que les crezcan patas y vengan a mí. Pero no soy un puto mago, así que solo puedo contar con mis propios medios.

Aprieto las manos contra la cama, encogiéndome cuando el dolor me atraviesa cada parte del cuerpo. La espalda. El pecho. Es como si alguien hubiera encendido un horno dentro de mí.

—¿Seguro que debería moverme? Siento que los puntos se van a desgarrar si respiro con fuerza.

—Entonces no nos arriesguemos —dice ella, acercando el carrito a la cama.

Cindy recoge los restos de comida de la mesita junto a mi cama y los sustituye por la comida que ha traído.

—Lo intentaremos mañana. Si el dolor se vuelve muy intenso, avise a los médicos. Ellos verán si conviene aumentar la medicación.

Miro el vendaje de mi brazo y el tubo que sale de él.

—Y yo que pensaba que era whisky lo que me estaban inyectando en sangre.

Su pecho se sacude mientras se ríe.

—Que aproveche.

Cuando sale de la habitación, me siento mucho mejor.

Quito la tapa metálica del plato y mi buen humor se va al traste al ver el móvil en medio de un plato blanco y reluciente. Como soy un payaso, lo huelo, joder.

Este no es uno de esos programas en los que la gente hace que las cosas comestibles parezcan incomestibles. Solo es plástico duro y botones de goma. Supongo que es de mi padre. Pero, aun así, ¿para qué ilusionarme haciéndome creer que me van a dar de comer y luego salirme con esta mierda?

Con mucho menos entusiasmo, quito la tapa del otro plato. Ah, ahí está. Un plato humeante de pescado y arroz con unas pocas verduras frescas al lado. Esto sí que es más de mi gusto.

Justo cuando estoy a punto de meterme un bocado en la boca, suena el teléfono.

Pongo los ojos en blanco y lo cojo. El mensaje es de un número que no reconozco, pero la firma lo delata. Runner.

El cabrón se ha escapado, dice el mensaje.

Runner es el tío encargado de dar caza a la gente. Es como un buitre carroñero, ese hombre. Ha vivido en el bosque casi toda su vida. Si desaparece una hormiga, puedes apostar lo que quieras a que la encontrará en diez segundos como mucho. El hecho de que no pueda atrapar al cabrón que me disparó es verdaderamente desalentador.

Me meto un bocado de pescado y arroz en la boca y mastico como si quisiera desencajarme la mandíbula.

Dejo caer el tenedor y empiezo a golpear con los dedos el teclado del teléfono.

Busca mejor.

Su siguiente mensaje llega sin demora.

Sí, presi.

Presi. Hace dos años que empezaron a llamarme así, aunque todavía no he conseguido el título. Todavía no me he acostumbrado. Supongo que habrá muchas cosas a las que tendré que acostumbrarme en los próximos años.

Mi padre está preparado para dimitir, para ceder el mando y poder marcharse con su esposa, que apenas roza la mayoría de edad. Como único hijo que le queda, la corona del motoclub recaerá sobre mi cabeza. No estoy preparado. Soy demasiado impulsivo y estoy demasiado obsesionado con vengarme como para dirigir el club como se merece.

Con mi reciente revés, los agujeros de bala y todo lo demás, quién sabe cuánto tiempo más tardaré en resolver lo que hay que resolver.

Aprieto los dedos contra las sienes, con la frustración recorriendo mi cuerpo como un huracán.

El cabrón que me disparó fue un cobarde, pero lo peor es que me encontró antes de que yo lo encontrara a él. No hay palabras para expresar lo mucho que me jode.

Nací preparado para esta vida. Nací guardándome las espaldas. Que alguien haya podido llegar hasta mí sin que mis sentidos arácnidos se activaran me hace dudar de muchas cosas.

«No puedes pensar así», me digo a mí mismo.

Es cierto. Pero tampoco soy capaz de levantarme de esta puta cama ahora mismo. Así que sí, el fracaso no se me antoja algo muy lejano.

Meto el teléfono debajo de la almohada, sin saber muy bien de quién coño lo estoy escondiendo. Esto no es un internado, donde los supervisores se pasean con una cesta para que les entregues el móvil antes de irte a la cama.

El recuerdo me hace estremecerme. Nunca encajé en ese lugar. Aun así, a veces, cuando echo la vista atrás, no puedo evitar

preguntarme cómo sería mi vida si hubiera podido vivirla como mis compañeros. Quizá *ella* seguiría conmigo si no hubiera tenido que abandonar mi doble vida por la realidad.

Niego con la cabeza y escondo el teléfono un poco más. Me lo trajeron disimulado como comida. Sé pillar una indirecta. Y esa indirecta me dice que el teléfono debe seguir siendo un secreto.

CUATRO



NATURALEZA HUMANA O INSTINTO ANIMAL

MINA

—¿Quién es un buen gatito? Tú. Sí, tú.

Snuffles frota su nariz contra mi cuello, es su forma de decirme que me levante de la cama.

Miro el despertador que hay en mi mesilla de noche. Es más de mediodía. Esa es precisamente la razón por la que nunca tendré hijos. Los gatos son de lo más fácil de cuidar y aquí estoy yo, demasiado ocupada durmiendo como para darle de comer.

Salto de la cama, sintiéndome culpable al entrar en la cocina. Parece que he corrido una maratón desde mi dormitorio solo para llegar hasta aquí.

Me va a llevar una eternidad acostumbrarme a lo que significa no vivir más en Nueva York. Mi piso al completo de allí cabría diez veces en mi cocina de aquí.

Como mujer soltera crónica que no tiene intención de enamorarse, casarse ni tener hijos, una casa tan grande no me sirve para nada, solo es un incordio. Además, era la única opción que tenía, dada la rapidez con la que decidí mudarme de Nueva York a este pueblo perdido.

Marno Bay no es precisamente un mal lugar donde vivir. Es tranquilo. A nadie le importa mi pasado. Mi nombre no aparece en todas las revistas. No me han incluido en la lista negra de los hospitales.

Aquí puedo hacer el trabajo por el que me he matado, así que sí, cualquier problema que pueda tener es un lujo. Un lujo de techos altos y suelos de mármol. Un jacuzzi en tres de los cuatro baños. Paredes recién pintadas de blanco y alfombras gruesas y mullidas en todos los dormitorios.

Esta casa podría ser un verdadero hogar para la persona adecuada. Siento que yo lo estoy desperdiciando. Como si ocupara demasiado espacio. También da la impresión de que tengo mucho más dinero del que en realidad tengo. Gracias a mi abuela, mi préstamo estudiantil no es más alto que el Empire State Building. Aun así, lo que me ahorré en pagar la universidad lo gasto en honorarios de abogados.

Así que sí, no llegué a este pueblo con una cuenta bancaria como la de Rockefeller. Esta casa fue una ganga. Una prueba más de que, aunque regales una mansión por cuatro duros, no hay mucha gente que elija Marno Bay como su residencia.

Doy vueltas por la cocina, tratando de recordar en cuál de los cientos de armarios he puesto la bolsa de comida para gatos. Incluso a mediodía, es demasiado temprano para que mi cerebro funcione. Purina es lo que mantiene a Snuffles en marcha. El café es lo que me mantiene en marcha a mí. Ambos necesitamos nuestro combustible.

Revuelvo todos los armarios y sigo sin encontrar nada. Ni comida para gatos. Ni café. Mierda. Mierda.

Piensa, Mina. Piensa.

Ah, sí. Después de la semana tan horrible que había tenido, esperando a que Knox saliera del coma, pero sin querer que muriera, anoche hice una parada en el supermercado. No por mí, sino porque solo quedaba una ración de Purina.

Me duelen las piernas mientras corro la siguiente maratón por mi casa para llegar al garaje, donde anoche agoté mis últimas fuerzas, dejé las bolsas y me arrastré hasta la cama.

Snuffles me sigue por toda la casa. Sinceramente, no sé de dónde saca tanta energía.

Cojo la bolsa de la compra y vuelvo a la cocina, mido su comida, pongo una cafetera y empiezo a escribir notas adhesivas. Así es como sobreviví a la carrera de medicina. No se me escapa la ironía de que ahora esté utilizando mi método de estudio para encontrar cosas en mi casa innecesariamente grande. Pero si funciona, funciona. No me juzguéis.

Empiezo a etiquetar los armarios.

Aperitivos.

Café.

Cacharros de Snuffles. Y vaya si tiene muchos.

Algunas personas invierten en maquillaje. Yo invierto en mi gato. Ratones de juguete, ovillos de lana, cosas que arañan, golosinas, un palo con plumas... Todo lo que se te ocurra, Snuffles lo tiene. Se lo merece, después de todos los baches por los que me ha ayudado a salir. Y todo eso antes de convertirse en un gato de verdad.

Lo sé, lo sé, eso me hace parecer una psicópata. Pero antes de que llegara Snuffles, tenía otro gato, en forma de peluche, que era una réplica exacta del animal real. Lo conservé hasta que no quedó nada de él.

Pego el resto de las etiquetas en los armarios.

Ropa sucia.

Productos de limpieza.

Chismes para hornear. Aunque es que vaya a tener tiempo para preparar magdalenas o galletas en un futuro próximo... ni lejano.

Por fin se hace el café, me siento junto a Snuffles y nos quedamos en silencio mientras disfrutamos del sustento que necesitamos para pasar el día. Y luego lo abrazo con fuerza, dejando que toda la tensión que tengo dentro se escape.

ENTRO en el curro en una hora y no exagero cuando digo que me da pánico poner un pie en ese lugar.

He estado a punto de dejarlo diez veces en las últimas dos semanas. Sí, sé lo estúpido que suena querer huir porque mi exnovio ocupe una de las habitaciones de mi lugar de trabajo. Pero no es tan sencillo. Me obligan a trabajar con él y para él. A tocarlo y a curarlo mientras sigo cargando con el enorme vacío que dejó en mi corazón.

No me malinterpretes, *quiero* que Knox viva. Solo que no quiero que viva dentro de mi cabeza o al alcanze de mis dedos. No quiero ser yo quien lo arregle. Ya ha sido suficiente batacazo emocional verlo. Y luego verlo como lo vi. Y luego atenderlo mientras apenas estaba consciente.

La próxima vez que vaya al hospital, es muy probable que esté en sus cabales. Hacer mi trabajo en silencio es una cosa. Que me responda es algo completamente diferente para lo que no tengo la capacidad mental necesaria.

Me arrastro hasta mi vestidor. Podría llamar para decir que estoy enferma. No podrían hacer nada al respecto. Después de cómo trató mi equipo a Knox, no hay duda de que soy la mejor médico de ese lugar. No van a *despedirme* precisamente.

Todo por salvar vidas, me digo a mí misma. Si me alejo demasiado tiempo, quién sabe a cuántos pacientes matarán.

Con ese pequeño estímulo en mente, continúo con la tarea que tengo entre manos: encontrar algo que ponerme.

Mi atuendo resulta ser un pantalón y una camisa negra de manga larga. Me giro y me miro en el espejo de cuerpo entero. Si me pongo un sombrero, parecerá que voy a un funeral.

No tengo ganas de rebuscar en los cajones en busca de algo más alegre y, con el esfuerzo que me ha costado ponerme esta ropa, no pienso quitármela tan pronto. Tendré que conformarme con el *look* de director de funeraria.

O no.

Me doy otra vuelta.

Algo un poco más animado no me vendría mal.

Me decido por una bata de médico que no es mi habitual. Me la hizo mi abuela cuando se enteró de que iba a estudiar medicina.

Mi abuela era costurera antes de conocer a mi abuelo, pero dejó sus sueños aparcados cuando tuvo a mi madre.

Cuando mi madre llegó a la adolescencia e insistió en valerse por sí misma, mi abuela volvió a dedicarse a la costura, siempre lista para poner en marcha su máquina de coser cuando surgía la ocasión.

Disfraces de Halloween, vestidos de graduación. ¿Te mudas a un piso nuevo y necesitas un mantel? La abuela te lo hace.

Los uniformes fueron una de las últimas cosas que hizo antes de olvidarme por completo. La historia de mi vida, la verdad. Todas las personas que me quieren se olvidan de que existo.

Me echo la bata sobre los hombros y siento que su amor me envuelve al cerrármela alrededor del cuerpo. No es de extrañar que todavía me quede bien, con todas las comidas que me he saltado por dedicarme al trabajo como lo he hecho.

Otro abrazo de Snuffles y estoy lista para salir por la puerta.

Me echo el bolso al hombro, cojo las llaves y el móvil y abro la puerta.

—Pórtate bien, pequeño. Y te prometo que te dejaré preparado el desayuno antes incluso de pensar en irme a la cama.

Snuffles parece satisfecho con la propuesta y me da un empujoncito con su hociquito antes de alejarse de la puerta, con sus brillantes ojos verdes fijos en mí hasta que la cierro.

CINCO



LA VIDA DUELE

MINA

En el viaje al hospital ahogo mis pensamientos con un poco de punk rock del bueno de toda la vida.

Subo el volumen a tope, sin importarme que mis tímpanos me griten mientras el bajo los ataca.

El hospital está a solo quince minutos de mi casa. La distancia perfecta para ir en bicicleta. Eso es lo que vi en el mapa cuando decidí traer mi bicicleta aquí en lugar de venderla, como hice con la mayoría de mis demás posesiones mundanas.

Resulta que las líneas suaves de los mapas no son las mismas que uno se encuentra cuando conduce por las calles de Marno Bay. En este lugar hay más baches que cráteres en la luna, lo que significa que mi bicicleta ha estado acumulando polvo en el garaje.

Después de tres pinchazos en las ruedas, por fin he aprendido a sortear los baches, haciendo eses como un puñetero piloto de NASCAR.

Llego a mi plaza habitual en el hospital, apago el motor y salgo de mi Jeep. Intercambio unos saludos con el resto del personal, el jardinero, que hace un trabajo fantástico asegurándose de que el césped esté siempre perfectamente cortado, y el conserje, Ron, que escurre la fregona.

Todo parece normal hasta que pongo un pie en el hospital. Silencioso y ruidoso al mismo tiempo. Oscuro y luminoso a partes iguales. Es como si una nube se hubiera posado sobre el edificio, oscureciéndolo y haciéndolo más denso con cada respiración. O quizá no sea una nube, sino una sombra... Sombra, *shadow*. Ja, ja. ¿Por eso le llaman así? ¿Porque lo hace todo más sombrío?

En el fondo, no estoy convencida de que lo que siento tenga algo que ver con Knox. Tampoco es pánico por sentir cosas que no quiero sentir. Todo eso también está ahí, pero esto es... *diferente*.

El chirrido de mis zapatillas atrae la atención de algunas personas que esperan noticias de sus seres queridos. Se dan la vuelta para mirarme, con tristeza y esperanza en los ojos, antes de darse cuenta de que no soy a quien buscan y volver a sus posiciones originales.

Unos pasos más y llego al mostrador donde me espera mi carga de trabajo. La enfermera parece nerviosa al entregarme mi historial.

La siento ligera en mis manos. Demasiado. Normalmente está llena de casos y operaciones por doquier. Más de lo que debería poder manejar en un día, pero de alguna manera siempre me las apaño.

El doctor Johnson ha bromeado diciendo que me están exprimiendo al máximo. La carpeta que tengo ahora en las manos me hace sentir incompetente, como si pensaran que ya me han dejado seca.

¿Se han olvidado del paciente que llegó anoche con los intestinos arrastrándose por el suelo? ¿No vieron cómo le volví a meter eso dentro del cuerpo y le cosí con tal perfección que la cicatriz parece más bien una marca de nacimiento?

Paso la página de la historia clínica y vuelvo atrás.

—Aquí solo hay un paciente —digo—. O estamos teniendo el día más afortunado de nuestra vida y nadie ha resultado herido, o alguien ha cometido un error.

La enfermera Sofia me mira con ojos de disculpa. Aprieta los labios rojos mientras tamborilea en el teclado que tiene delante y luego me hace un gesto para que me acerque.

Me sale humo por las orejas al leer el correo electrónico del jefe, en el que le dice explícitamente que hoy solo voy a trabajar en el

caso de Knox.

—Lo siento, Mina —dice Sofia—. Parece que hoy solo lo tendrás a él. Es un paciente VIP y ha habido algunas quejas sobre cómo lo trató el equipo que lo trajo y los que lo operaron.

—Yo formaba parte de ese equipo.

Ella se encoge de hombros.

—Se dice que fuiste la única que actuó de forma profesional.

¿Qué ha sido de la culpa por asociación?

Gruño al mirar la ficha que tengo en las manos. Ni siquiera culpo a Knox. Yo también estaría enfadada si las personas responsables de salvarme la vida estuvieran pensando en un millón de formas de ayudarme a morir.

Todo esto es culpa de Felicia, de Abraham, de Kim y del resto de esos imbéciles que no pudieron guardarse sus pensamientos asesinos para sí mismos.

Me alejo del mostrador y esa sensación vuelve a aparecer. Esta vez, sin embargo, es algo diferente. Siento que hay ojos clavados en mí.

Sacudo los hombros, convencida de que estoy perdiendo la chaveta.

Cuando llego al ascensor, una voz ronca llama mi atención. Es de esas voces que le deben su ronquera a varios paquetes de cigarrillos al día. Proviene del mostrador de recepción, a mi izquierda. Aunque está a unos metros de distancia, la voz es lo suficientemente alta como para que pueda oír las palabras con claridad.

—Shadow. ¿En qué habitación está? —pregunta el hombre con un marcado acento. ¿Español? ¿Italiano? Algo por el estilo.

Sin embargo, es la mención del nombre de Shadow lo que me hace darme la vuelta.

El hombre que habla con la secretaria médica tiene un aspecto aterrador. Chaqueta de cuero negro. Tatuajes en cada centímetro de piel expuesta. Músculos como cuerdas atadas alrededor de más cuerdas. Botas con lo que parecen cuchillas que sobresalen por delante.

Así que este es el tipo de gente con la que se junta Knox ahora. Tomaré nota. Dejaré que los chicos del mostrador informen al señor

Botas de Cuero de que Knox no puede recibir visitas en este momento.

Las puertas del ascensor se abren ante mí, entro y pulso el botón del tercer piso.

A solas con mis pensamientos, repaso un millón de escenarios sobre cómo será este cara a cara con el hombre que me rompió el corazón y desapareció de mi vida como si yo no fuera nada.

Seré profesional, decido. Expondré los hechos. Comprobaré lo que haya que comprobar. Ajustaré lo que haya que ajustar. Y me marcharé rápidamente. No hay mucho más que hacer. Aparte del dolor de la curación, Knox está bien. Mejor de lo que debería, la verdad.

Cuando se abren las puertas del ascensor, me sobresalto. Se acabó la calma y la serenidad.

Entro en el pasillo, mucho más decorado que el que se ofrece a la gente normal. Aquí, las paredes son blancas como la nieve, con fotos en blanco y negro enmarcadas y colgadas cada pocos centímetros.

Hay una auténtica alfombra persa Tabrik extendida, que se rumorea que fue donada por un famoso músico que sentía que le debía la vida a los cirujanos del Hospital Marno Bay. Ese tipo de cosas me molestan. Marno Bay carece de muchas cosas, necesita muchas cosas, y las alfombras persas carísimas no son precisamente una de ellas. Máquinas de CPAP, donaciones para medicamentos para pacientes que apenas pueden permitirse tener un techo sobre sus cabezas. Todo eso sería mucho más adecuado. Y apreciado.

Sigo por el pasillo, tan absorta en mis pensamientos que no oigo los pasos detrás de mí. Se supone que soy la única aquí presente, así que no me espero que una mano me tape la boca.

Por el rabillo del ojo, veo tinta. «Tatuajes», grita mi cerebro. Es enorme. Mide más de metro ochenta. Se parece mucho al tío de recepción. No ha subido conmigo en el ascensor, lo que quiere decir que ha subido por las escaleras. El hecho de que sea *tan* rápido y ni siquiera le falte ni un poco el aliento me aterroriza aún más.

En un abrir y cerrar de ojos, el intruso me rodea el cuello con el otro brazo y me aplica una llave que debería saber cómo evitar, pero

mi cerebro se bloquea durante un momento.

Lucho, grito y muerdo sin saber qué coño está pasando.

«Voy a morir», pienso. «Voy a morir, joder». Aquí, en este pueblo en el que no pinto nada. Y todo eso antes incluso de haber tenido la oportunidad de limpiar mi buen nombre.

Mi cerebro empieza a calcular un sinfín de cosas. Cuánta fuerza tendría que ejercer para aplastarme la tráquea. A qué velocidad tendría que latir mi corazón antes de entrar en parada cardíaca. Si me dispara, cuánto tiempo tardaría en pedir ayuda dependiendo de dónde me haya dado el disparo.

—¿Eres la zorra que le ha salvado la vida? —gruñe el hombre. Por su tono, es obvio que no es amigo de Knox.

El pánico enciende un fuego dentro de mí.

—¿Tú le has disparado? —pregunto. Mi voz se ve amortiguada por la mano que la cubre. Ni siquiera sé por qué es lo primero que se me ocurre. Quizá solo intento evaluar lo peligroso que es por los delitos que ya ha cometido.

—No —responde, sorprendiéndome—. Solo estoy aquí para hacer un poco de limpieza.

Aprieta el brazo y empieza a empujarme hacia delante.

Mi cerebro se descongela lo suficiente como para poder pensar. No sé por qué insiste en llevarme. Si es Knox a quien busca, ¿qué importa que sea yo quien lo ha salvado?

Intento liberarme, pero, por supuesto, su agarre es férreo. Knox es cinturón negro. Un cinturón negro que, a lo largo de nuestra relación, sintió la necesidad de enseñarme a defenderme. Hemos practicado este movimiento cientos de veces.

Intento clavarle el codo en el abdomen. Pero es como si estuviera hecho de titanio. No se mueve.

Los pies. Los pies. Ve a por los pies.

Levanto el pie y, con todas las fuerzas de las que puedo hacer acopio, lo clavo en su pie y... *¡Ay!*

¿Cómo demonios se me han podido olvidar esas estúpidas botas?

No hay duda de que están hechas de acero. Por el amor de Dios, vi el metal que sobresalía cuando estaba en la sala de espera.

Lo siguiente es hacer todo el ruido posible.

Este lugar está tan aislado que dudo que alguien me oiga. Aun así, por si acaso alguien pasa por aquí, lo intento.

Empiezo a gritar, a chillar, a morder la mano con la que todavía me tapa la boca. Si le molesta, no lo demuestra. En cambio, me levanta de tal manera que mis pies ya no tocan el suelo y me cuesta mucho respirar.

Cuando llegamos a la puerta, por fin me suelta y caigo al suelo como un saco de patatas.

No soy tonta, así que, en cuanto me suelta, salgo corriendo. No creo que vaya a escapar, pero al menos lo voy a intentar.

El gigante extiende la mano y me detiene en seco antes de agarrar la tarjeta que llevo alrededor del cuello, casi estrangulándome mientras pasa mi tarjeta por el lector que permite la entrada a la habitación de Knox.

Joder. Joder. Joder. Esto no va a acabar bien.

—Podías haberme pedido mi tarjeta —gruño, esperando que se dé cuenta de que no le sirvo para nada más.

Ahora que ha conseguido lo que quería, no debería haber ningún motivo para que no me dejara marchar.

Bueno, aparte del hecho de que, si lo hace, es probable que alerte a la policía. Que corra gritando por los pasillos. Que la gente suba corriendo en un santiamén.

No puede arriesgarse a que le chafen sus planes, sean cuales sean.

Con su enorme pie y conmigo todavía retenida, abre la puerta de una patada, empujándome dentro y apuntando con su pistola hacia la cama.

SEIS



SONIDOS DE TERROR

SHADOW

Hay conmoción en el pasillo. Tan fuerte que me saca de un sueño muy profundo, ahogando lo que Bob Barker está diciendo en la televisión.

Agarro el mando a distancia y apago la tele, aguzando el oído para intentar descifrar qué coño está pasando fuera. Suena como una mujer. Gritando.

Una parte de mí piensa por un segundo que podría ser Mina, pero... ¿por qué iba a estar peleándose con alguien en el hospital?

Me froto los ojos y escucho con más atención, dándome cuenta de que los gritos no son de ira, sino de angustia. El hecho de que esté pasando delante de mi habitación me deja muy claro qué coño está pasando. El cabrón me ha encontrado, una vez más, antes de que yo lo encontrara a él.

Por mucho dolor que sienta ahora mismo, la ira es más fuerte.

Me levanto de la cama sin importarme un carajo si se me abren todas las costuras en el proceso. Me cuesta mucho ponerme de pie. La cabeza me da vueltas y me invade un mareo vertiginoso.

Cierro los ojos un segundo. Los vuelvo a abrir. Mejor. Pero no mucho más.

Me fijo en todos los tubos y mierdas que tengo conectados y los arranco, teniendo mucho más cuidado con la jeringuilla que tengo en el brazo que con cualquier otra cosa.

Mis pies se mueven rápidamente mientras cruzo la habitación en busca de un arma.

Mi padre se empeñó en traerme un puto teléfono móvil, ¿pero no pensó que un arma sería más adecuada?

A veces me pregunto cómo funciona su cerebro. No importa.

Agarro una de las muletas y el móvil y le envío un mensaje rápido a Runner.

El cabrón está aquí.

Y entonces me quedo junto a la puerta, esperando, saboreando ya el regusto metálico de su sangre en mi lengua. Ahora, cuando entre, tendrá que mirarme a los ojos. Herido o no, lo haré pedazos. Una vez por lo que me hizo. Otra por hacerle daño a Mina ahora mismo. Y otra más por *ella*.

La puerta se abre y aparece la mano del cabronazo. Esperaba que yo me encontrase en su campo de visión, en la cama, como un imbécil listo para que lo maten. Es un hijo de puta muy estúpido por pensar que moriría tan fácilmente.

Dejo caer las muletas al suelo y lanzo la mano hacia delante, sonriendo. Me ha puesto muy fácil desarmarlo. La pistola vuela por los aires y cae al suelo con un ruido sordo.

Sigue sujetando a Mina, lo que le impide llegar al arma antes que yo.

Intento lanzarme hacia el arma, pero en mi estado actual no puedo lanzarme, solo caer. Golpeo el suelo como un saco de mierda y me arrastro hasta hacerme con la pistola.

Todo me duele, cada movimiento es como buscar una aguja en un pajar.

Esta no es la forma en que había planeado hacerle pagar. Dispararle en la cabeza es demasiado fácil y civilizado. Tiene que morir como un cobarde. Colgado en un sótano, cortado centímetro a centímetro, con trozos de su cerebro martilleados cada día.

En mi opinión, cualquiera que hace daño a una mujer se merece sufrir. Pero cuando levanto la vista, no estoy frente al hombre que

creía estar. El tío que me mira desde arriba es un completo desconocido. Un desconocido que, al parecer, tiene una cuenta pendiente conmigo.

Empuja a Mina a un lado y se lanza sobre mí. Lo esquivo con destreza y le asesto un puñetazo en el costado. No llega a retorcerse de dolor, pero le distrae lo suficiente como para que pueda apuntarle con la pistola a la cabeza y darle varios golpes fuertes mientras siento como si me apuñalaran por dentro una y otra vez.

El cabrón se recupera de mis golpes y consigue lanzarme uno de los suyos.

Mi cuerpo no es mi mejor amigo en este momento y me derrumbo ante el impacto de su puñetazo de nenaza.

El dolor me atraviesa, pero no tengo tiempo para prestarle atención. No mientras estoy ocupado tratando de averiguar a qué parte de mi cuerpo no le importaría que le perforaran los cuchillos de sus botas.

Puedo ver a Mina por el rabillo del ojo. Tiene algo en las manos y se abalanza sobre el monstruo que tengo delante. Quiero decirle que se detenga. Que lo deje en paz. Que se esconda. Que finja que no está aquí. Pero ella está tan concentrada en él como yo en ella.

Al mismo tiempo que ella lo golpea, su bota impacta contra mi cuello. Siento calor y humedad. El pánico me invade cuando él fija su mirada en ella y la empuja con fuerza al otro lado de la habitación.

Mina grita de dolor y la ira en mi interior alcanza nuevas cotas.

Consigo agarrar bien la pistola y deslizarme por el suelo lo suficiente como para tener un tiro limpio.

Puede que Mina nunca me perdone por lo que está a punto de ver, pero la única forma de detener a este cabrón es volándole los sesos. Se detiene en seco, los cables de su cerebro del tamaño de un guisante disparan una advertencia tras otra mientras mira con odio el arma.

Es fácil detectar a alguien que no sabe manejar un arma. Tan fácil como saber si la persona que te apunta con una pistola a la cabeza tiene las pelotas para disparar. La mirada en sus ojos dice

que sabe lo en serio que voy con lo de apretar el gatillo. La sangre que brota de mi cuello me dice que no tendré la oportunidad.

Todo se pone negro ante mis ojos y mi cabeza da vueltas como si estuviera en una montaña rusa.

Sé lo que está en juego aquí, así que no me rindo tan fácilmente y lucho como un desquiciado para evitar que mi cuerpo se deje llevar por la gravedad.

El cabrón se da cuenta de mi esfuerzo y brota una risa profunda de su garganta antes de acortar la distancia entre nosotros.

Mina grita «¡Noooo!» desde el otro lado de la habitación y yo quiero gritarle también. Decirle que corra. Que salga de ahí. Que se preocupe por sí misma. Que se *salve*.

He sobrevivido a ocho disparos, ¿qué son un par de balas más en el pecho?

El MacImbécil consigue arrebatarme el arma y la gira, de modo que ahora soy yo quien mira fijamente el cañón de la muerte y entonces...

Bang.

SIETE



MIRA QUIÉN ESTÁ AQUÍ

MINA

Está muerto.

Dios mío, está muerto, joder.

La sangre brota del agujero que tiene en la cabeza y hay restos de cerebro esparcidos por toda la habitación.

Me llevo las manos a la cara. No sé si para reprimir los gritos o taparme los ojos. Pero ahí están, temblando, con los dedos extendidos para poder ver todo lo que no quiero ver.

Soy médica. Soy consciente de ello. He visto morir a gente en mi mesa de operaciones. Morir antes de llegar a ella. He abierto a personas y he asistido a autopsias.

Estoy acostumbrada a la sangre, la violencia y la muerte, pero no estoy acostumbrada a *esto*.

En un momento estaba vivo y al siguiente ya no. Le arrebataron su último aliento delante de mí.

Hombres del tamaño de montañas irrumpen en la habitación, con chaquetas de cuero negro a la espalda y las manos adornadas con pistolas. Sus bocas se mueven a mil por hora, ladrando una orden tras otra.

No entiendo lo que dicen. Todavía me pitan los oídos por la explosión.

Acerco las rodillas al cuerpo, tratando de hacerme lo más pequeña posible, pero no es suficiente. Uno de los hombres me ve: un hombre de unos cincuenta años, con la cabeza calva y decorada con tatuajes. Una mueca de maldad le cruza la boca y le hace un surco en medio de la frente.

—¿Es esa la médica? —gruñe.

La pregunta no va dirigida a mí, pero los ojos negros del hombre tatuado me taladran mientras la formula.

Asiento con la cabeza, aterrorizada al recordar a la última persona que me preguntó si era la médica de Knox y cómo acabó eso. Pero la pregunta de este hombre no tiene ninguna consecuencia para mí. Su atención vuelve a la escena que apenas puedo mirar.

La médica que llevo dentro intenta sacar lo mejor de la situación, imaginando ya los órganos que se pueden salvar, contando los minutos que les quedan antes de que se echen a perder.

Dos de los otros tipos, vestidos de forma idéntica, levantan a Knox del suelo y se echan sus brazos inertes sobre los hombros. La sangre brilla en sus chaquetas cuando lo ponen de pie.

Hay más murmullos y muchas palabrotas. No se oyen sirenas.

¿Cómo es posible que nadie en este hospital haya oído nada de lo que está pasando?

Una parte de mí esperaba que la policía irrumpiera aquí a estas alturas.

—Tanker, Rodex, larguémonos de aquí de una puta vez —dice el hombre del tatuaje en la cabeza. Mantiene la puerta abierta, esperando a que salgan con Knox a cuestas.

Me acurruco aún más sobre mí misma.

No hables.

No respires.

Si finjo que no estoy aquí, quizá se olviden de mí.

—Está sangrando como un puto cerdo —dice Rodex o Tanker—. Presi. Presi, ¿estás ahí, tío? —Uno de los tíos le da una pequeña bofetada en la cara—. Mierda. Joder.

—No tiene buen aspecto.

—Si muere ahora....

—No va a morir, joder.

—Que alguien coja a la médica.

Y entonces todos sus ojos se posan en mí mientras yo niego con la cabeza. Sea cual sea la vida que lleva Knox, en la que la gente se refiere a él como «presi» y «Shadow» y trata, en múltiples ocasiones, de matarlo, no es una vida en la que quiera verme envuelta.

El hombre con la cabeza tatuada frunce el ceño y me mira.

—Vamos, Doc. No querrás perder la oportunidad de salvarle la vida.

Cuando no me muevo, pasa por encima del cuerpo que yace en el suelo y se acerca a mí con pasos pesados.

—Yo... Por favor... —balbuceo.

Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba. No es exactamente una sonrisa, pero se le parece.

Me echo hacia atrás en la cama, aunque soy plenamente consciente de que no tengo adónde ir.

La cabeza tatuada alarga el brazo y, antes de que me dé cuenta de lo que está pasando, me tiene sobre su hombro.

El instinto me dice que patalee y grite. El sentido común me dice que me calle. Si este gigante quiere sacarme de la habitación, por mucho que grite y me resista, no se detendrá.

Sus acciones de hace unos minutos también dejan muy claro que no es el tipo de persona con la que se puede jugar, y algo me dice que la bala que le metió en la cabeza a ese hombre no era la primera que disparaba, ni será la última.

OCHO



OTRA VEZ

SHADOW

Sentir que has muerto por segunda vez en menos de un mes es... extraño.

Me despiertan bruscamente unas voces familiares y sentir los baches de una carretera mal arreglada. Me cuesta mantenerme consciente. Mis ojos quieren cerrarse. Mi cuerpo quiere descansar. Sin embargo, todo el mundo parece querer todo lo contrario.

—Mantente despierto.

—Quédate con nosotros, Shadow.

—Presión. Aumenta la presión.

—¿Estás bien, presi?

—¡Joder! Hay mucha sangre.

—No te quedes ahí sentada, Doc. Haz algo.

¿Doc? Pienso, y entonces oigo su voz.

—Todas las herramientas que necesito para ayudarlo están a seis kilómetros de aquí.

Ah, así que ya no estamos en el hospital y, por el tono de voz de Mina, voy a arriesgarme a adivinar que eso no es nada bueno.

—Si muere, será culpa tuya —gruñe Skull, con voz grave y amenazante. Suena serio, pero lo conozco lo suficiente como para

saber que nunca haría daño a una chica. Y menos a una tan guapa como Mina.

—No va a morir —responde Mina con tono desafiante. Se le nota carácter en la voz, pero también miedo. No la culpo. Si me pusieran una minifalda y me hicieran desfilar entre un grupo de moteros, yo también estaría muerta de miedo.

Ahora tengo los ojos abiertos, lo suficiente como para cruzar mi mirada con la suya. Vale, quizá no sea miedo lo que veo, solo ira. Me hace preguntarme si estaría dispuesta a afrontar las consecuencias de que yo muriera bajo su cuidado.

—Hola —logro balbucear—. Casi... Dios, ¿por qué siento como si me hubiera tragado toda la arena de una playa? Casi le tiro los tejos a ese tal doctor Johnson pensando que eras tú. —Me aclaro la garganta de nuevo—. ¿Es tu hermano o...?

—Menudo forma de echar la caña —gruñe, poniéndome los ojos en blanco—. Puede que necesite sangre, pero necesita más aún un trasplante de cerebro. —Lo último se lo dice a los otros chicos.

Vaya, vaya, vaya. Todavía tiene ese sentido del humor sarcástico que tanto me gustaba.

El resto de los hombres del todoterreno se vuelven locos. Telefonean, avisando a los demás de que preparen las bolsas de sangre, que monten la clínica que tenemos en el club y esterilicen *todo*.

—¿De dónde demonios vamos a sacar un cerebro, Skull? —oigo preguntar a Rodex.

—La Doc solo era sarcástica, tontaina —gruñe Tanker.

Eso hace reír a Mina, y vaya si no es algo por lo que enamorarse de nuevo.

Al darse cuenta de cómo la miro, me lanza una mirada llena de fuego. Mantengo la mirada fija en ella, sin importarme el dolor, mientras trato de leerla. Un dolor que se vuelve aún más intenso cuando ella me aprieta el cuello con más fuerza. Me estremezco, pero no le aparto la mano.

—Parece que has olvidado que me gusta duro, Doc —le digo entre dientes.

Eso me vale otra de sus características miradas de desprecio, pero al menos reduce la presión sobre mi cuello.

Ella también gana en este intercambio. Mis niveles de energía están por los suelos en este momento y siento que estoy recuperando y perdiendo la conciencia, lo que no me permite rebuscar frases para ligar.

A FALTA DE TIEMPO, por fin llegamos al club.

Me esfuerzo por mantenerme en pie al salir del vehículo, por más que me tambalee. Al fin y al cabo, tengo que impresionar a una chica. Una chica que no puede dejar más claro que preferiría estar en cualquier otro sitio menos este. Salvando cualquier vida menos la mía. No debería importarme, pero me duele un poco.

—Bienvenida a mi humilde morada —anuncio, dejándome caer sobre la mesa de la enfermería.

Mina no ha dicho una palabra desde que salimos del vehículo, tiene el ceño tan fruncido que ya le están saliendo arrugas.

Si las situaciones en las que me ha encontrado desde que nos reencontramos no eran prueba suficiente de que no soy en absoluto el hombre que fingía ser, los hombres fuertemente armados que esperan fuera de la puerta, esperando noticias del que pronto será presidente, son todo lo que necesita.

Puedo ver cómo le da vueltas a la cabeza, tratando de armar un rompecabezas imposible.

Me toma la presión arterial. Me cura las heridas. Me toma la temperatura. Me quita la camisa para atender las heridas de bala que me vendó la noche que me llevaron al hospital. Todo lo que hace parece tan... robótico. Tan rutinario. Como si yo fuera solo un trabajo más y no el hombre con el que había planeado un futuro hace tantos años.

La expresión de su rostro en este momento es una que he visto un millón de veces antes, cuando dominaba la sala de ballet. Hay algo en ella que me da tranquilidad, que me hace estar seguro de que está haciendo todo lo posible para que vuelva a ser yo mismo.

A pesar de saber que no tiene ningún interés en hablar conmigo, rompo el silencio. Hay un millón de preguntas en mi lengua que necesito pronunciar. También algunas explicaciones. Pero no creo que nunca pueda hacerle entender por qué me fui como lo hice. En parte porque es demasiado doloroso hablar de ello.

—¿Qué pasó con el ballet? —le pregunto mientras ella pasa una aguja por la herida de mi cuello.

—¿Seguro que es este el momento de hacerme preguntas incómodas?

—¿Has visto las heridas de mi espalda y mi pecho? Creo que puedo soportar que me pinches con una aguja. Así que... ¿por qué dejaste el ballet?

—¿Por qué te decidiste tú dedicarte al crimen? —me espeta ella sin pestañear.

Me encojo de hombros justo cuando ella deja sus herramientas.

—Que te disparen no es ilegal.

—Matar a hombres en habitaciones de hospital y arrastrar sus cadáveres para que la policía no tenga ni idea del crimen cometido sí lo es.

Le dedico una sonrisa.

—No me has visto sacar ningún cadáver de ninguna habitación.

—Buf, déjate de tonterías, Knox... o debería decir, *Shadow*.

Uf. No.

—No si vas a decirlo así. Además, hay todo un mundo de recuerdos ligados a cómo solías gritar mi nombre contra las paredes de tu dormitorio. Sigue llamándome Knox. Quizá me ayude a refrescar la memoria, y a ti también.

—Que te den —sisea, alejándose unos pasos de mí. Si los recuerdos de ella gritando mi nombre le provocan lo mismo que a mí, no la culpo por poner distancia entre nosotros—. Ya estás vendado —continúa—. Lo suficiente como para vivir un día más. Así que, mientras tú vuelves a tu vida, te agradecería que te encargaras de que yo vuelva a la mía.

Aprieto los labios. Vale, quizá no he pensado bien esta parte.

—Eh... Verás, la cosa es que...

Sus hombros se tensan, y su expresión es similar a la de alguien que ha visto un millón de fantasmas y la forma en que fueron asesinados.

—No puedes retenerme aquí.

Salto de la mesa y al instante me arrepiento de mi rapidez. Al fin y al cabo, que me hayan vendado no significa que esté curado. Y los analgésicos que me han estado administrando en el hospital están perdiendo su efecto poco a poco.

Me agarro a la cama e inhalo. Joder. Respira. Respira. No respires hondo, parece que te están destrozando. Inspira. Exhala. Vale, mucho mejor.

—Nunca he dicho que te vaya a «retener» aquí.

—Bien. Entonces búscame quien me lleve para que pueda marcharme.

—Tampoco puedo hacer eso —le digo. Mina cruza los brazos sobre el pecho, esperando a que le dé más detalles. —Los chicos tendrán que averiguar quién fue el cabrón que irrumpió en mi habitación. Hasta que no lo averigüen y sepa que estás a salvo, no puedo dejarte marchar.

—Hasta que sepas que yo estoy a salvo —resopla, levantando los brazos—. Te han disparado un millón de veces. Han entrado en tu habitación. Te han apuñalado con la punta de un zapato. Nada de eso tiene nada que ver conmigo. Yo no llevo pistola ni voy por ahí con un montón de matones. Si alguien quisiera matarme, ya lo habría hecho.

Me acerco a ella y observo cómo se le entrecorta la respiración y se le pone la piel de gallina sobre su bronceado perfecto.

Levantándole la cabeza con el dedo índice, la obligo a mirarme a los ojos.

—No voy a correr ningún riesgo, princesa. Estás bajo mi protección hasta que esté seguro de que estás a salvo ahí fuera.

NUEVE



HOGAR, DULCE ENVIDIA

MINA

Me han trasladado de la enfermería clandestina a un lugar que, desde fuera, no parece habitable, pero que por dentro es el prototipo de guarida de machos.

El interior oscuro está lleno de muebles de madera maciza, suelos sólidos y muy decorado, como si a alguien le importase cómo están colocadas las cosas.

Si no estuviera tan enfadada, quizá sentiría envidia. Sea lo que sea este lugar, Knox ha construido un hogar aquí.

Hay fotos suyas en las paredes, junto a algunos de los hombres que le salvaron la vida en el hospital. Pero las más destacadas son las de su madre y su hermana.

En el rincón más alejado de la habitación hay una chimenea, con leña ya ardiendo a pesar de que aún no ha llegado el frío de la noche.

Presto atención a todos estos detalles mientras me siento a la mesa familiar y me llevo a la boca una cucharada de *fettucine al pomodoro*. Es mi plato favorito, quizá por eso lo estoy comiendo ahora. Knox está intentando compensarme por algo. El único problema es que tiene mucho que compensarme y un plato de comida no va a servir de nada.

Bebo un sorbo de agua, golpeo el vaso contra la mesa y sigo comiendo. Tengo hambre y, por muy enfadada que esté, soy lo suficientemente inteligente como para saber que pasar hambre no me va a beneficiar en nada.

—Esto está guay —dice.

Knox está sentado frente a mí. Me atrevería a decir que no me ha quitado los ojos de encima en todo el tiempo que llevamos aquí. Podría estar equivocada. Me he obligado a apartar la mirada de él todo este tiempo. Hasta ahora.

—¿Te refieres a secuestrarme?

Sus dientes blancos y perfectos asoman entre sus labios carnosos y rosados.

—Si te hubiera secuestrado, princesa, estarías atada y...

—Pero tú eres de esos, ¿no? ¿De los que secuestran a mujeres tan estúpidas como para salvarte la vida?

Él se ríe, pero no hay mucho humor tras ese sonido.

—¿De verdad piensas eso?

—Pienso que quiero irme a casa —le digo—. Quiero llamar a mi jefe y decirle que no he faltado al trabajo. Que el imbécil al que me asignó expresamente era tan engreído que se pensó que era suya.

Mete la mano en el bolsillo y desliza un teléfono por la mesa.

—¿Quizás podrías omitir la parte en la que la cabeza de alguien pasó a ser carne picada?

Miro el móvil como si fuera un objeto desconocido. Por un segundo, dudo en cogerlo. Cualquier cosa que se da con demasiada facilidad es... No sé, veneno, una bomba.

Le pongo los ojos en blanco y cojo el teléfono. Debería llamar a la policía. He visto montones de vídeos en YouTube sobre gente en situaciones peligrosas manteniendo conversaciones completas con la policía sin que sus captores se dieran cuenta de lo que estaba pasando.

Aun así, algo en mi cabeza no me permite arriesgarme. En cuanto le devuelva el teléfono, se dará cuenta de lo que ha pasado. Además, a la policía le costaría mucho atravesar las pesadas puertas metálicas que dan acceso al complejo.

Marco el número del hospital y me llevo el teléfono en la oreja.

—Hospital Marno Bay, ¿en qué podemos ayudarle? —resuena la voz de Angelina al otro lado de la línea.

—Hola, Angie. Soy la doctora Bradshaw...

—Oh, gracias a Dios. Todos se están volviendo locos preguntando dónde estás. Ha pasado algo en la habitación donde estaba Shadow... Quiero decir, Knox, y las enfermeras dicen que había mucha sangre y estamos preocupados porque... Bueno, no tengo mucha información. Ni siquiera puedo decir si todo lo que he oído es cierto. Ya sabes cómo son los chismes por aquí, la gente empieza a hablar, la historia se hace un lío y... Espera un momento. —Se aleja el teléfono de la oreja, por lo que su voz suena un poco apagada cuando grita—. Es la doctora Bradshaw. Está a salvo.

—Estoy bien, se lo confirmo. Mi paciente pensó que sería buena idea marcharse antes de que le dieran el alta y yo, en conciencia, no podía permitirlo sin asegurarme de que estuviera bien. Se le abrió una de las heridas y tuve que coserlo y... Es una larga historia, pero si pudiera pasarme con el jefe, te lo agradecería mucho.

Me pide que espere y escucho esa musiquita de ascensor durante un rato antes de que la voz del jefe suene con fuerza por el teléfono.

—Doctora Bradshaw.

—Le dije que era una idea terrible —le reprendo.

—¿El paciente está a salvo?

«¿El paciente está a salvo?» ¿Lo dice en serio? Un pandillero llega a su hospital con múltiples heridas de bala, del tipo que van a matar, por cierto, y luego tanto el pandillero como la médica desaparecen y él está preocupado por el *pandillero*.

—Está bien. Pero la situación en la que usted me ha metido no —le digo con tono severo, tratando de no ofenderme por su falta de preocupación.

Empieza a disculparse, pero lo interrumpo.

—Me voy a tomar unos días libres para reorganizarme. Para recuperar mi salud mental hasta un punto en el que pueda atender adecuadamente a los pacientes.

—Mina, escucha.

«No. Usted escúcheme a mí. Sabía por qué acudí a usted. También conoce mi reputación, por muy mancillada que haya

quedado en los últimos meses. No me gusta cómo me ha tratado y no lo voy a tolerar en el futuro.

Sé que he dicho demasiado cuando veo la forma en que Knox me mira. Da igual. ¿Qué me importa lo que piense de mí?

Me doy la vuelta y me quedo de espaldas a él mientras termino la conversación. Para ser sincera, ni siquiera sé por qué estoy cubriendo a Knox. Ha hecho que maten a un hombre en esa habitación. Su gente ha sacado el cadáver de la habitación. Me han obligado a ser testigo de un crimen y ahora estoy encubriendo algo en lo que ni siquiera debería estar involucrada.

Terminada la conversación, me doy la vuelta y dejo el teléfono de Knox sobre la mesa. La ira corre por mis venas, pero estoy tan enfadada con él como conmigo misma.

—Si mañana no me he ido de aquí, llamaré a la policía. Tú decides si tu conciencia te permite dispararme.

DIEZ



PITBULL

SHADOW

—Si mañana no me he ido de aquí, llamaré a la policía. Tú decides si tu conciencia te permite dispararme.

Mina cruza los brazos sobre el pecho, intentando matarme con la mirada. La miro y, mientras la observo, me invaden recuerdos de un pasado que parece muy lejano.

—Sigues siendo una mentirosa terrible —digo en voz alta—. Nadie va a creer que sufriste un colapso mental. Eres la persona más estable que conozco.

Me lanza una mirada que habría hecho que mi yo de tres años se meara en los pantalones. Ahora, solo me rompe el puto corazón.

—¿No has oído nada de lo que he dicho?

—Si hiciese comentarios sobre tu petición de que te liberen, tendría que decepcionarte. Prefiero no hacerlo ahora mismo.

Sigue mirándome fijamente, pero la intensidad de su mirada ha cambiado a algo más, algo que se ahoga en lágrimas que se resiste a derramar.

Mi corazón se encoge y cada parte de mí quiere acercarse y abrazarla. Explicarle toda la mierda por la que ha tenido que pasar por mi culpa.

Ella se da una palmada en el pecho y respira con dificultad. El pánico se apodera de mí.

¿Qué coño he hecho?

¿Qué coño *puedo* hacer?

Me limito a observarla respirar, cada respiración parece capaz de hacerla explotar.

—Mina, ¿estás bien? —le pregunto con sinceridad, aunque no tengo derecho a hacerlo.

—Me han traído aquí contra mi voluntad —espeta—. Me han obligado a cenar contigo y seguramente a dormir en la misma cama. Me han obligado a acostumbrarme a este... club. —Pronuncia la última palabra como si se tratara de una enfermedad venérea.

Siento que me ofende, pero apago mi ego antes de que tenga la oportunidad de abrir la boca por mí.

—¿Sabes que tengo una mansión justo al lado de la primera calle? —sisea, y yo me estremezco.

Putos mocosos de colegio privado. Debería haber sabido que ella no era mejor que el resto. O más bien, que su influencia acabaría por contagiarla.

—Enhorabuena —digo—. La Casa Norton.

—Esa misma —confirma.

—¿Y vives sola en esa casa?

—No. Por eso precisamente tengo que volver.

Eso me golpea como un saco de arena en el pecho. Así que no está soltera. Solo está demasiado apegada a su apellido como para deshacerse de él.

Solo espero que no vea la expresión que se dibuja en mi rostro. No sé en qué coño estaba pensando. Nuestros mundos son como el día y la noche, y yo no soy ningún idiota que crea que es el destino lo que la ha traído aquí.

—Lo siento, Mina, pero no es seguro. Quizás podrías ponerte en contacto con tu marido y... no sé, decirle que no vas a volver a casa durante un tiempo.

—Vete a la mierda, Knox —escupe, dándome la espalda.

No sabe adónde ir, así que se dirige a la nevera, aunque acaba de cenar y todavía tiene un vaso de agua a medio terminar sobre la

mesa.

Abre la puerta del frigorífico. Se queda mirando su contenido. Luego la cierra de golpe. El contenido traquetea. Yo también. Lo cual no es nada bueno para mis heridas.

—Deberías dejar de dar portazos.

—¿Cuánto tiempo vas a tenerme aquí? —Abre la nevera de nuevo, sin esperar a que le responda, y redobla la fuerza con la que la cierra. Esta vez, juraría que todo el edificio en el que estamos tiembla.

Endurezco mi expresión, poniendo una cara que dice que no me molesta.

—No mucho. Solo hasta que consigamos información sobre el tipo que apareció en mi habitación del hospital. —No le digo que lo que realmente estoy esperando es la autorización de mi padre. Después de lo que ella presenció, hay pocas posibilidades de que él le permita salir de aquí tan fácilmente.

—¿Un día? ¿Dos? ¿Una semana? Tendrás que ser un poco más claro.

Niego con la cabeza. Mis chicos han estado registrando cada rincón para averiguar quién demonios era el tío que irrumpió en mi habitación del hospital. Esa es nuestra prioridad. Nadie se preocupa todavía por qué hacer con la doctora.

—Trabajaremos tan rápido como podamos.

Mina coge su vaso de agua de la mesa y se lo bebe de un trago.

—Para entonces, Snuffles estará muerto —sisea.

Arqueo una ceja, pensando que por fin entiendo por qué ha podido disimular tan fácilmente un colapso nervioso.

—¿Tu osito de peluche?

—Mi gato —responde entre dientes.

Me froto la cara con la mano y la miro entrecerrando los ojos.

—A ver... sé que el peluche era un gato. Dormías con ese puñetero chisme todas las noches, pero... no está....

—Vivo —ladra—. No soy una puta desquicia, Knox. ¿De verdad crees que seguiría aferrada a un osito de peluche a mis casi treinta años? Snuffles es muy real y los gatos reales necesitan comida real y que les cambien sus cajas de arena de lo más reales.

Levanté las manos en señal de rendición.

—Pégame por pensar que sigue siendo raro que le hayas puesto a tu gato el nombre de un peluche. En fin, ¿qué hay de tu marido? ¿No es capaz de sacar mierda de una caja y poner comida en un cuenco?.

No se me escapa cómo suenan esas palabras al salir de mi boca, envueltas en una envidia que me ahoga.

No debería importarme. Ha pasado mucho tiempo desde que Mina y yo fuimos pareja. Fue mucho antes de que yo supiera realmente lo que significaba ser Shadow.

Entonces, ¿por qué la idea de que ella esté jugando a las casitas con otro hombre me da ganas de quemar el mundo entero?

Mina me mira con ira.

—¿Y a ti qué te importa?

—Solo intento determinar lo urgente que es la situación del gato —gruño.

—Lo bastene urgente como para que *muera* si no estoy allí para cuidar de él.

Asiento con la cabeza.

—Menudo marido tienes, que dejaría morir a tu gato solo porque no has vuelto a casa.

Dios, la bilis de mi voz. Parezco un adolescente gilipollas, pero no puedo evitarlo.

Mina me lanza otra mirada fulminante, pero me mantengo firme. Está enfadada, eso está claro, pero el dolor en sus ojos es mucho más profundo.

Una parte de mí quiere atraerla hacia mí y abrazarla hasta que desaparezca hasta la última pizca de tristeza. Pero no puedo hacerlo. Mina ya no es mía y la forma en que me mira es suficiente indicio de que lo último que quiere es sentir mi piel sobre la suya.

Murmura algo entre dientes y se aleja de mí, entrando en el dormitorio más furiosa que un toro con las patas en llamas.

Cuando cierra de un portazo, toda la habitación parece temblar. Como no soy muy dado a las relaciones, nunca he entendido cómo algunos hombres se ven obligados a dormir en el sofá. En este momento, creo que solo un idiota entraría en ese dormitorio.

Espero a que salga. Y cuando no lo hace, le digo a mi ansiedad que se calme. Es su primera vez aquí. Es la primera vez que entra en el dormitorio. Si rebusca entre mis cosas y encuentra una caja de condones a medio usar y un montón de bragas olvidadas, es problema suyo. No es que le importe, porque... ¿por qué iba a importarle? Tiene una vida en la que no entro yo, una mansión y un marido que vería morir a su gato.

El cansancio se me cuela en los huesos, y los dolores de mis heridas empiezan a hacerse notar.

Todo está tenso. Demasiado tenso. Y cuanto más me concentro en la incomodidad, más me pican los puntos.

Ah, puta sea. Esta noche va a ser tan miserable como la que más.

Empujo la silla en la que estaba sentado, sintiéndome como el marido que ha hecho algo malo, mientras camino avergonzado hacia el sofá. Un sofá de cuero, por cierto. Hecho para sentarse. No para dormir. Es resbaladizo, frío y duro como una piedra. Vicky me advirtió sobre el sofá cuando lo compré. Me dijo que eligiera algo más blando, como de pana, con ese tono que tienen las hermanas pequeñas cuando creen que lo saben todo. Casi me río al recordar cómo fingía resbalarse del sofá.

Me giro del lado izquierdo al derecho, pero uno está tan magullado y lleno de moratones como el otro.

Las horas que paso allí, tratando de encontrar algo de comodidad, son nada más que horas de agonía.

Nunca pensé que echaría de menos la cama del hospital, pero aquí me hallo, deseando por muchas razones estar de vuelta en ese lugar. Un colchón decente. Analgésicos que funcionan. No era un mal sitio para pasar la noche. Mejor que este puto sofá, eso está claro.

—Tenías razón, Vicky —susurro en la noche, luchando por levantarme.

Mina o está profundamente dormida o está demasiado agotada como para importarle un comino que me meta en la cama a su lado.

Empujo la puerta del dormitorio y me fijo en el cuerpo que yace en la cama, tranquilo a pesar de toda su agitación interna.

Su ropa está doblada en un montón al lado de la cama, en el que ella no está. Siempre ha sido muy ordenada. De las que doblan la ropa sucia antes de tirarla al cesto.

Sonrío al recordarlo mientras rodeo la cama en la que está tumbada. Dios, es preciosa. Y joder, mi polla también se da cuenta.

Sería tan fácil retirar la ropa que ha dejado tirada y acurrucarme a su lado ahora mismo. Abrazarla. Saborearla. Hacerla sentir bien. Hacerle recordar la parte de mí que no es solo heridas de bala y cuero, pero no lo hago.

En cambio, me obligo a alejarme, convenciéndome de que todos mis sentimientos por ella murieron en el momento en que crucé el país, cambié de número y nunca miré atrás.

Estoy a punto de salir por la puerta cuando me asalta otro pensamiento. ¿Y si no mentía sobre el gato?

¿Y si hay un Mister Snuffles de verdad encerrado en su casa mientras su sádico marido mira el reloj, esperando a que muera?

Me doy la vuelta, miro la pila de ropa que ella ha doblado y entonces me vuelvo loco, revolviendo entre sus cosas, sacando sus llaves de los bolsillos antes de salir de la habitación y cerrar la puerta detrás de mí.

Quizás estoy a punto de hacer lo que creo que voy a hacer porque me importa el gato que ella puede o no tener. Quizás también lo estoy haciendo porque me consume la curiosidad y los celos y tengo una necesidad imperiosa de averiguar quién es esta chica.

ONCE



CÓMPLICE

SHADOW

La sala de reuniones nunca está vacía. Nunca está en silencio. Nunca está tranquila.

Entrar en ella después de mi estancia en el hospital es como verse arrojado al centro de Nueva York el 4 de julio. Abrumadoramente ruidoso.

Empujo las puertas de madera y entrecierro los ojos ante las luces de discoteca que parpadean sin control.

Si hay algo a destacar de los chicos que viven en el club, es que nunca dejan pasar una oportunidad para celebrar.

Que el futuro presidente haya vuelto a casa sano y salvo es una razón tan buena como cualquier otra. No importa que el futuro presidente haya sido confinado en sus aposentos y vaya hasta arriba de medicamentos que no le permiten beber alcohol, a pesar del picor en la garganta que solo se puede aliviar con grandes cantidades de vodka.

La música retumba en los altavoces y mi cabeza estalla con cada golpe.

Cuando me ven, la multitud se desmadra aún más. Dejan de beber, dejan de follar, dejan de bailar.

Vestidos o desnudos, todos levantan sus copas y corean un *«Shadow, Shadow, Shadow»* que resuena por toda la sala. Es una sensación agradable saber que me echarían de menos si estirara la pata.

Asiento con la cabeza en señal de agradecimiento y me acerco a la barra, donde Runner está bebiendo un whisky sour.

El camarero me lanza una mirada.

—Tu padre me cortará los huevos si te ofrezco algo de beber —refunfuña.

Saco un taburete de madera y me siento.

—¿Cuándo has hecho caso a las órdenes de mi padre?

Axe es el miembro más antiguo del club y lleva sirviendo en la barra desde que él y mi padre eran niños, desde antes de que él mismo tuviera edad para beber.

Mi madre me contó una vez que Axe iba a ser el sucesor del club, pero rechazó la oferta porque prefería servir en la barra a lidiar con un montón de moteros ruidosos. No es que no tenga agallas. Es el único en este lugar que se atrevería a llevarle la contraria a mi padre. No son parientes, pero es como de la familia. Y aunque mi padre lleva la corona, Axe se lleva todo el respeto.

Axe golpea un vaso contra la barra delante de mí.

—Agua —dice con voz ronca—. Cuando tu padre dice algo con sentido, yo lo apunto. Además, tu madre me perseguiría hasta la tumba si jugara con tu salud.

—Nunca te había considerado un tipo supersticioso —le respondo.

Él niega con la cabeza y se inclina sobre la barra para darme una palmada en la espalda.

—Me alegro de que hayas vuelto, Shadow.

—Me alegro de no haber muerto —respondo.

Se echa su larga coleta negra sobre el hombro y se da la vuelta sin decir nada más. Se acabó la conversación. A veces es un rollo que sea así. Siempre ha sido un hombre de pocas palabras.

«Hay gente que habla mucho y gente que escucha. Axe es de los segundos. ¿Pero sabes qué es lo bueno de los que escuchan? Que no hay que aguantar tonterías. Cuando hablan, sus palabras tienen

un significado». Casi puedo oír la voz de mi madre cuando recuerdo la conversación que tuve con ella sobre Axe. Eran muy buenos amigos. Amigos desde la infancia. Él la conocía mejor que nadie. Mejor de lo que yo jamás podría.

Quizás si Axe no fuera un hombre de tan pocas palabras, podría entender un poco mejor por qué mi madre se suicidó, porque si alguien podía al menos adivinar lo que pasaba por su cabeza en ese momento, era él.

—Bueno —dice Runner, tamborileando con los dedos en su vaso y desviando mi atención de Axe, que me da la espalda.

Desvío la mirada hacia él mientras doy un sorbo a mi agua.

—Necesito un favor —digo, sin andarme con rodeos sobre el motivo por el que he venido aquí.

Le muestro las llaves de Mina, con su llavero rosa y todo.

—¿Te importaría explicarte mejor?

—La Doc necesita algo de su casa y pensé que quizá podrías llevarme.

Mira su bebida, pensando si puede mandarme a la mierda o no.

—Me lo debes —le recuerdo.

—Tu padre me matará si se entera de que saliste del club y que fui yo quien te llevó en coche hasta la puerta.

—¿Te refieres al padre que ni se molestó en darme la bienvenida a casa? Además, ¿qué coño soy yo? ¿Un niño de doce años? Porque si tuviera este aspecto a los doce, ni siquiera el diablo podría castigarme.

Runner aprieta los dientes y la mandíbula. Se pasa las manos por el pelo largo y rojo, que queda levantado en todas direcciones.

—Estás vivo. Y a todos nos conviene que sigas así. Por ahora, solo eres el presidente en funciones, aún no te han entregado el cargo oficialmente. Tu padre sigue tomando todas las decisiones y yo no quiero que me echen del único lugar lo suficientemente agradable como para ofrecerme una cama.

Me meto las llaves de Mina en el bolsillo y me levanto del taburete.

—Ese cabrón me disparó ocho veces. No muero fácilmente, Runner. Y te aseguro de que no tengo ninguna intención de que ese

cabrón sea quien acabe conmigo. Tampoco voy a esconderme en el club como un marica que le tiene miedo a la luz del día. Si quieres tomarte tu copa, hazlo. Pero yo tengo cosas que hacer.

Me alejo de él y empiezo a caminar hacia la puerta.

No tarda mucho en oírse el roce de la madera contra el cemento cuando él empuja el taburete hacia atrás.

—Joder, Shadow. Más te vale que no me hagas arrepentirme de esto.

—¿Qué es una vida sin arrepentimientos? —le respondo.

NUNCA HABÍA ESTADO TAN CERCA de la casa Norton. Hay rumores sobre este lugar, y ninguno bueno.

En Halloween, es la casa que los niños evitan, alegando haber visto brujas asomándose por las putas ventanas.

La última familia que vivió aquí no duró ni un año. Cuenta la leyenda que la mujer y los niños están enterrados en el patio trasero. Los registros indican que el marido consiguió un trabajo en el extranjero con una oferta que no podía rechazar, pero esa historia es demasiado aburrida como para propagarse como la pólvora.

La casa, con todo su esplendor del siglo XVIII, había estado vacía desde entonces. Hasta que Mina se mudó, claro.

Abro la puerta del copiloto y salgo a la acera. Runner viene detrás de mí, actuando como un puto guardaespaldas. Sin duda, recibiría una bala por mí si eso significara no tener que responder ante mi padre por romper las reglas.

—Atrás, tío —gruño, esbozando una media sonrisa.

La expresión de su rostro hace pensar que ha oído todas las historias de fantasmas sobre este lugar y que está a punto de cagarse en los pantalones.

Introduzco la llave en la cerradura y abro la puerta.

Algo me dice que la modernización de este lugar no se ha producido bajo la supervisión de Mina. No puede llevar viviendo en Marno Bay el tiempo suficiente como para haber sustituido todo el

suelo, pintado todas las paredes y colgado una puta lámpara de araña. A menos que realmente tenga marido.

Tener marido también significa que podría tener un hijo, y eso es algo que no quiero que sea una realidad. Pero tampoco es nada que deba importarme.

Empiezo a arrepentirme de haber entrado en esta casa cuando un grito de Runner ahoga mis pensamientos.

—Hostia puta. Joder. ¿Qué coño...?

Busco mi pistola, luchando por recordarme a mí mismo que, por muy guapo que sea ese cabrón de su marido, no puedo dispararle. Es el marido de Mina y, aunque técnicamente he usado una llave para entrar, esto seguiría siendo allanamiento de morada. Podríamos haber sido más listos y haber llamado al puto timbre. Pero no había ni una sola luz encendida en la casa.

Me doy la vuelta esperando ver al Dr. Johnson o a algún otro cabrón cachas listo para liarse a puñetazos.

Pero no hay ningún marido a la vista. Solo Runner saltando y agarrándose el corazón como un puto lunático. Más abajo, una gran bola de pelo le rodea los pies. Así que eso es por lo que está saltando y gritando.

—¿Ahora le tienes miedo a los gatos, Runner?

Me da un puñetazo suave en el brazo, pero el dolor me atraviesa y me encorvo, gritando como la nenaza que acabo de acusar de ser él. Porque, en fin, soy hombre herido y todo eso.

—¿Puedes darte prisa de una puta vez para que podamos largarnos de aquí? —gruñe.

—¿No creerás esas chorradas de que aquí hay fantasmas? —me río, viendo lo absurdo que resulta que este tipo grandullón con chupa de cuero se acobarde por movidas sobrenaturales sin sentido.

Cojo al gato en brazos. Viene de buena gana, salta a la vista que ansioso de contacto humano.

Ahora que tengo al gato, puedo irme por donde he venido. O... no tan rápido. Al menos debería coger algo para que el animalillo coma y quizá algo para que se ponga Mina. Llevarme la caja de arena también sería una buena idea, ya que prefiero no tener que recoger mierda de gato de mi alfombra. Esa es la única razón por la

que me aventuro a entrar en la casa, para asegurarme de que Snuffles tiene todo lo que necesita para quedarse en mi casa todo el tiempo que sea necesario que Mina se quede. Eso es todo. No estoy aquí porque quiera ver si tiene fotos de familia colgadas en las paredes. ¿Por qué iba a tenerlas? Ni siquiera tiene un puto sofá.

Si la llave no hubiera abierto la puerta y este gato no se hubiera lanzado a mis brazos, estaría medio convencido de que me he equivocado de casa. Este lugar está tan vacío como un desierto.

Después de lo que bien podría haber sido un kilómetro y medio de caminata, llego a la cocina. Hay notas adhesivas por todas partes, etiquetando el contenido de los armarios. Típico de Mina, sí. Pero no es algo bueno. Esto me hace pensar que de verdad podría estar perdiendo la chaveta.

Abro el armario que tiene una nota adhesiva que dice «TRASTOS DEL GATO» y cojo la bolsa de comida.

—Coge una bolsa —le digo a Runner—. Puede que necesite más cosas, dependiendo de cuánto tiempo tenga que quedarse con nosotros.

—Sabes que la estás reteniendo en el complejo sin motivo alguno, ¿verdad?

—¿Has descubierto quién es el cabrón que irrumpió en mi habitación del hospital? —Una expresión de vergüenza se dibuja en su rostro. Con razón—. Eso que pensaba, y hasta que no averigüemos quién demonios es, estará más segura conmigo. Además, mi padre podría no estar de acuerdo con dejarla volver a su vida después de todo lo que ha visto.

Runner frunce el ceño.

—Esto no me parece bien —empieza a decir, pero yo ya me estoy moviendo en una dirección que espero que me lleve a su dormitorio.

Hasta ahora, todas las paredes están vacías y los pasillos desnudos. Esta no es la Mina que yo conozco. En aquel entonces, se apresuraba a personalizar cada espacio en el que pasaba más de veinte minutos.

La habitación de Mina en el internado era la única que no tenía las cortinas blancas estándar, sino una monstruosidad floral que había cosido su abuela.

También tenía pósteres por todas las paredes. Enmarcados, porque, ¿por qué no? Y jarrones con flores que recogía cada semana.

Toda su habitación me hacía sentir como si me fuera a crecer un coño si pasaba demasiado tiempo dentro. Este lugar, sin embargo, me hace sentir como si hubiera entrado en un manicomio donde los trabajadores temen que los pacientes se suiciden con los cojines del sofá o las lámparas, y por eso no forman parte de la decoración.

Cuando llego al cuarto de Mina, veo el mismo patrón deprimente. Me hace preguntarme si soy yo el idiota que se quedó en el pasado y los adultos ya no se molestan en decorar una mierda. No es que yo decorase personalmente.

Cuando mi padre me entregó las llaves de mi alojamiento en la casa club, mi madre y mi hermana no tardaron ni diez minutos en empezar a planificar dónde iba cada cosa y a hacer una lista de todos los adornos con los que llenar el espacio. Al principio me mostré escéptico, pero no me importaba lo suficiente como para detenerlas, menos en lo referente al sofá. Eso fue cosa mía y, en base a la experiencia, diría que el sofá fue la única decisión equivocada en mi casa. Sin embargo, todo lo demás encaja. Ahora, cada vez que entro en mi casa, siento que una parte de ellas sigue ahí.

Aun así, dudo que renunciara al sofá aunque mi madre y mi hermana no se hubieran puesto manos a la obra con la decoración y me arrastraran a la tienda de muebles. Dicho esto, conozco a mucha gente y ninguno de ellos tiene la casa como si estuvieran listos para mudarse a otra parte la semana siguiente.

Una cama, nada de mesitas de noche. Una sola almohada, así que definitivamente no hay marido. Ni siquiera hay una puñetera cómoda ni una tele. Vale, tal vez está divorciándose y su marido se quedó con todo el mobiliario en el acuerdo.

Dejo al gato a mis pies, que parece decidido a ganar la guerra entre perros y demostrar que los de su especie son en realidad el mejor amigo del hombre, ya que no se aleja más de unos centímetros de mí en ningún momento. No me quejo. Quizás si Mina

ve lo mucho que le gusto a Snuffles se plantee odiarme un poco menos.

Al atravesar la habitación, llego al armario, donde veo un poco más de vida.

Como doctora, uno pensaría que sería responsable, pero por lo que parece, se fundió todo su presupuesto en ropa. No es de extrañar que no pueda permitirse comprar muebles.

Reviso el armario, sacando prendas al azar de las perchas. Hay una maleta en uno de los estantes, la bajo y empiezo a meter cosas dentro.

Miro a Snuffles, como si él pudiera decirme qué me falta.

¿Qué demonios necesitan las chicas? Las chicas con las que me lío son mucho más sencillas de lo que esperaba de una médica. Un par de vestidos y algo de ropa interior no van a ser suficientes.

Ya le he quitado bastante tiempo a Runner, y no soy un capullo. El tío está acojonado, así que darme prisa es lo menos que puedo hacer.

Abro el cajón de arriba y saco un puñado de bragas y un par de sujetadores, tratando de controlar mi polla mientras imagino el encaje presionando el centro y los pechos de Mina.

El gato ronronea, como si oyera los pensamientos que retumban esta mente enfermiza mía.

—Está bien. Está bien. Dejaré de ser un pervertido.

Me dirijo al cuarto de baño. Pensaba que mi piso era lujoso con la ducha doble, pero este es todo de mármol y tiene un puñetero jacuzzi. Dudo que nadie se haya bañado nunca en él. Es un derroche de dinero y de espacio, la verdad.

Empiezo a rebuscar en los cajones y doy en el clavo cuando encuentro un neceser y una caja de tampones justo al lado. También los meto en la maleta.

Abro otro cajón, solo para asegurarme de que no me falta nada. Cuando veo los frascos de pastillas, me quedo en shock. Me vienen a la mente un montón de cosas.

La falta de muebles, las notas adhesivas para recordar las cosas más básicas.

¿Está Mina enferma?

¿Se está muriendo?

¿Es por eso que no quiere ponerse cómoda aquí, porque sabe que no tardará mucho en dejar de necesitar cualquiera de estas cosas?

Niego con la cabeza, tratando de no dejar que mis pensamientos me lleven por los derroteros equivocados.

Es muy probable que estas pastillas sean de otra persona. Quizás de ese marido que no existe en esta casa. Tendría sentido, con la casa sin amueblar y la falta de recuerdos por todas partes. Quizás está de luto y se aferra a su medicación. ¿Pero no a la almohada de él?

Cojo uno de los frascos y leo la etiqueta. Su nombre aparece junto al nombre del medicamento. Sin duda, es suyo. Y no sé si esto me gusta más que saber que ha perdido a alguien a quien quería.

Tiro los frascos de pastillas a la maleta. Quizás esto sea ir demasiado lejos. Me habló de su gato, pero nunca me pidió que viniera aquí a husmear entre sus cosas. Joder, tampoco me pidió que fuera a por el gato. Solo mencionó que había un animal real esperándola en casa.

Tengo todas las razones del mundo para creer que Mina se enfadará conmigo por entrometerme en su espacio personal, pero si tiene medicamentos que necesita tomar, no me voy a sentir mal por asegurarme de que no se quede sin ellos.

Satisfecho con el equipaje, cierro la maleta y, con Snuffles a cuestas, me dirijo a la salida. Me cuesta más de lo que debería.

Los analgésicos que tomé antes están dejando de hacer efecto y el simple hecho de caminar por la casa es más de lo que mi cuerpo puede soportar. Ahora me muevo más despacio, dando pasos cuidadosos, pero sigo sintiendo un pinchazo con cada movimiento.

Cuando llego donde Runner, no cuesta ver que parece más listo que un despertador para largarse de aquí.

En la puerta, exhala tan profundamente que me hace pensar que no ha respirado ni una sola vez desde que entramos en la casa.

Me giro hacia él mientras abro el maletero del coche.

—Sabes que ya eres demasiado mayor para tenerle miedo a los fantasmas, ¿verdad?

—Son lo único a lo que no se le puede disparar. Además, te comportas como si no supieras lo que pasó en esa casa.

—Dios, no me digas que te crees esa tontería de que hay gente enterrada en el patio trasero.

Se encoge de hombros.

—No digo que lo crea, pero tampoco que no lo crea.

Mete la maleta en el maletero y lo cierra de un golpe.

—No estamos en *The Walking Dead*, tío. Aunque el jardín estuviera lleno de cadáveres, ¿qué coño podrían hacernos?

Tiembla notablemente.

—¿Podemos largarnos de aquí de una puta vez?

DOCE



LOS AMIGOS SON PARA LOS TONTOS

MINA

Me invade una sensación de decepción cuando me despierto sola. No puedo decir que fuese a gustarme más la alternativa, pero aun así.

Abro las cortinas opacas y entrecierro los ojos ante la luz del sol. Todavía llevo puesta la camiseta de Knox de ayer.

Miro mis cosas, apiladas al otro lado de la cama, y decido que la estúpida camiseta que ya llevo puesta tendrá que valerme. Ni loca voy a volver a ponerme la ropa cubierta de sangre. Aunque lavarla estaría genial.

Cojo la bata que me cosió mi abuela y miro con enfado la mancha de sangre en el pecho izquierdo. Tendré que coger agua oxigenada cuando vuelva al trabajo y rezar para que se quite la mancha.

Al salir de la habitación, fijo la vista en la cocina. El corazón me late con fuerza en el pecho, nervioso por este espacio desconocido en el que me encuentro, pero bah, yo no he pedido estar aquí.

Knox parece estar totalmente entregado a su soltería, lo que significa que lo último que quiere es que alguien ande por ahí como Pedro por su casa. Por supuesto, eso es justo lo que hago.

Estoy tan de mal humor como cuando me fui a la cama anoche y, aunque no estoy convencida de que el café vaya a ayudarme, es lo primero en lo que pienso. Eso y en mi gato, que seguramente me arañará los ojos cuando vaya con él. Le prometí que volvería a casa para darle una buena comida y, en cambio, se ha quedado con hambre.

De una forma u otra, tengo que largarme de aquí y tengo que hacerlo hoy. Si no, mi gato morirá y, si mi gato muere, no puedo prometer que no mate a Knox.

Entro en la cocina, arrastrando los pies, ya que el cansancio se niega a soltar a su presa.

Knox tiene una de esas cafeteras de acero inoxidable de lo más sofisticadas que hacen que todo el proceso de preparar el café sea mucho más lento de lo que me gustaría.

Mi estado de ánimo decae aún más mientras muelo, relleno y espero a que el puto trasto se ponga en marcha y termine de preparar el café. El olor es celestial, no puedo negarlo, lo que hace que la espera me sea aún peor.

—Te has levantado temprano —dice Knox de improviso, pillándome totalmente por sorpresa a pesar de que estoy en su casa.

Me giro y lo miro con ira.

Se levanta del sofá lentamente. Todavía le duele todo, como era de esperar. Diría que lo siento por él, pero se lo merece. Quizás no el hecho de que le dispararan. Nadie se merece eso, pero el dolor... sin duda es cosa del karma.

—Tengo un regalo para ti —dice Knox, y casi puedo oír la sonrisa en sus palabras. Uf, qué asco la gente madrugadora.

Cuando se pone recto del todo, ni siquiera puedo fingir que estoy enfadada por el «regalo» que me ha traído.

Estoy delante de él antes de que pueda dar ni un paso, le quito a Snuffles de las manos y acerco la pequeña bola de pelo lo más posible a mí. Huele a calidez y seguridad incluso en este tugurio.

—Ni siquiera te voy a preguntar cómo has entrado en mi casa.

Knox ladea la cabeza y se mete la mano en el bolsillo. Mi llavero rosa y peludo cuelga de sus dedos. Cabrón.

—No te preocupes. Ha sido el allanamiento más limpio y sencillo de mi vida. Ni siquiera he roto una ventana. Ah, y te he traído una maleta. He pensado que te gustaría tener ropa interior limpia.

—¿Has rebuscado entre mis cosas?

Knox se rasca la sien antes de pasarse los dedos por su espeso cabello oscuro. Al menos se siente mal por ello, aunque eso no cambia lo violentada que me siento.

—Dos veces —dice, entrecerrando los ojos para mirarme—. ¿Eres una fugitiva?

—¿A dónde iba a fugarme, Knox? Me tienes aquí encerrada como una Rapunzel moderna.

Pongo los ojos en blanco y me doy la vuelta. Hay una taza de café recién hecho esperándome debajo de su ridícula cafetera.

—No me refiero a fugarte de *aquí*. Quiero decir... la cosa es que... —Se rasca la cabeza, los músculos de su brazo se tensan con el ligero movimiento y odio que mis ojos se fijen en ellos—. No tienes muebles. No hay cuadros en las paredes. No parece que tengas pensado quedarte. O estás huyendo o estás en el programa de protección de testigos, pero viendo que no te has cambiado de nombre...

—No estaba segura de cuánto tiempo me quedaría en este pueblo —le interrumpo—, pero ahora que sé que tú *también* vives aquí, me da aún más reticencia quedarme. Quizá solo por conocerte ya cumplo los requisitos para entrar en el programa.

—Vale, me lo merezco. Segunda pregunta. —Parece nervioso al acercarse, como si no supiera muy bien cómo ordenar sus palabras. Bien. Lo último que necesita es sentirse cómodo conmigo.

—Escupe —siseo, llevándome la taza de café a los labios y dejando que el líquido caliente se pose en mi lengua.

—¿Te estás... muriendo?

Mis ojos se encuentran con los suyos y, Dios, cómo odio lo cautivadores que son. La imposibilidad de definir el tono exacto de verde que baña sus iris. Cómo su calidez me transporta a una época en la que me sentía querida, cuidada. Cuando el futuro parecía brillante y su amor parecía capaz de cerrar todos los agujeros de mi corazón.

Concéntrate en el café.

Céntrate en lo mucho que lo odias.

Concéntrate en lo mucho que te *traicionó* el dueño de esos ojos.

—Todo el mundo se está muriendo, Knox —gruño, rebuscando ahora en los armarios algo con lo que llenar el vacío de mi estómago. Cuando veo el contenido, lo odio aún más.

¿Cómo diablos tiene su casa más organizada que yo?

Hay tostadas y cereales, barritas de muesli, mantequilla de cacahuete.

Mi estómago gruñe, pero cierro el armario de un golpe.

—Parece que estás tomando unos medicamentos, tu casa está vacía y no creo que tengas marido... Solo hay una almohada en tu cama, lo cual es bastante extraño incluso si estás soltera, pero estar casada y no tener una segunda almohada...

—Así que *realmente* revisaste mis cosas. ¿Qué coño te pasa?

Snuffles empieza a ponerse nervioso y me doy cuenta de que lo estoy agarrando con demasiada fuerza, incapaz de controlar mi agresividad. Me agacho y lo dejo a mis pies.

—Tengo que ir a comprarle algo de comida.

—Ya le he dado de comer y he traído el resto de su comida, ya que era fácil de encontrar. —Hace una pausa, se acerca más, casi atrapándome entre su cuerpo y el armario que hay detrás de mí. Siento muchas cosas con él tan cerca, una mezcla de sentimientos que debería sentir y otros que no debería—. ¿Por qué lo etiquetas todo en tu casa, Mina? ¿Tan difícil es recordar la comida del gato, los productos de cocina y el detergente para la ropa?

Sea lo que sea lo que esté pensando, se equivoca.

—Tengo un trabajo agotador y esa casa es más grande de lo necesario, así que etiqueto las cosas para que al menos un aspecto de mi vida sea más sencillo, no hay nada de qué avergonzarse.

Él asiente, aunque no parece que se trague mi explicación. La verdad es que no hay nada más que eso. En el instituto, Knox habría sabido que estaba diciendo la verdad. Sin embargo, este Knox no me conoce en absoluto.

—En fin —concluye—, parece que te preocupas mucho más por tu gato que por ti misma. Lo único que abunda en tu casa son cosas

para gatos y ropa, la mitad de ella con las etiquetas todavía puestas.

Lo miro fijamente. Odio que el hecho de que cuide de mi gato me haga querer ablandarme un poco. Y esa preocupación que se cuela en su voz, aunque se esfuerza por ser sarcástico... También odio eso. No tiene derecho a preocuparse, no después de lo que me hizo. No después de cómo se marchó. No se trata a alguien a quien se quiere como si fuera desechable.

—Mimi —dice, casi en un susurro.

Aprieto los dientes con fuerza, apenas capaz de articular palabra.

—No tienes derecho a llamarme así.

El dolor se refleja en su rostro. Bien.

—Algo te pasa —dice en voz baja—, y por el aspecto de tu casa, no estoy seguro de que lo tengas todo bajo control. Aquí no tienes familia. No tienes marido. Al menos, no uno que esté presente. Así que sí, quizá la cagué entonces. Quizá tengas todo el derecho a odiarme, pero ahora mismo, independientemente del nombre con el que decida llamarte, parece que soy el único al que *realmente* le importas.

Está más cerca de mí de lo que me gustaría, me toca la mano y luego me la coge. Me la aprieta. Me apoya tal y cómo necesitaba hace un año, cuando toda mi vida se derrumbó por segunda vez.

—Echa un vistazo a tu propia vida. Eres como el dicho de le dijo la sartén al cazo. Quizás a nadie le importo una mierda, pero hay alguien que te quiere muerto, Knox.

Él asiente.

—Quizá. Pero ¿sabes qué más es verdad? Tengo toda una pandilla de gente que daría la vida por salvarme. Gente que estará ahí cuando la necesite. ¿Y tú, Mina? ¿Hay alguien que se preocupe por ti? ¿Alguien que te llame sin parar porque está *preocupado* por ti?

Esa última pregunta es la que lo decide todo. No la dice para ser cruel. Es solo una pregunta en su forma más sincera. Una que yo respondería de buen grado solo para restregarle por la cara que me ha malinterpretado. Excepto que no lo ha hecho.

Yo.

No.

Tengo.

A.

Nadie.

Quizás sea por elección. Pero al menos en parte es porque cuando hice presión, no hizo falta mucho para que la gente de mi vida se alejara. Muy pronto me di cuenta de que el único que merecía la pena era Mister Snuffles.

Intento poner distancia entre Knox y yo, pero él me inmoviliza con su cuerpo, con los músculos tensos mientras me mira.

La expresión de su mirada es una que he visto muchas veces antes, pero ahora mismo está totalmente fuera de lugar.

Knox y yo ya no somos lo que éramos. Nunca podremos volver a serlo. No después de cómo se marchó y de cómo volvimos a estar juntos. No cuando él es completamente diferente al chico del que me enamoré hace tantos años.

—Estoy bien —le digo—. Durante un tiempo no lo estuve, pero ahora estoy bien. Mejor.

—¿Lo dices en serio? —Odio cómo lo pregunta, como si fuera a mover el mundo solo para que la respuesta sea un sí sincero.

—¿Qué más te da? Te fuiste de mi vida sin pensártelo dos veces. Ni siquiera te molestaste en dejarme una nota.

—¿Qué podía decir? ¿Que pertenecía a una de las bandas de moteros más duras de todo el país? ¿Que me enviaron a ese colegio para hacer contactos? La verdad solo habría conseguido que me odiaras.

—Eso no lo sabes —digo apresuradamente, un poco a la defensiva.

Knox niega con la cabeza y exhala un suspiro... no de frustración, pero algo parecido.

—Sí —dice—. Tendrías la misma mirada que tienes ahora. El adolescente que fui no habría podido soportarlo. Te *quería*, Mina. Más de lo que he querido a nadie. Más de lo que he sido capaz de querer a nadie desde entonces. ¿No crees que me destrozó marcharme así?

Sus palabras me golpean con la fuerza de un cometa. Tanto que parece que reducen a cenizas todo mi sentido común.

Antes de darme cuenta, he acortado la distancia entre nosotros y he estrellado mis labios contra los suyos.

Besarlo es más fácil que responder a sus preguntas. Más fácil que escuchar cómo me lee como si fuera un libro abierto para que todo el mundo lo vea.

Mi mente se queda en blanco cuando su lengua sale disparada y baila con la mía en un ritmo que solía anhelar. Es tan familiar que es casi relajante.

Su mano me acaricia la nuca antes de subir para entrelazar sus fuertes dedos entre mi cabello.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que me tocaron así? ¿Desde que me besaron así? ¿Desde que me abrazaron así?

Knox es el fruto prohibido, y yo soy la idiota que conoce su veneno y aun así decide hincar los dientes.

Como si no pesara nada, Knox me atrae hacia sus brazos y me apoya contra la encimera.

Cuando sus labios se separan de los míos, siento como si me hubiera arrebatado todo el oxígeno del universo. Solo un poco más y moriré de felicidad. Pero se aleja, con la mano todavía en mi pelo, la cara a solo unos centímetros de la mía y su aliento bailando ligeramente sobre mis labios.

—¿Qué te pasa, Mina?

—Nada —susurro. ¿La verdad? *Todo*. Ahora mismo todo va mal. Llevo así un tiempo.

Con los ojos muy abiertos, lo miro fijamente. En ese momento decido que odio su cara. Demasiado perfecta para alguien que se mete en líos como él. Y esa sonrisa que parece sacada directamente del diablo... También la odio.

Fui estúpida cuando era más joven. Pero ahora soy más sabia. Salta a la vista que Knox tiene el corazón roto y no pienso entregarle el mío para que lo destroce.

—No podemos hacer esto —susurro con voz áspera, ronca y débil.

Mi cuerpo grita, suplicándome que cambie de opinión. Suplicándome que recuerde por un momento lo bien que me hacía sentir.

Sin embargo, la lógica sabe que sus subidones van seguidos de bajones que te hacen querer ver qué hay al fondo del puente.

—Ya lo has hecho —se burla, presionando su erección contra mí —. Déjame hacerte sentir bien.

Coge mi mano y la lleva hacia su entrepierna. Está más duro que una roca y yo estoy más húmeda que el océano. Esas dos cosas darían lugar a un polvo increíble. Pero el sexo solo complicaría aún más las cosas. Y sin sus labios sobre los míos, soy lo suficientemente racional como para saber que nuestros cuerpos apretados uno contra el otro no arreglarían nada de lo que él rompió entre nosotros. Y, lo que es más importante, que él no se merece tocarme como solía hacerlo.

Cojo la taza de café, la deslizo entre nosotros y doy un sorbo para alejar mi atención de él. Hace tiempo que se ha enfriado, incapaz de darme el chute que mi cuerpo esperaba.

Knox se echa hacia atrás, dándose cuenta de que esto es lo más lejos que llegaremos. Que ya no estoy perdida en su trance.

—Te hice daño entonces y lo siento.

Me encojo de hombros, dando otro sorbo a mi café, fingiendo que no me importa.

—Llegas un poco tarde con las disculpas, pero las acepto y te doy otra por besarte.

—No tienes que disculparte por eso.

—Aun así, no debería haber pasado y *no volverá* a pasar.

—¿Porque tienes marido?

Niego con la cabeza. Podría mentir sobre lo del marido, pero estoy bastante segura de que él ya sabe que estoy tan soltera como una monja.

—Porque te *odio* —digo, con palabras demasiado suaves para lo emocionada que me siento.

Pero son ciertas. Aunque gran parte de mí sigue enamorada de un amor no correspondido, hay otra parte de mí que también odia a Knox.

Mi declaración era una línea necesaria que trazar en la arena, una que sé que no debo cruzar.

Knox se aleja de mí y vuelve al salón. No dice ni una palabra más.

Ni cuando se calza los zapatos.

Ni cuando se echa la chaqueta sobre los hombros.

Y tampoco cuando sale por la puerta.

TRECE



«NO» ES LA RESPUESTA

MINA

Dormí fatal, totalmente consciente de todos los ruidos que se oían durante la noche.

Resulta que los moteros no duermen. Cada grito, cada rugido de sus motos me despertaba sobresaltada.

Oscilaba entre esperar que una de esas voces llegara hasta la puerta principal y esperar que Knox se mantuviera alejado para siempre.

Una parte de mí sigue pensando que tenemos que arreglar las cosas. Que la forma en que se marchó, tras una discusión, no estuvo bien.

Pero una parte más grande de mí recuerda que no es la primera vez que se marcha. Ni siquiera se puede comparar con otras veces. Entonces no hubo pelea. Solo éramos dos idiotas enamorados planeando un futuro que Knox sabía que nunca se haría realidad.

Cuando se hace de día, me alegro de darle la bienvenida en lugar de luchar por dormir en una cama demasiado grande para una sola persona y que huele demasiado a hogar, aunque sea todo lo contrario.

Desayuno, veo la tele, voy de un lado a otro sin parar. Horas más tarde, cuando la televisión ya no consigue captar mi atención y se

me acaban las formas de matar el aburrimiento, pongo una lavadora, decidida a quitar las manchas de la ropa que me he puesto estando aquí. No queda ni rastro de sangre en la ropa que llevaba debajo de la bata, pero la bata sí que necesita un lavado.

A diferencia de mi casa, la de Knox está completamente equipada. El lavadero tiene todo tipo de artilugios, incluido un quitamanchas de sangre. Supongo que él, más que nadie, necesitará algo así, teniendo en cuenta su costumbre de recibir disparos.

Echo un poco del líquido sobre mi bata de médico, la froto rápidamente y la dejo encima de la lavadora para que el quitamanchas haga su magia.

Llaman a la puerta. No dudo en abrir, aunque sé que no es Knox. Knox no llamaría, ya que es su casa y tiene llave.

Llevo casi veinticuatro horas aquí sola y siento que me estoy volviendo loca.

Necesito interactuar con alguien, aunque solo sea para abrir la puerta y decirle a quien sea que el idiota que buscan no está aquí.

Me dirijo a la puerta principal, cogiendo a Snuffles para asegurarme de que no se escape. Abro la puerta de un tirón.

La chica que me mira abre la boca y la cierra. Lo hace unas cinco veces antes de decir «hola».

Es guapa de una forma peculiar, con el pelo largo y negro, y poco maquillaje, si no contamos la generosa capa de delineador que tiene alrededor de los ojos. Puede que no sea el tipo de chica que le gustaría a Knox, pero sin duda es el tipo de Shadow.

—¿Buscas a Knox? —le pregunto, negándome a usar el nombre con el que sé que está más familiarizada.

Me mira con escepticismo.

—Sí. Imagínate mi sorpresa al encontrarte aquí. —No lo dice con tono malicioso, sino como si estuviera intrigada. Entonces no es la novia. Aun así, es difícil no sentirse muy mal recibida después de una afirmación así—. Se me ha escapado. Es solo que Shadow no hace... —Hace un gesto con la mano desde mi cabeza hasta los pies y mi sonrisa se desvanece.

—Oh, no estamos... él no me lo está haciendo. —Uf, eso ha sonado mal.

Las chicas se ríen, restándole importancia a mi comentario.

—Claro que no. El señor soltero por convicción solo tiene a una chica guapa en su casa, vestida con su camiseta. ¿Te compró ese gato?

Escondo la cara en el pelaje del Sr. Snuffles.

—No me compró este gato.

Ella arquea una ceja y mastica el chicle de esa forma exagerada que hacen las chicas malas.

—Mmm... Pero pasaste la noche aquí y tienes pensado pasar más noches, ya que te has traído al gato contigo.

—Knox y yo no somos nada —le explico—. Soy la Dra. Bradshaw. Me asignaron el caso de Knox en el hospital y, tal y como fueron las cosas y dada su insistencia en marcharse, pensamos que no sería mala idea que alguien lo supervisara.

Cambio a Snuffles al otro brazo y le tiendo la mano para que me la estreche.

—Crystal —dice, ignorando mi mano—. Siento todo lo de antes... Es que eres *muy* guapa. Demasiado guapa para ser médica. Supuse que... Dios, me estoy yendo por las ramas. Shadow no suele tener chicas cerca. Al menos, ya no. No desde... —Se detiene justo cuando la cosa se estaba poniendo interesante. ¿No desde quién? ¿No desde qué?—. Ya estoy otra vez, hablo demasiado. En fin, doctora, encantada de conocerte y perdona por el interrogatorio.

Sonrío, dándole a entender que no ha sido nada.

—No me he sentido interrogada —le digo—. ¿Quieres dejarle algún recado a Knox? —Me doy la vuelta con la intención de coger un bloc y un bolígrafo, pero enseguida me doy cuenta de que no sé dónde guarda Knox ese tipo de cosas.

—Eh... No, no hace falta. Volveré más tarde.

Con eso, Crystal se da la vuelta y cruza el patio con sus largas piernas delgadas. Piernas delgadas que me alegra volver a ver solo tres horas después, cuando decide regresar con otras dos chicas. Esta vez no busca a Knox, sino que viene con la esperanza de que yo siga aquí.

Han estado cotilleando, me cuenta Crystal con orgullo, y han llegado a la conclusión de que no puedo ser *solo* médica. Tiene que

haber algo más.

Después de todo, hay muchos sitios donde podría quedarme sin tener que compartir cama con Knox. Como en una de las quince habitaciones reservadas para visitas. O en la enfermería. También mencionan la camiseta. Que es aun más que extraño que vaya envuelta en su ropa.

Por supuesto, no les falta razón. Aun así, no sé muy bien cómo explicarles lo que Knox y yo teníamos sin parecer una adolescente rencorosa. Ahora soy mayor, más sabia, pero todos esos sentimientos que resurgieron cuando Knox me besó eran demasiado reales como para ignorarlos.

—Me niego a comentar la historia entre Knox y yo —le digo a Crystal.

—¿Y si te sacamos de aquí y te emborrachamos lo suficiente como para que sueltes la lengua? ¿Qué tal entonces?

—Bueno —digo—, me vendría bien algo largo y duro. —Escucho las palabras mientras las digo y me estremezco cuando una sonrisa ilumina el rostro de Crystal.

—Se dice que Shadow tiene algo largo y duro y que sabe cómo usarlo bien.

Pongo los ojos en blanco.

—Me estás haciendo arrepentirme de haber aceptado tu invitación.

—Vale. Vale. Está bien. Dejaré las bromas para cuando te haya emborrachado lo suficiente como para que quieras hablar. El bar está a punto de abrir, ¿volvemos a recogerte? Lina prometió traer galletas para los chicos antes de su viaje. —Mira el reloj que lleva en la muñeca—. Y se nos está acabando el tiempo.

—¿Galletas? —Ahora sí que hablan mi idioma.

—No me digas que eres alérgica.

—No —niego con la cabeza—. Pero se me da muy bien hacer las mejores galletas de todo Nueva York. Es un poco exagerado, claro, pero ¿quién dice que un poco de autoalabanza hace daño?

Lina y Crystal sonríen.

—Tengo un poco de marihuana, si quieres animar un poco las cosas —sugiere Lina.

Aprieto los labios. No he fumado marihuana desde... No. No voy a entrar ahí. Si hay un hombre en el que tengo que pensar aún menos que en Shadow, ese es Bob.

—Paso de la marihuana —le digo a Lina—. Faltar al trabajo para hacer de médica de Knox significa que probablemente mi jefe me haya puesto en su lista negra. Si doy positivo en un control de drogas, fijo que me despiden.

CUANDO LAS CHICAS SE VAN, me ducho, me preparo un sándwich de jamón y queso y me lo como delante de la tele.

No me he tomado unas vacaciones en años y, por patético que parezca, soy consciente de que esto es lo más parecido a unas vacaciones que he tenido.

Mi móvil está en el hospital, en mi taquilla. Mi tableta está en la mesita de noche de mi casa, así que no tengo que revisar los expedientes de los pacientes para elaborar planes de tratamiento.

Soy como una de esas celebridades que desaparecen del mapa para recargar las pilas. Excepto que yo no he elegido estar aquí. Aun así, la comida es gratis y la cama es cómoda, y mientras Knox no aparezca para alterarme, estaré bien.

Hablando de eso, miro las pastillas que hay en la mesita, las cojo y las guardo en mi maleta.

Con todo el estrés de los últimos días, todavía no he tenido que tomar ninguna pastilla. He estado enfadada, molesta y muchas otras cosas, pero, aparte de eso, he estado bien. Hacía tiempo que no me encontraba así.

Supongo que ver cómo disparaban a alguien, ser secuestrada y besar accidentalmente a mi exnovio me han distraído lo suficiente como para olvidar las cosas que realmente van mal en mi vida. Como, por ejemplo, el hecho de que bien podría entrar en la cárcel en los próximos meses. Pero eso es algo en lo que pensar otro día.

Me lavo los dientes. Me cepillo el pelo. Me quito el pelo de gato de la ropa y abro la puerta al segundo timbre. Una vez más, son Crystal y sus amigas. Han venido a recogerme para invitarme a esa copa que me prometieron y prestarme la cocina principal para que

pueda ponerme a hornear. No es exactamente lo que tenía en mente cuando me ofrecí a ayudar con la repostería, pero quién soy yo para quejarme cuando puedo retomar una afición perdida hace tiempo. Además, es mejor que sentarme en el sofá de Knox y devorar todos sus aperitivos.

HORAS MÁS TARDE, sigo con las chicas. Entre hornear, charlar, beber y pintarnos las uñas, me siento como si hubiera entrado en una serie de televisión sobre el instituto en la que no encajo del todo. Si soy sincera, ni siquiera encajaba cuando de verdad iba al instituto.

Siempre he sido un poco... bueno, no marimacho, pero tampoco muy femenina, prefiriendo la comodidad al glamour. Con unos pantalones cortos y una camiseta me sentía en mi salsa. Pintarme las uñas era otra de esas cosas que no me atraían. Quizás sea porque nunca tuve madre y mi abuela estaba demasiado ocupada tratando de encontrar la energía para criar a una niña, que nunca llegó a la etapa relajada de pintarse las uñas y enseñarme a maquillarme.

No me quejo. Ella hizo todo lo que pudo y no siempre lo mejor de uno es suficiente, pero lo suyo, sin duda, lo era.

CATORCE



TRES VECES MÁS

SHADOW

Han pasado tres días desde que vi a Mina. Lo que significa que también han pasado tres días desde que estuve en mi casa.

Se dice que ha hecho amigos en el club e incluso ha encontrado una especie de pasatiempo para mantenerse ocupada: hornear.

¿Quién hubiera pensado que la doctora cambiaría su bata blanca por un delantal?

En cualquier caso, odio que hornee porque ese pasatiempo significa que no he podido comer en el comedor desde hace días, ya que ella ha convertido la cocina en su panadería personal. En cuanto a mí, cuando no estoy de viaje, me escondo en el piso-calabozo de Runner como el motero más gruñón que se conoce, mientras todos los demás moteros hablan de las mejores galletas que han comido y de qué hará falta para que ella se quede. Todos menos mi padre, claro. Supongo que, en esto, de tal palo, tal astilla.

Me siento como un puto adolescente que tiene una rabieta, huyendo de la chica que me rompió el corazón y disparándome en el pie en el proceso.

—¿Estás bien, tío? —Runner empuja la puerta de la sala de reuniones y entra treinta minutos después de la hora acordada.

—Estoy bien —digo, levantando el puño para chocarlo con el suyo.

—Esa mueca de asco en tu cara dice otra cosa.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—Tu falta de éxito dice que deberías estar sin trabajo.

Estoy siendo brusco, pero qué coño me importa. Tengo todo el derecho a estarlo.

—¿Y si te dijera que tengo noticias?

—Entonces te preguntaría por qué no has empezado por ahí, joder.

Se encoge de hombros.

—No eres de los que tienen relaciones y el hecho de que estés babeando por la doc nos tiene a todos preocupados.

Si estuviera bebiendo whisky, me atragantaría ahora mismo.

—¿Preocupados? ¿De qué puto circo acabas de volver?

Vale, estoy de mal humor. Todo es culpa de Mina, así que no es de extrañar que cada vez que se la menciona me entren ganas de arrancarle el cuero cabelludo al cabrón que la haya sacado a colación.

Llevo con los huevos más azules que un puto mielero desde la última vez que hablé con ella.

Hay muchas chicas en el complejo listas y maduras para follar. Quizás lo que necesito es simplemente mojar el churro. A ver si eso borra la necesidad de ella.

—¿Vas a decirme de una vez dónde coño está Thomas y qué has averiguado sobre el tío que apareció en mi habitación de hospital?

Mete la mano en el bolsillo, se saca el móvil y teclea varias veces antes de girarlo hacia mí. En la pantalla hay una foto de uno de los tatuajes del tío, que no significa nada para mí.

—Explícate.

—Jason MacFern —dice—. El tatuaje que ves pertenece a lo que la gente llama el Club Lonewolf. Irónico, ya que no se puede ser un lobo solitario y pertenecer a un club, pero eso no viene al caso. Es un sicario. Trabaja por su cuenta. No tiene conexiones con ninguna banda de la zona ni de ningún otro tipo.

—¿Y qué quería de mí?

Me mira como si me hubiera salido una segunda cabeza. O quizá solo una más pequeña.

—No quería de ti, al menos no hasta que Thomas lo contrató para eliminarte. Solo era un trabajo. Nada personal.

Justo lo que pensaba, pero, aun así, es bueno tener la confirmación. Si esto es a lo que ha recurrido Thomas, a contratar agente a través de anuncios en el periódico, está desesperado.

Los hombres desesperados son propensos a cometer errores. Ah, pero ¿no ha sido toda la existencia de Thomas un gran error desde el principio?

—¿Y ahora que el cabrón de MacFern está muerto y enterrado?

—Nadie lo echará de menos, pero hay alguien en el hospital en quien no estamos seguros de poder confiar.

—Alguien que por casualidad vive en tu puñetera casa, como la vieja dama que nunca quisiste —dice otra voz.

Me giro y veo a mi padre de pie junto a la puerta, con su nueva novia rubia pegada a él como si fuera su puto calzoncillo. Nunca podré soportarla.

Apenas de mi edad, Tilda no es más que una inmadura pegajosa. La forma en que se queja, la forma en que hace estallar el chicle, la forma en que trata a las otras chicas del club como si fueran inferiores.

Si mamá pudiera ver a papá ahora...

—Uno pensaría que estarías un poco más agradecido con la persona que me salvó la vida —le respondo enfadado.

Mi padre se ríe como si hubiera contado el chiste del siglo. Lo miro, preguntándome cuándo demonios se ha vuelto tan... viejo. Ahora tiene más canas que pelo negro y sus patas de gallo son tan profundas que le dan un aspecto de agotamiento permanente.

Se aleja de su nueva mujer y da los tres pasos que le separan de mí. Cuando está lo suficientemente cerca, me atrae hacia él y me da una fuerte palmada en la espalda. Me duele, pero ni siquiera me inmuto. Si hay algo que he aprendido a no hacer delante de él es mostrar debilidad.

—Me alegro de que hayas vuelto, hijo.

No estoy seguro de creerle. No importa.

La relación paterno-filial que teníamos quedó enterrada junto con mamá. Está de duelo, claro, pero no sé, a veces pienso que podría haberlo hecho un poco mejor o quizá en otro lugar que no fuera el coño de Tilda.

—¿Qué novedades hay? —pregunta mi padre, ahora sentado frente a Runner. Tiene las manos entrelazadas delante de él y cualquier atisbo de sonrisa ha desaparecido de su cara.

Runner se endereza. No es el típico motero. Runner no creció en el club como muchos de nosotros, solo se unió a esta vida por circunstancias de la vida. Tenía cuentas que saldar y cambió sus habilidades por protección. Todo eso parece que fue hace una eternidad, así que todavía me sorprende lo tenso que se pone cuando está cerca de mi padre.

Empieza a hablar, contándole a mi padre todo lo que me había dicho antes. Jason MacFern, de los Lonewolves. Contratado por Thomas.

—Y ni una palabra sobre ese cabrón —gruñe mi padre.

El nombre de Thomas siempre será una espina clavada para él. Como para muchos de nosotros.

Solía ser un miembro de confianza del club. Divertido, alegre, el más sensato de los dos. La gente de aquí lo quería.

En cuanto a mi padre, podría haber sido perfectamente el hijo que él quería de verdad. Pero hay algo que diferencia la sangre de lo que sea que corre por las venas de Thomas. La sangre no traiciona a la sangre.

—Lleva meses acechándonos. —Mi padre golpea la mesa con la mano, haciendo que Runner dé un respingo.

Incluso después de terminar de gritar, su voz sigue resonando en la habitación. Con toda esa fuerza en las cuerdas vocales, no es de extrañar que todos se pregunten por qué está cediendo el mando.

—Lo encontraremos —empieza a decir Runner.

—Lo haremos —añado—. En cuanto dejes de comportarte como si yo fuera un objeto de porcelana que hay que guardar en el estante más alto. ¿He oído que has estado diciendo a todo el mundo que no me dejabas salir del club?

Mi padre se ríe, con la mirada fría como el hielo clavada en mí.

—Quizá no deberías haber salido y haberte dejado disparar.

—Quizá tú deberías dejar de comportarte como si fuera un puto niño. Sobre todo, teniendo en cuenta que estoy a dos pasos de llevar la puta insignia de presidente.

Empuja la mesa, sin darse cuenta de que la ha estrellado contra Runner. Aunque tampoco le importaría una mierda.

Cuando se acerca a mí, espera que me acobarde. No lo hago. No lo he hecho desde que crecí esos últimos centímetros. Ahora es él quien tiene que mirar hacia arriba para verme. Mi padre puede ser más corpulento, pero yo soy más alto, más esbelto y también más rápido.

—A veces me pregunto si eres lo suficientemente hombre para manejar las cosas por aquí. —Me da un empujón en el pecho, con tanta fuerza que parece que me va a dejar un agujero de bala.

Aprieto los dientes contra el dolor. Contra la animosidad en sus ojos. Contra el odio que siento por él.

Me empuja, pero no me muevo. Soy una roca en todos los sentidos de la palabra.

—Ocúpate de esa zorra antes de que yo me ocupe de ella por ti.

Cada fibra de mi ser se tensa, la ira es tan intensa que tengo que apretar los puños a los lados. Solo por la gracia de Dios no lo noqueo. Demostrándole que el hijo realmente es más fuerte que el padre.

En lugar de violencia física, lo ataco con palabras.

—¿Y qué hay de esa? —siseo, señalando a la barbie polioperada que está junto a la puerta—. ¿Te apetece llevarla al vertedero pronto?».

Se oye una carcajada mientras sale de la habitación.

—Deberías tener un poco más de respeto por tu madrastra —dice, insistiendo en ponerme los nervios de punta.

QUINCE



¿VALE? ¿VALE?

MINA

A veces olvido que no me gusta estar aquí. La chimenea crepita con un color naranja intenso. El olor a galletas recién horneadas flota en el aire y las risas llenan la habitación.

Puede que no haya crecido en Marno Bay, pero llevo aquí el tiempo suficiente y he trabajado con gente suficiente como para tener al menos la opción de no pasar mis descansos para tomar café sola.

Aun así, aquí, en este club, es donde he conseguido encontrar algo parecido a una tribu.

Siempre imaginé que algún día conocería a la familia de Knox. Tantas veces nos sentábamos bajo el viejo roble del campus de Pitthart e imaginábamos cómo sería nuestra vida cuando nos fuéramos de allí.

Knox me hablaba de la gente que me presentaría. De cómo su madre y su hermana me robarían de su lado.

Según Knox, yo me parecía mucho a su hermana, el tipo de chica que no se dejaba intimidar por nadie y decía lo que pensaba. Y era cierto. Había hablado con Victoria muchas veces por teléfono. La mayoría fueron saludos rápidos. Pero otras veces hablábamos

durante horas. No la conocía más que por esas pocas llamadas, pero enseguida la había sentido una amiga.

Los recuerdos de aquella época me parecen muy lejanos. Me pregunto si me reconocería si me viera ahora. Me pregunto si sabe que estoy aquí, pero me dejó en el pasado, igual que hizo su hermano.

Niego con la cabeza y vuelvo al presente. Crystal, Marie y Lina no se parecen en nada a mí. No visten como yo. No hablan como yo. Pero, quizá, sean unas de las personas más sensatas que existen, una vez que miras más allá de las apariencias, más allá de los tatuajes, las capas de rímel y el delineador de ojos excesivo. Más allá de las chupas de cuero con parches de calaveras y huesos en la espalda.

No sé si podría llegar a llamarlas amigas, protectora como soy con mi corazón, pero la satisfacción que siento cuando estoy con ellas se parece mucho a la amistad. Han sido una especie de refugio para mí estos últimos días, aceptándome como si fuera una más desde el principio.

Con Knox habiéndose marchado y sin aparecer por ningún lado, me habría vuelto loca sin su compañía.

Crystal se inclina sobre la mesa para coger otra galleta doble de chocolate de la pila.

—Te voy a echar mucho de menos cuando te vayas —dice con la boca llena.

—¿Me lo dices a mí o a las galletas?

Me mira con una sonrisa pícara en la cara.

—Es como un puto orgasmo envuelto en crack —se ríe, rodeándome con los brazos y abrazándome—. Pero sí, yo también te echaré de menos.

—Que le den a las galletas, yo lo que quiero es descubrir lo bueno que es Shadow en la cama. —Así es Marie. Siempre va al grano.

Se echa el pelo negro azabache sobre el hombro mientras me acribilla a preguntas.

De las tres, tenía la corazonada de que quizá ella era la exnovia. Pero no. Solo era una chica con gusto por los cotilleos y yo era carne

nueva, fresca y llena de historias.

—No lo sé —le respondo—. Hablas de Shadow, pero yo solo he... —Hago una pausa y me sonrojo—. He hecho eso —digo con dificultad—, con Knox. —Dios, qué incómodo. Como si fuera una niña de 16 años que apenas se atreve a admitir que ha perdido la virginidad.

—Knox —se burla Lina—. Dios, hace años que nadie le llama así por aquí. Realmente parece otra persona cuando te refieres a él con ese nombre. —Eso es porque entonces *era* otra persona.

Crystal se inclina hacia mí, tan cerca que parece que solo tiene un ojo.

—Todos estos días encerrada en su casa y me dices que no has... —Empieza a mover las caderas hacia adelante y hacia atrás, con una sonrisa tan amplia como un río en la cara.

Intento reprimir una sonrisa. No hay manera.

—Estás muy cómoda aquí. Demasiado como para no habértelo follado.

Estamos en casa de Knox. Pensé que, si él podía rebuscar en mi ropa y en mi cajón de la ropa interior, no había nada de malo en que invitara a unas chicas a tomar unos cócteles mientras me tenía secuestrada en su humilde morada. Así que sí, *estoy* cómoda, pero esa comodidad proviene de algo que no tiene absolutamente nada que ver con el sexo.

Las chicas trajeron el alcohol y ya vamos por la tercera copa de lo que Crystal llama su «Margarita de chica mala». Mucho ron, mucho vodka y un chorrito de ponche de frutas.

Más tarde, me avergonzaré de todas las cosas que he dejado que el alcohol sacara de mí. No queda nada de la relación entre Knox y yo, porque ya no hay ninguna relación entre nosotros.

—Me besó hace unos días —admito—. Y luego desapareció como un fantasma en el viento.

—Solo puede significar una de dos cosas —interviene Marie—. O besas fatal o no quería dejarte embarazada.

—Tomo anticonceptivos —digo apresuradamente. Luego me doy cuenta de que no, que no los tomo. Los tomaba. Pero eso es una de las cosas que Knox no pensó en llevarse cuando irrumpió en mi

casa. Es decir, ¿por qué iba a hacerlo? No es que importe. Mi vida sexual es tan árida como el Sáhara. Lo ha sido durante bastante tiempo. La píldora se había convertido en una especie de hábito. Menstruaciones más ligeras. Cambios de humor más leves. Tenía sus ventajas.

—Se dice que es una bestia en la cama. —Crystal coge otra galleta y me mira con el ceño fruncido—. Así que, ya sabes, si decides montar el rabo de Shadow, seguro que no te decepcionará.

—¡Puaj! —gruñe Lina.

—Doble puaj —se une Marie.

—Venga ya —dice Crystal—, dejad de fingir que no os derretías por él cuando vinisteis al club por primera vez.

Marie le da un puñetazo juguetón en el brazo a Crystal.

—Eso fue hace tanto tiempo que es como si no hubiera pasado. No te preocupes —dice, fijando su mirada en mí—. Es todo tuyo. Demasiado triste para mi gusto.

—¿Triste? —pregunto—. Desde que lo vi, ha sido todo arcoíris y mariposas. La víctima de un disparo más feliz que haya existido jamás.

—Hasta que te besó —añade Marie.

—Bueno, no lo he vuelto a ver desde entonces, así que no lo sé.

—Oh, ha vuelto a ser el gruñón de siempre —dice Crystal—. Quejándose de todo. Que todos son incompetentes. Que no hacen nada. Que odia el mundo y todo lo que hay en él.

—¿De verdad puedes culparlo? —pregunta Lina—. Después de todo lo que ha pasado. —Ahora hay una seriedad en la habitación que no me gusta. Ni un poco.

—¿Qué es «todo lo que ha pasado»? —pregunto con cautela.

Marie abre los labios. Los cierra.

Crystal entreabre los labios. Los cierra.

Lina abre los labios. Los cierra.

—No creo que debamos —dice Marie—. Son secretos de familia.

—¿Alguien le rompió el corazón? —pregunto, pero sus miradas me dicen que no es eso—. ¿Murió alguien?

—Su hermana murió —susurra Lina—. Bueno... ella... eh…

—¿Victoria? —digo con los ojos muy abiertos y una voz apenas audible.

—¿La conocías?

—No. Quiero decir... No en persona. Solíamos hablar por teléfono cuando Knox y yo estábamos en el internado.

Me duele el corazón. Me duele la cabeza. Me siento como una idiota por actuar como si fuera la única que estuviera pasando por un mal momento. Sé lo mucho que Victoria significaba para Shadow. No era solo su hermana pequeña. Era su amiga. Más cercana que cualquier relación entre hermanos que haya visto jamás.

Marie se levanta. Se acerca a la chimenea.

—En serio, cambiemos de tema. No es algo de lo que se hable por aquí y...

—¿Qué demonios es esto, Martha Stewart...?

—Shadow, me alegro de verte —dice Marie en voz alta, avivando el fuego mientras se gira para ver quién acaba de entrar en la habitación.

Knox no responde, solo murmura algo para sí mismo. Las chicas empiezan a recoger sus cosas. Recogen los cachivaches que han traído consigo.

Algo me dice que yo también debería irme. Así que me levanto, cogiendo una galleta por la necesidad repentina de coger *algo*.

Su hermana murió.

Victoria.

¿Cómo es que no lo sabía?

Pero, pensándolo bien, ¿cómo podría haberlo sabido?

Me duele el corazón y los dos segundos que han pasado desde que me han dado la noticia no son suficientes para procesar las palabras, y mucho menos su significado.

Cuando me doy la vuelta para ir en dirección a la puerta con las otras chicas, no llego muy lejos. La mano de Knox se cierra alrededor de mi muñeca con tanta fuerza que no puedo soltarme. Lo miro, con muchas palabras en la punta de la lengua.

Quiero disculparme por cómo actué, por las cosas que dije. Darle el pésame por su hermana. Pero, ¿por dónde demonios empiezo?

Sus ojos son hielo, tiene la mandíbula tan apretada que la vena de una sien le late con fuerza. Las chicas han actuado como si mencionar a Victoria fuera lo más tabú del mundo y, si ellas, que son como de la familia, temen pronunciar su nombre, quién sabe cómo se lo tomará él que yo diga algo sobre ella.

—Hoy es tu día de suerte —gruñó con voz grave y mirada seria —. Vamos, recoge tus cosas.

—Vale.

—Bien.

No me muevo. Debería, pero él sigue sujetándome la muñeca y, aunque no lo hiciera, no estoy segura de poder hacerlo.

—Knox —empiezo. Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Deberías parecer más contenta, princesa. Por fin vas a conseguir lo que querías... alejarte lo más posible de mí.

Niego con la cabeza. Una lágrima cae, pero no me importa.

—Siento cómo me comporté hace unos días. Tú te preocupabas por mí y yo te alejé.

Knox se encoge de hombros y finalmente me suelta la muñeca. La expresión de su rostro parece aún más fría ahora, como si mi disculpa lo enfadara.

—Este lugar es cómodo, ¿verdad? No como esa caja de fantasmas que tienes en la primera calle. Lástima, princesa, tu tiempo aquí se ha terminado. Quiero recuperar mi puta cama.

Coge la galleta que todavía tengo en la mano, le da un mordisco y se dirige al dormitorio.

Lo sigo. Debería mantener la boca cerrada. Hacer lo que me dicen. Recoger mis cosas y olvidar que nos hemos vuelto a cruzar.

—¿Knox?

No reacciona, solo mastica la puta galleta mientras recoge mis cosas y empieza a tirarlas sobre la cama.

—Te has dejado ir, ¿eh? ¿Qué ha pasado con la maniática del orden que doblaba la ropa y la colocaba en el lado de mi cama aquella primera noche?

—¿Podemos hablar?

Se detiene y huele la ropa interior que tiene en la mano. Me invade una vergüenza que nunca antes había sentido.

—Creo que me quedaré con esto. —Se mete mis bragas en el bolsillo trasero y sigue rebuscando entre la ropa sucia.

—En serio, Knox, ¿podemos hablar? —Mi voz suena alta, no llega a ser un grito, pero casi.

Parece divertirle. Levanta las cejas, imitándome.

—En serio, Mina, ¿puedes recoger tus putas cosas?

Vale, está de mal humor. No es ninguna sorpresa, ya que las chicas me lo habían advertido. Aun así, nunca lo había visto así. Claro que se ha enfadado conmigo antes, pero esta es una ira que parece calar hasta los huesos. Y como mis neuronas no parecen funcionar como deberían, me aclaro la garganta y clavo la mirada en él.

—Me enteré de lo de tu hermana y solo quería decirte que lo siento. ¿Vale? Siento que la hayas perdido. Si lo hubiera sabido...

Cruza la habitación y da un paso hacia mí, elevándose sobre mí como un semental.

—¿Qué habrías hecho, Mina? ¿Dejar que te follara? Lo siento, no me va el sexo por lástima.

—Estás sufriendo —le digo—. Las personas que sufren hacen sufrir a los demás. Es algo que sé muy bien. Yo también he pasado por eso.

Knox suelta una risa carente alegría.

—Oh, cariño, no estoy sufriendo, solo estoy enfadado de cojones. Si no quieres que esa ira se desborde sobre ti…

Se supone que es una amenaza, pero no surte el efecto que él espera.

En lugar de librar una batalla que sé que no voy a ganar, empiezo a recoger las cosas que ha tirado sobre la cama. Puedo oír cada una de sus exhalaciones. Agudas, rápidas, pesadas.

Hago la maleta en silencio, esperando que cuando termine se haya calmado lo suficiente como para aceptar mis condolencias. O, al menos, que acepte que son sinceras.

A pesar de lo que pasó entre nosotros, todavía me queda medio corazón en el pecho, y lamento que haya perdido a Victoria.

Acerco a Snuffles hacia mí y lo abrazo tan fuerte como me lo permite.

—Ya está —le digo a Knox, señalando la puerta.

Él es el primero en salir. Sus pasos son apresurados mientras atraviesa la habitación, ansioso por sacarme de su vida.

DIECISÉIS



FRENESÍ ALIMENTICIO

SHADOW

Tras un trayecto en coche lleno de silencio, dejo a Mina en su solitaria mansión. Ella duda al salir del vehículo. No por mucho tiempo.

Las palabras que quería decir parecen fallarle. Cierra los labios, exhala un aire que contiene una montaña de tensión y se da la vuelta.

Abro el maletero.

—Si dices algo de lo que has visto o oído, tu vida estará en peligro —le digo. Es una advertencia, claro, pero no necesariamente mía.

—Entendido —responde ella.

Mi padre la quiere muerta. Cree que limpiar la casa es la mejor manera de asegurarse de que se calle. O tal vez él también sabe que Mina es más que una simple doctora que me ayudó a curarme. Todos en ese puto club no pueden dejar de hacer suposiciones. Seguro que ha oído algo de alguien.

Lucharé contra él y, por muy cabreado que esté ahora con Mina, la protegeré de mi padre. Pero ella no tiene por qué saberlo.

No me ha mirado desde que se metió en el coche y tampoco me mira ahora mientras saca la maleta del maletero.

No tengo intención de ayudarla a llevarla. Es una mujer independiente. Puede coger sus cosas. Levantar sus cosas. Llevar sus cosas.

EL HECHO de que no sea un puto caballero no debería sorprenderla, sobre todo, después de todo lo que ha visto en los últimos días. Aun así, la decepción es evidente mientras empuja su equipaje por el camino de entrada. Yo también estoy decepcionado. De mí mismo. Del universo.

Cada parte de mí ansía pulsar el botón de rebobinar de la vida. Volver a... Dios, muy atrás. Pero que muy atrás, joder.

Arranco el motor, pero la forma en que Mina duda en abrir la puerta es la misma en que yo dudo en alejarme. El arrepentimiento recorre mis venas mientras la observo.

Llevo días enfadado con ella. Enfadado por la facilidad con la que me ha lanzado su odio. Por lo sincera que parecía cuando me dijo que me odiaba. A la cara. Igual que había hecho mi hermana antes...

Quizás podría haber dejado mi ego a un lado cuando vi a Mina esta noche, pero estaba tan cabreado después de la conversación con mi padre que era imposible, y cuando ella mencionó a mi hermana, no pude soportarlo.

Todo el mundo en el club sabe que Victoria es una línea que no se cruza y, sin embargo, Mina viene, obra su magia y los tiene cantando como canarios listos para la puta matanza.

Que Mina se lo pasara en grande, bebiendo y charlando con sus nuevas mejores amigas, tampoco ayudó a mejorar mi humor.

No sé qué esperaba ni qué deseaba. ¿Que se sintiera desdichada? En todo caso, esas chicas le demostraron que nuestra pandilla no es tan mala. En el fondo, somos buena gente. Solo buena gente que se dedica a cosas ilegales. Da igual, cada uno gana dinero como puede.

La puerta principal se abre y, sin mirar atrás, Mina se encierra. Una casa tan grande para una chica tan pequeña que vive sola. Ahora lo sé con certeza. No estoy orgulloso de ello, pero la busqué

en Facebook. Puede que no sea la persona más activa de la plataforma, pero sí lo suficiente como para que, si tuviera familia, aparecieran en su muro.

Me quedo sentado en el coche un rato más, mirando la puerta vacía, deseando que vuelva a aparecer. Cuando no lo hace, me invade una gran decepción. Puede que esto sea el final. El final de todo lo que podría haber sido, aunque probablemente nunca llegara a ser.

¿Acaso me importa? Ya he conseguido apartarla de mi mente antes, los recuerdos de su piel sobre la mía, de sus labios, de su sabor, solo afloraban de vez en cuando. Puedo volver a hacerlo. Pero ¿quiero hacerlo?

Mi padre se impone en mis pensamientos. Tenía razón. Nunca quise tener una mujer. Había planeado pasar la vida solo.

En el fondo, sé que mi reticencia a empezar algo serio se debía a que ya había encontrado a la mujer de mi vida y la había perdido, y el dolor era más difícil de superar que una puta bala en el pecho. ¿Quién querría pasar por eso otra vez?

Pero, por otra parte, ¿quién no querría una segunda oportunidad?

De todos los lugares del mundo en los que podría haber acabado, acabó aquí. Aunque no creo en el destino ni en ninguna de esas chorradas, coincidencias como esta no ocurren por casualidad. Que Mina esté aquí tiene que *significar* algo. Que Mina me haya salvado la vida tiene que significar algo.

Joder.

Meto la mano en la guantera, busco algo en lo que escribir y luego algo con lo que hacerlo.

Arranco una esquina de un sobre y empiezo a escribir mi número de teléfono. Le pasaré la pelota. Si acepta, bien. Si no, tampoco pasa nada.

Salgo del coche, meto el pequeño trozo de papel en su buzón y me pongo en marcha.

Hay cosas que hacer. Un cabrón al que castrar. Acuerdos que cerrar.

DIECISIETE



ALABAMA DURANTE EL SIGLO XVIII

SHADOW

Cuando regreso al club, todo son caras serias y hombros encogidos. Mi padre está hinchando el pecho, con la mirada fulminante mientras aparco el coche.

—¿Dónde coño has estado? —ladra.

Respiro hondo. Sea presidente de los Nightmare MC o no, si esto acaba en una pelea, saldrá de aquí con el orgullo por los suelos. Él no quiere eso y, aunque a mí me importe una mierda su imagen, prefiero no tener que pelearme en medio de nuestra pandilla.

—Me dijiste que me deshiciera de la doctora —digo, frotándome las manos—. Voilà, ya no está y tú ni has tenido que mover un dedo. —Omito la parte en la que «deshacerse» no significaba «matar». Quizá él lo dé por sentado. Quizá lo interprete como lo que es. Mientras Mina mantenga la boca cerrada, no habrá problemas.

Mi padre hace ademán de decir algo, pero se lo piensa mejor y se vuelve hacia la fila de Harleys con los motores ya rugiendo.

Nos dirigimos al almacén a recoger un cargamento de armas que llegó hace unas horas. Mi padre no necesita a toda la pandilla para esto, pero es más seguro así. Más vale que haya demasiados hombres que pocos.

Meto la mano en el bolsillo y cojo mi llave. Mientras que la mayoría de los hombres han optado por una buena Davidson de las de toda la vida, yo he elegido algo un poco diferente. Mi Ducati Nightshift. Negro con negro sobre puto negro. Es una bestia de medianoche.

Cojo el casco del manillar y me lo pongo. Al igual que el sexo, conducir una moto puede ser más placentero sin protección, pero es mucho más seguro con ella.

Me subo a la moto y acelero el motor, para consternación de mi padre. A él le gusta ser el que avisa al equipo de que es hora de ponerse en marcha. Tarde o temprano, tendrá que acostumbrarse, así que ¿qué daño puede hacer un pequeño simulacro?

La adrenalina corre por mis venas mientras conduzco. Nada de eso es bueno. Todo está alimentado por la ira. Quizás estoy más enfadado con mi padre de lo que debería, pero últimamente su presencia me molesta más de lo que debería.

Es en momentos como estos cuando echo de menos a Victoria. Ella siempre fue la mediadora entre los dos. La única persona que de verdad entendía lo mucho que él me afectaba. La única persona que lo conocía lo suficiente como para poder explicar sus microagresiones. La única persona que me conocía lo suficiente como para sacarme de mi puta ira. Pero Victoria ya no está y, por lo tanto, nueve de cada diez veces, la rabia es lo único que me queda.

Una curva cerrada tras otra, pongo a prueba la vida y la muerte en el mismo instante. Un giro equivocado, un bache, una distracción... A la velocidad a la que voy, eso es todo lo que haría falta para separarme de la vida. Pero conozco estos bosques como la palma de mi mano. Los he recorrido bajo una luz cegadora y en la oscuridad de la medianoche.

Ahora voy por delante del resto, tan rápido que cualquiera diría que estoy probando si la moto puede dejar atrás mis problemas. Parece que funciona durante un rato, como suele ser habitual. No hay nada que requiera más concentración que ir a toda velocidad en una puta trampa mortal.

Llego a la nave cinco minutos antes que el resto, pero no entro todavía.

Saco el teléfono y compruebo si tengo alguna llamada perdida de la última persona que espero que me llame.

Nada.

Probablemente aún no haya mirado el buzón, me digo a mí mismo*.*

En el fondo, dudo mucho que sea así. Mina lleva fuera de casa el tiempo suficiente como para que se le haya acumulado el correo. En esa casa sin televisión, el correo puede que sea su única forma de entretenimiento.

No me importa.

Me la suda.

No *debería* importarme, joder.

Guardo el teléfono en el bolsillo y me dirijo a un lado del edificio para mear. Mi padre aparece justo cuando me estoy guardando la polla en los pantalones. No me importa el silencio mexicano que se va a producir.

Hace tiempo que mi padre y yo no tenemos una conversación en condiciones. Hace tiempo que no le respeto como un hijo debe respetar a su padre. Han pasado demasiadas movidas. Hay demasiados sentimientos entre nosotros. Demasiadas muertes que ninguno de los dos sabemos cómo procesar.

Mi madre.

Mi hermana.

Las dos mujeres de nuestras vidas que hicieron lo que hacen las mujeres: mantener a la familia unida. Sin ellas, solo somos dos almas rotas que se odian por razones que nunca podríamos expresar en voz alta. Que no me visitara en el hospital o que tardara días en aparecer cuando llegué a casa es un claro ejemplo de ello. Su orgullo no le permitía admitir que se alegraba de que hubiera vuelto. Que se sentía aliviado de que no hubiera muerto. O quizá simplemente no le importa.

Mi padre acorta la distancia entre nosotros, rascándose la barbilla mientras me mira de arriba abajo.

—Sé que no mataste a la médica —dice, mirando a lo lejos.

—Su jefe sabía dónde estaba. Matarla habría sido una idea terrible que habría hecho que la policía irrumpiera en el club más

rápido de lo que tardas en pestañear. Pero mantendrá la boca cerrada, me he asegurado de ello. —¿Lo había hecho, en realidad?

—¿Quién es esa doctora para ti, Shadow? —La pregunta me pilla tan desprevenido que me sobresalta.

—Tú mismo te has respondido a la pregunta.

—Antes de seguir adelante y limpiar tu marrón, necesito saber a qué me enfrento.

Doy un paso hacia él, con los hombros rectos, ya en modo pelea.

—Si le pones un solo dedo encima… —lo amenazo.

—Si se va de lengua respecto a nuestros asuntos, responderá ante el cañón de mi pistola.

—Ya te lo he dicho, ella sabe que tiene que mantener la boca cerrada —le espeto esas palabras a pesar de no saber si son ciertas. Mina puede ser tan terca como una mula cuando quiere.

Mi padre y yo nos quedamos en silencio durante unos segundos, mirándonos fijamente.

—Te gusta, ¿verdad?

Suelto una risa seca. Era obvio que él sería el primero en romper el silencio, pero no esperaba que fueran esas las palabras que salieran de su boca.

Me meto las manos en los bolsillos.

—¿Qué coño es esto? Alabama en el siglo VIII. ¿Que si me gusta? ¿Te estás escuchando?

—¿Qué? Soy lo suficientemente hombre como para admitir que vivir la vida en solitario no es forma de hacerlo.

Como era de esperar, ahora está de mejor humor. Pero mi padre es conocido por cambiar de opinión en un santiamén, así que no apostaría a que dure. En cuanto a mí, prefiero quedarme enfadado. Dejar que la ira hierva a fuego lento.

Le doy la espalda y me dirijo hacia el edificio. Los demás están llegando, así que, si realmente tiene tantas ganas de conversación, puede ir a incordiar a uno de ellos. Le escucharán. No porque quieran, sino porque él sigue jugando a ser el presidente.

—Shadow —dice mi padre, acelerando el paso para volver a ponerse a mi lado—. Quizá el amor no sea una buena idea para ti.

Ya sabes, teniendo en cuenta que todas las personas a las que quieres acaban apareciendo muertas tarde o temprano...

Aprieto los puños. Quiere que le pegue, joder. Pero no lo haré.

Levanto la mano, todavía tensa, y la golpeo contra la puerta enrollable. El metal resuena tras mis golpes.

Esperamos un momento, pero nadie responde.

Otra vez.

Sigue sin haber respuesta.

No es posible que estos cabrones hayan decidido echarse una siesta sabiendo que íbamos a aparecer. Vuelvo a golpear la puerta. Es una pérdida de energía, la verdad, ya que mi esfuerzo sigue sin dar ningún fruto.

Mi padre mete la mano en el bolsillo y saca el llavero.

—Luz —dice.

Tanker se adelanta y utiliza la linterna de su móvil para iluminar las llaves.

Mi padre tarda unos segundos, pero por fin encuentra la correcta, la introduce en la puerta y abre la nave para revelar lo que solo puede describirse como una puta masacre.

DIECIOCHO



INFIERNO SIN FURIA

SHADOW

La tensión en el ambiente es tan palpable que se podría cortar con una uña.

Mi padre se queda boquiabierto al contemplar la escena que tiene ante sí: los cadáveres de nuestros tres guardias de seguridad nadando en charcos de su propia sangre.

Se agacha y presiona un dedo sobre la sangre.

—Fría —dice—. Llevan muertos... solo Dios sabe cuánto tiempo.

Lo dejo ahí, pasando los dedos ensangrentados por su cabello ralo, mientras corro hacia el contenedor.

Alguien enciende la luz, dejando patente lo jodidos que estamos.

No solo tenemos que preocuparnos por los cadáveres del suelo. Joder, estos tipos pueden cavar una fosa en dos minutos como mucho y tener un nuevo grupo de guardias vigilando esta nave en una hora. No. Es el contenedor vacío que tengo delante. Cada centímetro cuadrado están despojado de las armas que nos habían sido entregadas.

Un rugido brota de la garganta de mi padre, tan gutural que incluso yo me estremezco.

Todo queda en silencio durante un minuto. Dos minutos. Tres. Y entonces todos empiezan a hablar a la vez, una avalancha de

palabrotas tan entremezcladas que es difícil distinguir las que no son blasfemias.

Nadie sabe de este lugar salvo nosotros.

Aun así, no huelo a ningún soplón por aquí.

Si alguien me pidiera que pusiera la cabeza en la guillotina y le dijera quién coño es el responsable, le diría el nombre antes de que pudiera estornudar.

Thomas.

Siempre es Thomas.

Todos los ojos de este lugar arden iracundos, igual que los míos. Mi padre, sin embargo, parece que eche humo por las orejas al acercarse lentamente a Tank y lo empujarlo contra la pared.

—¿Cómo coño se enteró de este lugar?

Es una buena pregunta. La nave era una compra reciente, realizada después de la salida de Thomas. Tengo mis sospechas, pero ninguna nos deja en buen lugar.

Éramos un libro abierto antes de que las cosas se torcieran con uno de nuestros miembros más de fiar. Puede que no hayamos comprado la propiedad mientras él aún era parte de nuestra familia, pero sabía muy bien que la estábamos buscando. También conocía el horario de nuestros envíos. Suma dos más dos y ahí lo tienes.

No puedo evitar pensar que, si yo no hubiera llegado tarde, habríamos llegado a tiempo para pillarlo in fraganti. A tiempo para meterle varias balas en ese cerebro retorcido. En el fondo, sé que nada de esto es culpa mía, pero aun así...

Runner aparece en mi campo de visión y se dirige hacia la parte de la oficina dla nave. Lo sigo en silencio mientras se sienta detrás del ordenador y empieza, espero, que a obrar magia.

Contiene las imágenes de esta noche. Pantalla en negro. Rebobina las imágenes. También una puta pantalla en negro.

Tres días de pantallas en negro, lo que significa que Thomas ha estado aquí antes. Thomas es obviamente más inteligente y mucho más minucioso que los idiotas a los que hemos puesto a cargo de la nave.

¿Cómo demonios han podido cortar la cámara durante tantos días sin que se hayan dado cuenta?

—Va a ser una noche larga —dice Runner.

—¿Qué piensas?

—Estoy pensando que es imposible que haya cortado todas las putas cámaras de camino aquí. Tendremos que dividirnos y registrar todos los lugares que podamos. Eso nos dará dos resultados. El primero, confirmar que realmente es él quien ha entrado. El segundo, nos permitirá saber de dónde ha venido.

—También podremos ver el vehículo que utilizó. Es imposible que se llevara todas esas armas a cuestas.

—Correcto —dice Runner, pero luego se rasca la cabeza, pensativo. Piensa demasiado. No me gusta la expresión de su rostro.

—Suéltalo —le digo.

Él niega con la cabeza.

—Thomas contrató a un sicario para que entrara en el hospital. Es posible que no haya entrado aquí él mismo. En ese caso... quizá no estemos más cerca de dar con él que cuando empezamos. Perseguirlo es como perseguir a un puto fantasma.

La frustración en cada uno de sus movimientos mientras aporrea el teclado amenaza con hacer que mi ansiedad alcance su punto álgido, que es exactamente lo contrario de lo que necesitamos ahora mismo.

Por muy nerviosos que estemos todos, es imprescindible mantener la mente fría. Es la única forma de encontrarlo. Conozco a Thomas. Lo conozco como a un hermano. Lo conozco como a un mejor amigo. Sé cómo piensa y cómo se mueve. Conozco a toda la gente que conoce y a la que quiere conocer. Teniendo todo eso en cuenta, atraparlo es mucho más difícil de lo que debería ser.

—No podemos pensar así, joder —digo, agarrando a Runner por el hombro y apretándolo—. Como has dicho, tenemos que rastrear los coches que han entrado y salido de la zona. Este lugar está tan aislado que no puede ser tan difícil reducir las pistas.

Aceptando mi respuesta, Runner se levanta y me sigue mientras nos unimos al resto de hombres que siguen corriendo y divagando como pollos sin cabeza.

A veces me sorprende cómo mi padre logró mantener un negocio tan exitoso durante tanto tiempo. Luego recuerdo que mi madre era

el cerebro detrás de todas las operaciones, su mano derecha, por así decirlo. Él no podría haber llegado tan lejos sin ella.

Me aclaro la garganta y alzo la voz lo suficiente como para hablar por encima del caos.

—Tenemos que dividirnos en grupos de tres. Pasad por todas las gasolineras, tiendas de barrio, cualquier lugar donde pueda haber cámaras. Pedid amablemente que revisen las imágenes y, si no responden a la amabilidad, bueno... ya sabéis lo que hay que hacer.

Veo que mi padre sigue enfadado por dentro, pero es lo suficientemente inteligente como para escuchar.

—Anotad todos los coches que han pasado por aquí en las últimas cinco horas. Pedidles que os envíen las imágenes por correo electrónico, por si acaso. ¿Entendido?

—Kripp, Jona, Grillo, vosotros quedaos aquí y limpiad este desastre. Estad atentos por si aparece alguien más.

—Entendido —responden al unísono, en un coro de voces que me muestran su respeto.

—Y si encontráis al cabrón, no lo matéis con el primer disparo. Traedlo de vuelta al complejo. Todos debemos tener nuestra oportunidad de hacerle pagar.

DIECINUEVE



MUÉSTRATE

SHADOW

Runner, Logan y yo nos agrupamos para cubrir el lado oeste de Trivell Hill. Llevamos horas registrando la zona. Haciendo preguntas y exigiendo respuestas a gente que no las tiene. Revisando las grabaciones de vídeo a toda velocidad.

Lo único que tenemos es el destello de una furgoneta blanca captado por una de las cámaras de seguridad. No hay matrícula, lo que significa que no tenemos nada con lo que seguirles la pista.

Estoy enfadándome, con los puños cerrados como si estuviera listo para golpear al próximo gilipollas que me moleste.

Nos detenemos en una gasolinera. No parece gran cosa. Dos surtidores. Un edificio medio derruido y un adolescente mascando chicle detrás de la caja registradora. Esta vez soy yo quien toma la iniciativa.

—Necesitamos revisar vuestra cámara —le digo.

—No tenemos cámaras —responde. Impertinente. Estúpido. Demasiado confiado para ser un mierdecilla como él.

—¿Quieres pensarte mejor tu respuesta? —le susurro.

Hace una burbuja y la revienta, enrollando el chicle alrededor de los dedos, empeñado en hacerme perder el tiempo.

—No —es todo lo que dice.

No soy de los que amenazan o disparan a alguien por ponerme de los nervios. Y menos a un chico de diecinueve años que solo está buscando aún su personalidad. Pero lo que tiene que entender es que no tengo hijos ni la paciencia necesaria para lidiar con ellos.

—Muy bien, enano —digo mientras me levanto la camiseta y dejo al descubierto el brillante metal plateado que se adapta perfectamente a mi costado—. Te lo voy a preguntar una vez más.

Sus ojos se agrandan. El chicle desaparece.

—No tenemos cámaras que funcionen, tío. Pregunta en la tienda de neumáticos de al lado. Ellos tienen todas esas movidas tecnológica.

Arqueo una ceja y le lanzo una mirada que le dice que más le vale no joderme.

—¿La tienda de neumáticos se dedica a la tecnología?

—Lo juro por Dios, tío. La llevan un puñado de empollones.

Me giro y les hago un gesto a Logan y Runner para que salgan. Ellos van delante, con pasos decididos al atravesar la puerta. En lugar de dejar que don chicle se libre tan fácilmente, decido hacerle mearse un poco más en los pantalones y me detengo justo cuando me acerco a la puerta.

—Chico —le grito, volviendo a entrar y cogiendo un paquete de chicles de la estantería—. ¿Tienes un bolígrafo?

Con dedos temblorosos, busca a tientas detrás del mostrador antes de dejar caer un bolígrafo sobre él.

Me inclino por encima de la barrera, le agarro la muñeca y le aprieto hasta que abre la mano. Solo cuando termino de escribir mi número de teléfono en su palma, aflojo la presión.

—Si pasa aunque sea una ardilla corriendo con una nuez en la boca, quiero que me lo digas —le advierto.

Él asiente con fervor, con los modales justos y necesarios.

EL CHICO no se equivoca con los tíos de al lado. La tienda de neumáticos resulta ser un éxito, pero no me preguntes por qué un grupo de empollones flacuchos y con gafas deciden dedicarse al

negocio del caucho. Supongo que hacen lo que sea para pagar las facturas.

Me beneficia que sean tan sobornables como un ratón de iglesia hambriento de queso. Solo hacen falta cincuenta pavos para que nos dejen usar su sistema a nuestro antojo.

Runner revisa las imágenes mientras yo me quedo de pie, con otro par de ojos mirando por encima de su hombro. Logan está en la recepción. Si ve o huele algo sospechoso, yo seré el primero en recibir su llamada.

Durante un rato, no hay nada. La moral empieza a caer en picado cuanto más tiempo permanece la pantalla en blanco. No haber recibido noticias de los demás significa que se han topado con tantos callejones sin salida como nosotros. La frustración se apodera de nosotros y lo hace con fuerza.

Me paso las manos por el pelo, pensando en todas las formas en que voy a matar a Thomas cuando lo tenga en mis manos.

Entonces, ¡bam!, la furgoneta blanca. La misma puta furgoneta que vimos en las imágenes hace apenas una hora. Y otro «bam» por la decepción que nos invade a los dos cuando pasa a toda velocidad.

—Espera —dice uno de los chicos, estirándose para darle a pausa en el teclad—. ¿Este es el tío que apareció aquí vestido como un profesor universitario?

Su amigo se inclina para ver mejor y confirma que sí, que efectivamente es el profesor. Yo entrecierro los ojos, preguntándome si tengo que ir a que me los revisen. ¿Dónde coño ven a una persona en la puta pantalla? Antes de que pueda abrir la boca, Runner ya ha soltado la pregunta.

—¿Hizo una parada aquí?

—Sí, sí —dice el chico, con una sonrisa tan amplia como sus gafas.

—Daba grimilla. Con el pelo engominado hacia atrás. —Vale, no es Thomas—. Pero tenía un buen traje. —Definitivamente, no es Thomas.

—A mí me pareció un fraude —dice el otro tío, frotándose aceite de un destornillador en su camiseta, que en otro tiempo fue blanca

—. Un quiero y no puedo al cien por cien. A primera vista no se nota, pero tiene tatuajes por todo el cuerpo.

Vale, ahora sí que me ha captado mi atención.

—¿Qué tipo de tatuajes?

—No sé. Pero se le veían por el cuello. Algo grande, fijo.

—¿Y nos estás diciendo que vino aquí dentro?

—No, vino a echar gasolina hace unos días. Pero cuando un tío se presenta vestido de traje en este barrio, la gente se fija. Aunque el coche no le pegaba. En cuanto salió de la furgoneta, supe que tenía algo raro.

Runner apenas presta atención a las conversaciones a su alrededor, ocupado retrocediendo, retrocediendo y retrocediendo hasta que...

—Pillado.

—Pillado —coincido, apretando los dientes mientras miro la pantalla. El disfraz es bastante bueno. Ha cambiado completamente de aspecto. Se ha dejado crecer la barba en lugar de afeitarse como suele hacer. Y ha sustituido el pelo largo por un corte de colegio privado, peinado hacia un lado con gomina. Pero son las gafas las que más le ocultan. Aunque su postura es cien por cien Thomas.

Runner avanza un poco más en el vídeo mientras llamo a mi padre y a algunos de los otros chicos para informarles de que tenemos una pista.

—Y un número de matrícula —añade Runner—. ¿Te importa si me envío este vídeo? —pregunta Runner, volviéndose hacia el tío del destornillador.

—Haz lo que quieras —responde.

Runner hace lo suyo y yo saco otros cincuenta de mi cartera y se los entrego, deseando con todas mis fuerzas poder hincarle los dientes a ese cabrón de Thomas.

VEINTE



LA PRIMERA VEZ SIEMPRE ES LA PEOR

MINA

Cuando salgo del trabajo, estoy tan harta de la gente que lo único que debería hacer es irme a casa. Aun así, es el último lugar en el que quiero estar. Knox no se equivocaba sobre mi casa. Es grande. Está vacía. Pero, lo peor de todo, es solitaria.

Los seres humanos no estamos hechos para lo que me estoy haciendo pasar. No somos criaturas solitarias. Buscamos tribus y formamos familias. Buscamos el amor dondequiera que lo encontremos. No prosperamos en soledad y soy plenamente consciente de que no estoy prosperando. Hace tiempo que no.

Me hallo al volante, tratando de retrasar lo inevitable tanto como sea posible. No hay mucho que ver en este pueblo, no hay muchos lugares de interés, pero sí una tienda de muebles. También está la nota que Knox me dejó con su número de teléfono, quemándome en el bolsillo.

No sé por qué la he guardado tanto tiempo, ya que no me he atrevido a llamarle.

Quizá habría sido más fácil si le hubiera llamado enseguida. Pero ya han pasado cinco días. La demora hará que parezca más de lo que es. Como si le hubiera echado de menos. Y por muy cierto que sea, no tiene por qué saber que he pasado las noches en vela,

dándole vueltas a cosas para las que dudo que alguna vez encuentre respuesta.

Suspiro para mis adentros y giro el coche en dirección a la tienda de muebles. No soy muy exigente con los muebles que elijo. Un sofá. Una mesa de comedor. Unas sillas. Un armario. Estanterías. Algunos adornos para que las paredes no queden tan desnudas. Todo con entrega a domicilio.

Al final, en un pueblo como este, las entregas no tardan mucho. Todo está relativamente cerca y tienen pocos clientes.

Recibo mis nuevas adquisiciones solo un día después de comprarlas y dejo que cambien mi rutina. En lugar de trabajar y luego irme a la cama o trabajar y luego deambular por la nada de Marno Bay, montar muebles se ha convertido en mi nuevo hobby. Un hobby que odio. O que odiaba. No estoy segura.

Sea como sea, es un hobby que ya no tengo, ya que he montado todas las piezas que había para montar.

Ahora, mis manos están inquietas. Tanto que me siento tentada a desmontar las mesas y las sillas o salir corriendo a la tienda de muebles y comprar más porquerías solo para tener algo más con lo que entretenerme.

Llámale, grita mi estúpido cerebro por enésima vez.

Miro a Snuffles, acurrucado en el sofá nuevo, ignorándome. Es evidente que está enfadado, aunque estoy segura de que sabe que no fui yo quien se echó a sí misma de casa de Knox.

Odio que a Snuffles le cayera bien Knox. Odio que mi mascota se sintiera tan cómoda en el complejo que no tuviera ningún reparo en correr por todas partes y hacerse amigo de todo el mundo.

Sobre todo, odio que los gatos sean tan inteligentes y odio ser tan consciente de que él no se siente cómodo aquí.

¿Puedo culparlo, en realidad? ¿Quién podría estar en esta casa que parece un museo?

Me levanto del sofá con el teléfono en mano, con el número de Knox ya memorizado. Quizás *debería* llamarlo. Pensaré qué decir sobre la marcha. Eso si es que contesta.

Antes de darme cuenta de que mi decisión es definitiva, oigo su voz.

—Hola. —Solo una palabra, pero todo mi ser se derrite.

—Hola —digo, tragándome las estúpidas palabras que se me escapan de la punta de la lengua. Palabras como: *«Te echo de menos» y «Lo siento» y «¿Podemos vernos?». «¿Podemos hablar?». «¿Podemos arreglar esto?». «Sentí demasiado cuando te besé y me asusté». «Te odio por haberte ido». «Mi abuela murió y no tengo a nadie». «Puede que vaya a la cárcel».*

Silencio. Tanto silencio que cabría un universo entre nosotros.

—¿Estás ocupado? —Me tiembla la voz, como si fuera a romperse si digo las palabras demasiado alto.

—Siempre estoy ocupado. Especialmente a las tres de la madrugada —responde con un tono tan frío y despreocupado y... uf.

Odio que parezca tan indiferente. Pero me encanta que ya no esté enfadado. Aunque su falta de enfado la utilice para decirme que no tiene tiempo.

Hablando de tiempo... son las tres de la madrugada.

Miro el reloj y, efectivamente, no se equivoca. Pero está despierto. Completamente despierto, sin una pizca de cansancio en su voz.

—Vale, entonces... c-creo que me voy a ir, te dejo.

—¿Necesitas algo? —dice rápidamente y quizá estoy pensándolo demasiado, pero tal vez no tenga prisa por colgar.

Vuelvo al sofá y dejo que los cojines me acaricien.

—Necesitaba un número de teléfono. O puede que varios —digo, estúpidamente. Cobarde—. Marie, Lina y Crystal, no tuvimos ocasión de intercambiar números antes...

—¿Me has llamado a estas horas de la madrugada para pedirme los números de teléfono de unas chicas que conoces de hace dos segundos y medio?

Cuando lo dice así, sí que parece una tontería. Pero aunque no llamé para pedirles sus números, no creo que fuera raro si sí lo hubiera hecho. Nos caímos bien. Soy nueva en el pueblo. Cuando encuentras gente con la que te llevas bien, buscas la manera de mantener el contacto.

—Sí. Quiero decir. Era o llamarte o aparecer por ahí y se me ocurrió... Además, no tenía ni idea de que era tan tarde. Mis turnos

del curro son una locura y, como es evidente, he perdido la noción del día y la noche.

—Entonces, ¿no me has echado de menos ni nada por el estilo?

Se me hace un nudo en la garganta.

—No. —Dios, ¿por qué suena a mentira?

—Vale, bien. Yo tampoco te he echado de menos. Pero si tuviera tu número de teléfono, quizá te habría llamado para pedirte el número del Dr. Johnson. Nos caímos muy bien. Pensé que podríamos tomarnos una cerveza.

—Con que el Dr. Johnson, ¿eh? ¿Te has enamorado? —Estoy bromeando con tanta naturalidad que me sorprende, con un tono demasiado alegre, como el de una colegiala.

Aprieto los labios, tratando de evitar la sonrisa que los estira.

—Tiene tus mismos ojos —dice—. Me enamoré de él a primera vista. Aunque la barba podría ser un problema.

—*No* tenemos los mismos ojos.

—Los tuyos son más bonitos, pero, a primera vista, cuando vas hasta arriba de todo tipo de drogas...

—¿Crees que tengo unos ojos bonitos?

Se ríe. A carcajadas. Como si hubiera dicho la cosa más graciosa del mundo. Snuffles también parece oírlo, porque, por primera vez en lo que parece una eternidad, se acerca a mí como si intentara alcanzar a Knox a través del teléfono.

—Casi me enamoro de ese empollón por pensar que tenía tus ojos. Dime tú si creo que tienes unos ojos bonitos.

—Knox —suspiro.

—Mina —susurra él.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Cómo demonios hemos llegado a esto?

—No te odio —digo.

—Se te oía bastante convencida.

Niego con la cabeza. Ese era precisamente el objetivo. Decir esas palabras con convicción, con la esperanza de poder convencerme a mí misma de que eran ciertas, porque necesitaba que lo fueran. Porque todo sería mucho más fácil si fueran ciertas.

—Lo sé —asiento—. Y, para que quede claro... No creo que si me hubieras dicho quién eras realmente me hubiera asustado. Me habría preocupado, quizá. Enfadado, sin duda. Pero te *quería*, Knox. En aquel entonces te habría perdonado cualquier cosa.

—Quizá esta no sea una conversación que debamos tener por teléfono. Podría decirte sin querer que nunca dejé de quererte y eso podría asustarte y hacer que cambiaras de número —dice, casi en un susurro, y mi corazón, mi pobre corazón... se estremece al recordar cómo era oírle decir esas palabras. Se hincha al recordar la primera vez que Knox me dijo que me quería. Cómo me puse a llorar cuando descubrí que mi abuela estaba empeorando. Me tiré al suelo y lloré como una niña pequeña. Incapaz de recomponerme. Incapaz de moverme.

Knox se había unido a mí allí abajo, se había tumbado justo delante de mí, con la cara tan cerca que podía sentir cada uno de mis alientos. Me tomó el rostro entre las manos y me miró directamente al alma.

—Te quiero, Mina Bradshaw. Te quiero y no estás sola. No tienes que pasar por esto sola.

Pero meses después, se marchó. Se marchó sabiendo que me quedaría sola en este mundo. Que mi abuela era todo lo que tenía y que, día tras día, me iba olvidando, pensando que yo era mi madre, llamándome por su nombre.

Nunca había conocido a mi madre. No sabía cómo era, ni cómo olía, ni cómo sonreía. Y no quería que me confundieran con la única persona en el mundo a la que odiaba con todo mi corazón.

—Podrías venir hasta aquí. Decirme a la cara por qué pensaste que estaba bien romperme el corazón.

La medicina también te rompió el corazón y tú la perdonaste, me grita mi cerebro.

Pero es diferente, ¿no? Knox fue, después de todo, mi primer amor.

Antes de la medicina.

Antes de Bob.

VEINTIUNO



¡JODER!

SHADOW

—Podrías venir hasta aquí. Dime a la cara por qué pensaste que estaba bien romperme el corazón —dice ella, con la voz temblorosa en cada palabra.

Está nerviosa, eso está tan claro como el cielo en verano.

—Nunca habrá una razón lo suficientemente buena —digo—. Mi madre se ahorcó, pero, aun así, podría haber llamado.

Miro el cuerpo tendido en la cama a mi lado. Betty, con el pelo negro y rubio. Sus piercings. Sus tetas falsas y su culito delicioso. Profundamente dormida. Desnuda. Bien follada.

Me alejo lentamente. Lo último que quiero es que se despierte y me pregunte con quién estoy hablando por teléfono. No es que fuese hacerlo ni que me importe lo que piense. No estará aquí más que esta noche.

Betty es el tipo de chica que se conforma con que la necesiten para follar y nada más. No me quejé cuando estaba enterrado hasta las pelotas en su coño, haciéndole cosas que no podía hacerle a Mina, pero, ahora, al verla tirada en la cama que Mina había ocupado hacía tan poco, me siento sucio.

—Lo siento mucho —susurra Mina.

No quiero hablar de esto. No quiero que se convierta en un tema de conversación porque, si lo hace, empezará a preguntarme por Victoria y ese es un tema que todavía no sé cómo abordar.

—Esta noche no puedo —le digo, cerrando la puerta de la habitación y yendo a la cocina.

Cojo un vaso, lo lleno de agua y me lo bebo en tres tragos.

—No, está bien. No pasa nada. Probablemente sea una mala idea. Tengo que madrugar mañana para trabajar y, ya sabes, no importa... Solo llamaba para decirte que lo siento y lo de la invitación es...

—Mina, estás yéndote por las ramas.

Respira hondo y exhala ruidosamente.

—No sé qué estoy haciendo con mi vida, Knox.

—Parece que te va muy bien, *Doc*. —Utilizo el apodo a propósito, para recordarle que, de todas las cosas en las que podría haberse convertido, ser médica no está nada mal.

—Doc —dice—. No me gusta que me llames así. —Hay tristeza en su tono. Me hace desear poder atravesar este puto teléfono y simplemente... abrazarla.

Se oye un golpe seco en el dormitorio, seguido de unos ruidos. Betty se ha despertado.

Miro la puerta como si estuviera presenciando un allanamiento, tan nervioso que ni siquiera tiene gracia.

Mina y yo no somos nada y quizá sigamos sin ser nada, pero me niego a que eso pase por culpa una chica que no es más que un rollo de una noche.

Me he disparado en mi propio pie un montón de veces. Me niego a hacerlo ahora.

Si Mina oye a una chica en este momento de la noche, pensará todo tipo de cosas. No quiero tener que mentirle.

—Mira, Mina, tengo unas cosas que hacer. Asuntos del club. Pero si realmente te interesa quedar, quizá podamos arreglar algo.

—Sí, claro —responde ella—. ¿Quizás la semana que viene? Tengo la agenda muy apretada los próximos días, así que no sé cuándo podré volver a casa, ni siquiera si podré.

—Quizá la semana que viene —respondo, aunque sé que será casi imposible encontrar un hueco para ella.

Los brasileños llegarán al pueblo y tendremos que dar muchas explicaciones sobre cómo diablos desapareció su cargamento de armas.

Habrá que hacer arreglos para asegurarnos de que les enviamos un reemplazo lo antes posible. La semana que viene tendré que estar más atento que un gato con un ratón.

—Buenas noches, Knox.

Dios, suena divino cuando dice eso.

—Buenas noches, Mimi.

Esta vez no rechaza el nombre y no creo que se haga una idea de lo que eso me hace sentir.

Dejo el teléfono sobre la mesa en cuanto cuelga y corro al baño para borrar cualquier rastro de Betty que aún quede en mi piel.

Hay una parte de mí ilógicamente enfadada con ella. Como si el hecho de que haya aparecido aquí esta noche fuera la razón por la que no puedo irme corriendo a la cama de Mina. En parte, es cierto. Me sentiría como un puto perro follándome a Mina con una polla que momentos antes estuvo dentro de otra mujer.

¿Qué coño estoy haciendo adelantándome a los acontecimientos?

En el mundo de los moteros, «¿puedes venir?» puede ser un código para «¿podemos follar?». Pero Mina es el tipo de chica que quizá solo quiera hablar. Eso solía dársele tan bien como en el sexo.

Muchas noches nos escapábamos de nuestras habitaciones e íbamos al bosque tras la escuela solo para hablar. Para mirar las estrellas y preguntarnos sobre la vida. Soñar con un futuro que sabía que nunca podríamos tener.

Llaman a la puerta del baño, pero hago caso omiso.

—Shadow, ¿quieres que te ayude a limpiarte?

—No, estoy bien —grito, enjabonándome la polla con fuerza.

«Puto idiota», me susurro a mí mismo. Usé condón y Mina no es precisamente virgen. Y, desde luego, no creo que haya estado a cuatro velas desde que rompimos.

Todos tenemos un pasado y este es el mío. Por muy sórdido que sea.

Termino de lavarme y me ato una toalla a la cintura. Cuando salgo del baño, Betty está esperando junto a la puerta, con las tetas al aire, y el piercing del pezón le brilla en la oscuridad. Se muerde el labio inferior antes de pasar la lengua por él.

—Estoy lista para otra ronda si tú lo estás. Después, podemos ver qué están haciendo los demás en el bar.

Entrelaza sus dedos con los míos.

Miro nuestras manos como si intentara descifrar un idioma extranjero.

No. No, no, no, no, no. Betty no solía ser así. La expresión de sus ojos me dice que los rumores son ciertos. Después de dejar que Mina se quedara en mi casa, las chicas del club se están haciendo todo tipo de ideas de que podría estar listo para sentar la cabeza.

—Creo que ya estoy bien por esta noche, pero tú vete. Pídele a Axe que te prepare algo especial —le digo, tratando de suavizar el golpe con una de mis características sonrisas.

Se aleja con aire avergonzado, pero es evidente que mis palabras la han mosqueado.

Joder.

Ya son dos chicas las que he decepcionado en una sola noche.

Cambio las sábanas e intento descansar un poco. Mi cuerpo está agotado y mi mente aún más, pero no consigo dormir.

Muchas cosas me pasan por la mente. Las tareas de la próxima semana. Si realmente estoy listo para asumir el control total del club en unos meses. Mina. ¿Podría volver a encajar en mi vida y en qué capacidad?

Repaso nuestra conversación un millón de veces. Lo forzada que me pareció en algunos momentos, lo fácil en otros.

Busco mi móvil y marco su número. No puedo volver a llamarla, a pesar de necesitar oír su voz. Oír que no ha cambiado de opinión sobre querer salvar algunas de las diferencias entre nosotros. Ver si contesta al teléfono con arrepentimiento o emoción. Pero no llamo. Soy demasiado cobarde, supongo. En su lugar, le envío un mensaje con el número de teléfono de Crystal.

Ella me responde con el número del Dr. Johnson y me río más de lo que lo había hecho en mucho, mucho tiempo.

VEINTIDÓS



LOS COCODRILOS Y SUS LÁGRIMAS

MINA

He estado en piloto automático, tratando de pasar los días lo más rápido posible. La anticipación de la llamada nocturna de Knox es como un chute de cafeína. Nuestras llamadas nunca duran mucho. No mentía cuando dijo que tendría una semana muy ajetreada. Cada vez que hablamos, siempre se escuchan otras voces de fondo.

Hoy, en el trabajo, todos me miran como si me hubiera salido una segunda cabeza. No es extraño. Siempre tengo algo que les parece raro.

El hecho de que desapareciera para cuidar de Knox (no tienen ni idea de que me llevaron en contra de mi voluntad). Mi forma de trabajar. Las veces que me quedo mirando al vacío o me alejo de una conversación porque tengo la mente demasiado ocupada y mi cerebro no puede con todo.

Eso fue lo que pasó en el quirófano hace menos de una hora. Me senté en medio de la sala y recé a un Dios olvidado hace mucho tiempo, con los ojos cerrados, suplicándole que hiciera lo que mis manos no eran capaces de hacer.

Había una madre y un bebé en mi mesa. Bueno, había la pierna de un bebé asomando por el vientre de la madre. Algún cabrón enfermo había intentado arrancarle al bebé. Ambos se estaban

muriendo, la madre perdía sangre demasiado rápido y sus signos vitales se estaban desplomando.

Hiciese lo que hiciese, su cuerpo no respondía, así que me alejé de la mesa y me porté como una desquiciada.

Me senté en medio del quirófano, con las manos entrelazadas y recé con los ojos muy abiertos mientras miraba al abismo.

Nadie dijo nada. Supongo que hay ciertos niveles de locura con los que no se juega. Hoy yo había alcanzado ese nivel de locura.

No estoy segura de creer realmente en los poderes superiores. Como todo el mundo, hay un hilo de esperanza al que me aferro cuando las cosas se tuercen. Casi como pedirle a Dios que se muestre si de verdad está ahí arriba. Que me lo demuestre.

No creo que esperara que mis oraciones surtieran efecto. Pero al final tanto la madre como el bebé salieron vivos del quirófano, con sus signos vitales avanzando lentamente en la dirección correcta mientras yo estaba sentada en medio del quirófano, con el mundo girando tan rápido que me mareaba.

—Debe de ser una bruja o algo —oí susurrar a uno de los asistentes cuando salí de la sala.

El mejor cumplido de mi vida.

AL PONER un pie en urgencias, el sonido de mi nombre me hace darme la vuelta rápidamente. Diana, la enfermera que está en recepción, me hace un gesto con entusiasmo.

La sonrisa de su rostro que me dice que no es por nada malo. Supongo que no me van a mandar a la unidad de psiquiatría por permitir que Dios salve a mis pacientes.

Me acerco a Diana y apoyo los codos en el mostrador.

—¿Qué pasa?

—Parece que tienes un admirador, doctora. —Diana señala un ramo de lirios sobre la mesa junto a ella.

Son mis flores favoritas. Pero podrían ser las flores favoritas de mucha gente.

Miro los lirios, rosas, amarillos y blancos.

Aunque, por supuesto, hay una parte de mí que se emociona al pensar que Knox me ha enviado flores, no estoy segura de creerlo. Nos llevamos bien, pero aún hay muchas cosas que no hemos tenido tiempo de aclarar. Y sigo odiándolo un poco, hasta que pienso en su madre y su hermana, y entonces lo odio menos.

El dolor puede convertir a las personas en un caparazón. Apenas comía cuando falleció mi abuela. Y cuando estaba enferma, dejaba de lado cosas innecesarias como ducharme o peinarme.

Media hora dedicada a quitarme el sudor era media hora que podría haber pasado con ella o, al menos, buscando una forma de ayudarla.

Cojo el jarrón que Diana sostiene sobre el mostrador y miro la nota que lleva pegada. Me echo a reír.

«Estas flores no son para ti, Mina. Son para Snuffles». Eso es cuanto dice la nota.

—No has leído la parte donde dice explícitamente que las flores no son para mí —le digo a Diana.

Ella arquea una ceja.

—Cualquiera que quiera salir contigo tiene que pasar primero por tu gato. Como madre de un gato, lo sé muy bien. Sea quien sea, es muy listo. Además, si tu gato se parece en algo al mío, *odia* las flores.

—A mi gato le encantan las flores —miento—. Cuídalas por mí. Las recogeré en cuanto salga del trabajo.

Si supiera que el ramo es del motero que mató a tiros a un hombre en la habitación del hospital mientras yo estaba hecha un ovillo lamentándome de todas las decisiones de mi vida, quizá pensaría de otra manera.

Pongo los ojos en blanco y me doy la vuelta antes de que pueda ver cómo se me tiñen las mejillas de rojo.

Hay trabajo que hacer. No hay tiempo para ponerse nerviosa porque Shadow le haya enviado flores a mi gato.

SIGO con el resto de mi jornada laboral. Visito a mis últimos pacientes. Satisfecha de que todo está bien en el mundo, cojo un

bagel de la cafetería y lo envuelvo en una servilleta.

Como no me decido entre mermelada y crema de chocolate, cojo un paquete de cada en el cuenco. Me meto el *bagel* y los dos untables en los bolsillos de mi bata.

Las cenas elaboradas no son lo mío. Cuando llego a casa, estoy tan agotada que me olvido de lo que es una cocina. Y aunque no lo olvidara, mi nevera no se parece en nada a la de Knox. No hay suficientes ingredientes para «preparar un sándwich rápido». Y ni se me ocurre ir a comprar a cualquier hora que sea cuando consiga salir de aquí.

Podría irme ahora. Pero antes de acostarme me gustaría hablar con la madre a la que Dios, el azar o la suerte han salvado la vida. Necesita descansar un rato. Yo también, si quiero ser de utilidad mañana.

Decido quedarme una hora más. Si no se despierta para entonces, volveré a ver cómo está cuando regrese.

Tomo nota mental de decirle al médico que se hará cargo de su caso durante las horas que yo esté ausente que no le comunique la gravedad de la situación. El Dr. Johnson es un buen médico. De voz suave. Compasivo. Talentoso. Pero no quiere tener hijos. Esta señora nunca podrá tener otro hijo. Necesita a alguien que pueda imaginar lo que eso supone para ella y que sea esa persona la que le dé la noticia.

Encuentro un lugar tranquilo en el pequeño balcón del ala izquierda y, por primera vez en todo el día, me tomo un momento para mí. Solo yo, mi *bagel* y el pueblo a mis pies.

Meto la mano en el bolsillo y saco lo que es, básicamente, mi desayuno, mi almuerzo y mi cena, todo en uno. Abro el paquete de mermelada y la crema de chocolate y los coloco sobre mis piernas.

No tengo cubiertos, así que rompo el *bagel* en trozos del tamaño de un bocado, los mojo y los devoro. Qué bien sienta meterle algo al estómago. Descansar las piernas.

Estoy dando los últimos bocados. Como soy tan diablillo, unto el *bagel* con mermelada y chocolate. Doble delicia.

Envuelvo los envases de mermelada y chocolate para untar en la servilleta y los guardo en el bolsillo para tirarlos más tarde.

Cruzo las piernas, apoyo la espalda contra la pared y cierro los ojos. Inspiro profundamente. Exhalo profundamente.

Esas respiraciones profundas resultan ser mi perdición. Cuando abro los ojos, me doy cuenta de que me he quedado dormida. Pero, ¿cuánto tiempo?

Miro el reloj. Una hora y media. Mierda.

Echo los hombros hacia atrás, los giro y entro. Hay mucho ajetreo en el pasillo. Unos cuantos policías. Normal en un hospital un viernes por la noche.

ARRASTRO LOS PIES mientras utilizo las últimas fuerzas para llegar a la habitación de mi paciente. No voy a hablar con ella todavía sobre lo que ha pasado. Estoy demasiado agotada para tener la conversación que hay que tener. Aun así, siento la necesidad de ver cómo está.

—Dra. Bradshaw. Dra. Bradshaw. La hemos estado buscando por todas partes.

Me froto los ojos.

—Me he echado una siesta —le digo a Kim.

Los engranajes de su cerebro empiezan a dar vueltas. Seguro que han buscado en todas las habitaciones donde un médico podría echar una cabezadita unos segundos y no me han encontrado en ninguna. Todo el hospital piensa ya que me falta un tornillo. Ni locos voy a decirle que me quedé rendida en el balcón.

—¿Qué pasa?

—Eh... Verás...

—Por Dios, Kim. Ve al grano.

—La señora que vino con el bebé. Quiero decir, la pierna del bebé asomaba por...

Mi presión arterial se dispara.

—¿Qué le ha pasado?

—Está bien. Bueno, loca, pero bien. Quiero decir, supongo que se supone que no debemos llamar locos a nuestros pacientes, pero fue ella quien intentó arrancarse al bebé

No necesito escuchar más. Tampoco necesito quedarme aquí. Los recuerdos no son un buen lugar en el que estar y no pienso caer en esa trampa en un hospital lleno de mis colegas.

—Dra. Bradshaw —me llama Kim.

Levanto una mano para indicarle que no la estoy escuchando. Sea lo que sea lo que tenga que decirme, no quiero oírlo.

Madres que hacen daño a sus hijos... Madres que abandonan a sus hijos cuando hay tantas otras opciones, tantas familias que estarían encantadas de acoger su inocencia en sus hogares.

Camino hacia la salida en piloto automático. Es un milagro que me acuerde de recoger las flores de Diana.

Mi abuela era increíble. Era todo lo que podía pedir y más. Tuve una infancia maravillosa. Crecí en un hogar lleno de amor. Pero aún me duele pensar en la *razón* por la que acabé allí. Cuando pienso en la mujer que me dio a luz detrás de un contenedor de basura, metió mi cuerpo en una mochila y me tiró a la basura. Cómo un vagabundo me encontró y llamó a las autoridades.

Mi abuela sabía que mi madre estaba embarazada y, cuando volvió a casa con el vientre mucho más pequeño y sin el bebé, supo que algo pasaba. Hizo todo lo posible por encontrarme. Y cuando lo consiguió, mi madre desapareció.

Volvió una vez. La única vez que la vi, le apunté con una pistola a la cabeza. No era menos de lo que se merecía, por supuesto. Había entrado a la fuerza en la casa de mi abuela dos años después de que ella falleciera. Yo vivía allí sola en ese momento y había oído un alboroto que provenía del sótano, donde mi abuela guardaba su caja fuerte.

Joven y viviendo sola, sabía que no debía investigar los ruidos nocturnos sin un arma cargada. Encontré a mi madre, con el pelo enmarañado y ropa que parecía que no había pasado por agua en una década, intentando abrir la caja fuerte con un martillo.

No teníamos fotos de mi madre en casa. Mi abuela tenía un álbum de fotos y estaba dispuesta a mostrármelo en cualquier momento. Pero yo no quería ver a la mujer que me abandonó cuando aún no había tomado ni mi primer aliento.

Solo sabía que era mi madre porque cuando se volvió y me miró, me vi a mí misma. Como si alguien me hubiera arrancado la cara y la hubiera envejecido veinte años antes de colocarla en la mujer que tenía delante.

Llamé a la policía.

Y ahí quedó todo.

DE CAMINO A CASA, puse la música a todo volumen en el coche. Era la única opción que tenía para conservar los ojos abiertos.

Con movimientos lentos, me dirijo a la puerta principal, sin darme cuenta de que hay alguien cerca de mí hasta que el rugido de una moto llama mi atención.

Entrecierro los ojos en la oscuridad y dejo que una sonrisa perezosa se dibuje en mis labios. Knox pasa la pierna por encima de la moto y acorta la distancia entre nosotros.

—¿Cuánto tiempo llevas esperando aquí?

—No mucho —responde—. Llamé al hospital y me dijeron que no te encontraban. No fichaste al salir, pero que seguramente ya te habías ido a casa.

Ah, así que llamó mientras estaba desmayada en el balcón, como la loca que todos creen que soy.

—Eso fue hace casi dos horas.

Se encoge de hombros.

—Más o menos.

Lo miro. Al igual que yo, parece necesitar una cama más que nada en el mundo.

—Te invitaría a entrar, pero pareces tan agotado como yo y solo tengo una almohada.

Se ríe.

—No necesito almohada.

Una parte de mí quiere que entre. Pero estoy aterrorizada. Ya siento que estoy volviendo a caer en un amor que nunca superé y no estoy en un buen momento mentalmente.

Knox y yo no hemos aclarado cómo terminaron las cosas entre nosotros. Yo estaba desconsolada, enfadada con él. Él había perdido

a su madre. Había pasado por un mundo de dolor, igual que yo. Había vivido toda una vida solo en el verano en que salió de mi vida sin decir una palabra.

No quiero lanzarme a algo sin saber en qué me estoy metiendo. Y no quiero hacerlo sin tener las cosas claras o sentir que he cometido un error en cuanto se ponga los pantalones y se marche.

Si vamos a empezar algo, aunque solo sea una amistad, hay que establecer límites, hay que hablar de los sentimientos, hay que limpiar el pasado de todos sus demonios. Porque, aunque *solo* seamos amigos, necesito saber que, cuando las cosas se pongan difíciles, él no se irá y desaparecerá otra vez.

Estos pensamientos sobre mi madre y su abandono se mezclan con los pensamientos sobre el abandono de Knox... Me están jodiendo. Así que sí, tal vez no sea él. Tal vez sea yo. Tal vez no lo quiero cerca ahora mismo porque necesito gritar, enfadarme, llorar y sacudirme el día de encima.

—He tenido una noche difícil —le digo—. Tengo pensado terminarme una botella de vino. No sería muy buena anfitriona si no te ofreciera un poco. Aunque no lo haría porque soy médica y nunca permitiría que volvieras a montar en moto después de emborracharte.

—Y solo tienes una almohada —se ríe, pero enseguida deja de hacerlo. En lugar de eso, me rodea con los brazos y me atrae hacia él, y su camisa se va mojando y me doy cuenta de que estoy llorando a lágrima viva sobre él.

—Joder —susurro, apartándome.

Me seco los ojos como si estuviera enfadada por haber revelado mis emociones.

—Creo que voy a entrar —dice—. No me beberé tu vino ni dormiré en tu almohada. Me sentaré y te escucharé si quieres hablar y, si no, me sentaré y me aseguraré de que no caigas dentro de la botella. O tal vez hable yo, si quieres escuchar algo.

Y eso es justo lo que hace. Escucha, me abraza, llena los silencios antes de que se hagan demasiado ruidosos y me sirve vino antes de que mi copa se vacíe demasiado.

Cuando ya no puedo llorar más y el alcohol me marea tanto que no puedo mantener los ojos abiertos, me alza y me lleva hasta la cama. Me estremezco por dentro ante la idea de que me desnude. Con la esperanza de que olvide todo lo que le he dicho y me folle hasta que me duela la garganta de gritar su nombre y las sábanas estén empapadas de mis fluidos y estemos agotados, sin aliento y saciados. Solo por un momento.

—Quizás te puedas quedar —le susurro cuando estoy tumbada en la cama.

—Solo tienes una almohada —me recuerda.

La cojo de debajo de la cabeza, la saco, la sacudo y la dejo caer al otro lado de la cama.

—Es tuya si te quedas a pasar la noche.

Odio la expresión que se dibuja en su rostro.

—No puedo pasar aquí la noche, Mina.

—¿No puedes o no quieres?

—Estás borracha.

—Te escribiré una nota de consentimiento, si es lo que necesitas.

Me acerco para abrir el cajón de mi mesilla, pero Knox me agarra del brazo antes de que pueda alcanzarlo.

—¿Qué haces, Mina?

—Coger un bolígrafo... y papel.

—No —dice con suavidad—. ¿Qué estás haciendo en realidad?

—Estoy intentando olvidar, maldita. ¿No puedes simplemente...?

—No —repite, y juro por todo lo alto y poderoso que posiblemente sea mi palabra menos favorita.

Knox se inclina hasta que puedo sentir el calor de su aliento sobre mí y yo me quedo quieta, con la esperanza creciendo y creciendo. La masa de sus músculos, el brillo de sus ojos en la escasa luz, la forma en que el espacio sobre mí se reduce cada vez más, haciéndome sentir mucho menos sola y mucho más protegida. Extiendo las manos y me aferro a él como si fuera mío, mis dedos recorren la tensión de sus brazos. Cuando se acerca a pocos centímetros de mi cara, cierro los ojos y siento el corazón más lleno que en mucho tiempo. En el momento en que los labios de Knox entran en contacto, lo siento por todas partes. En mis labios. En mi

pecho. Entre mis muslos. Abro la boca para darle la entrada que necesita para bailar con su lengua sobre la mía, pero en un abrir y cerrar de ojos, se ha ido. El frío de la habitación se filtra a medida que su calor desaparece.

—Buenas noches, doctora —dice.

Lo miro fijamente, preguntándome si sabe lo idiota que es. Preguntándome si pensó que *ese* beso sería o podría ser suficiente.

La expresión de su rostro deja muy claro que no tiene sentido protestar, no si no quiero humillarme, así que me giro hacia un lado en lugar de responder. No sé qué duele más, la vergüenza de que me haya rechazado o el hecho de que no creo que vaya a encontrar nunca a alguien que pueda calmarme como él.

Cierro los ojos y dejo que las lágrimas silenciosas bañen mi rostro mientras los pasos de Knox se alejan de la habitación.

Cuando ha pasado suficiente tiempo y estoy segura de que se ha ido de la casa, las lágrimas se convierten en un llanto desconsolado.

VEINTITRÉS



LARGO Y DURO

MINA

Knox está ocupado. Yo no. Lo que posiblemente hace que sea la primera vez que no estamos los dos hasta arriba de trabajo.

Decido pasar el día con las chicas que conocí en el club, a pesar de la vergüenza que todavía siento por la última vez que vi a Knox.

Pronto llegará el lunes y podremos poner todo sobre la mesa y aclarar las cosas entre nosotros.

Meto las galletas en el horno. Con doble chocolate, tal y como me han pedido Crystal, Lina y Marie. Será extraño volver al club. Más extraño aún sin Knox.

Mientras se hornean las galletas, aprovecho para limpiar un poco. Lavo algo de ropa, lleno el lavavajillas, friego el suelo... Todas esas cosas que he estado descuidando durante demasiado tiempo.

La adrenalina y la ansiedad corren por mis venas a partes iguales. También la emoción, supongo. Puede que no conozca a las chicas desde hace mucho tiempo, pero las he echado de menos. He echado de menos las conversaciones ligeras que teníamos, la facilidad con la que se enfrentan a la vida.

Si tengo que quedarme mucho tiempo en este pueblo, las amistades harán que sea mucho más fácil y menos solitario.

El olor de las galletas recién horneadas flota en el aire y me gruñe el estómago. Me salté el almuerzo, sabiendo que me arrepentiría, pero las chicas prometieron que habría un festín cuando llegara.

Abro el horno mientras sostengo un plato con una mano, saco con cuidado las galletas y las coloco en el plato. Una vez que he sacado las veinticuatro, pruebo una.

—Deliciosas, como siempre —digo, agradeciendo a mi abuela por dejarme su libro de recetas secretas. Quizás la próxima vez pruebe a hacer sus galletas de jengibre.

Con todo listo y preparado, y con Snuffles a cuestas, por supuesto, me dirijo al club.

El trayecto me parece más largo que cuando Knox me trajo a casa, pero cada giro es intencionado, como si mi cerebro supiera que volvería aquí y hubiera memorizado la ruta sin que yo me diera cuenta.

Al poco rato, aparco delante de las grandes puertas metálicas y espero a que el guardia me permita entrar. Se da la vuelta, con el teléfono pegado a la oreja durante un minuto, antes de abrir las puertas.

Se me corta la respiración al aparcar en una plaza junto a la sala de reuniones. Todo esto me parece tan... surrealista. Cómo llegué aquí la primera vez, sin querer. Cómo llego aquí ahora, más emocionada que una colegiala enamorada.

Salgo de mi Prius al ver a Crystal, Lina y Marie. Antes de darme cuenta, me veo envuelta en un mar de abrazos que me hacen sentir como si las conociera de toda la vida.

—Sé que es temprano —dice Marie—, pero ¿qué le parece a la señorita perfecta ir a tomar algo?

Me encojo de hombros.

—En algún lugar son las cinco —digo, dándoles mi reserva de galletas.

—Qué bien me cae esta chica —interviene Crystal.

—Esta chica está muerta de hambre.

—Los chefs ya están preparando algo rico. Traerán la comida en cuanto esté lista.

—A veces creo que me equivoqué de profesión. Esto es un servicio de resort de cinco estrellas, chicas.

—Y con mucho sexo de cinco estrellas —añade Marie.

Lina pone los ojos en blanco. Yo miro boquiabierta a Marie. Crystal se ríe.

—¿Qué? No es que sea mentira.

Abro la puerta trasera, cojo a Snuffles y sujeto su transportín.

—¿Quién quiere que se le llene la casa de pelotas de pelo? —pregunto, mostrando el transportín.

Crystal pica el anzuelo y me guía hasta su habitación, donde acomodo a Snuffles y luego nos vamos al bar. Me coge de la mano y prácticamente me arrastra en dirección al bar, y madre mía, cómo me arrepiento de haberme puesto tacones.

Avanzamos un poco más despacio cuando llegamos a las puertas del granero que dan al bar. Lina, que va delante del grupo, empuja las puertas y, para mi sorpresa, el local está vacío, salvo por el enorme barman que está detrás de la barra.

—Ese es Axe —dice Crystal, sonriendo al hombre corpulento.

—Axe, te presento a Mina, el amor de la vida de Shadow.

Le doy un codazo en el costado.

—Déjalo ya, Crystal.

—Encantado —dice Axe. Hay una media sonrisa en su rostro mientras se inclina sobre la barra para estrecharme la mano.

—Knox y yo no somos... Solo somos viejos amigos. Fuimos juntos al colegio en Nueva York —explico.

Axe asiente con la cabeza, pero no sé si acepta la explicación o simplemente no le importa. Quizás sea lo segundo, porque ¿por qué le iba a interesar la vida amorosa de Knox? A menos que...

—No es el padre de Knox, ¿verdad? —le susurro a Crystal.

—Casi lo fue —me responde Crystal, pero no da más detalles. Para ser sincera, ni siquiera estoy segura de *querer* escuchar esa historia.

Marie se inclina hacia nuestra conversación, sumándose al tema del amor de la vida de Knox.

—Te das cuenta de que llamarle Knox es una pista tan evidente como cualquier otra, ¿verdad? —No sabe susurrar, como demuestran

todas las miradas que se dirigen de repente hacia mí.

—Axe, ¿te importaría prepararle algo muy fuerte a esta? Y quizá también muy cuantioso. Cuanto más tenga que beber, menos podrá hablar.

Axe mira a Marie.

—No hay problema.

El resto pedimos nuestras bebidas antes de dirigirnos a una mesa un poco más al fondo. Como el local está vacío, podemos elegir donde sentarnos.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunto, deslizándome por el banco de madera.

—La pandilla está fuera. Así será toda la semana. Salen temprano y vuelven tarde. Y así todos los días.

Knox mencionó que estaría muy ocupado con reuniones. Una parte de mí esperaba verlo. Hago todo lo posible por no mostrar mi decepción al saber que probablemente no será así.

Crystal, Marie y Lina arquean las cejas al unísono, lo que me hace darme cuenta de que he dicho en voz alta algunos de mis pensamientos.

—¿Habéis estado hablando? —pregunta Crystal.

—No —niego con la cabeza—. Bueno, sí. Pero no como tú crees. Le llamé para pedirte tu número...

—Y él te dijo entre número y número que estaría ocupado toda la semana. No me lo creo. Parece intentabais quedar.

Me tapo la cara con las manos.

—Vale, quizá le pregunté si tenía tiempo para hablar.

—Quedar, querrás decir. Ya estabais hablando por teléfono.

¿Por qué Crystal tiene que ser tan sarcástica?

—Vale, puede que le invitara a venir a casa, ¿de acuerdo? Y puede que él mencionara que estaba ocupado y que lo estaría durante un tiempo.

Axe aparece a nuestro lado con una bandeja con bebidas. Tres de tamaño normal y una lo suficientemente grande como para un grupo de osos. Esta última es para Marie, por supuesto. No podría estar más contenta con su *timing*.

—¿De verdad le has hecho caso? —Marie se ríe, inclinándose hacia delante para oler su bebida—. Estaré más borracha que una cuba cuando me termine esto. ¿Has vaciado toda una botella de vodka, Axe?

—Sí que es más deleitable cuando está borracha —es cuanto dice Axe antes de desaparecer tras la barra.

—¿Más deleitable cuando estoy borracha? ¿Quién demonios dice «deleitable»? ¿Dónde estudiaste, Axe? ¿En Princeton? —le grita ella.

—Te estás distrayendo, Marie —interviene Lina—. Mina estaba a punto de contarnos todo el sexo telefónico que ha tenido con Shadow.

Me pongo roja como un tomate.

—Oh, no, no, no, no. Nada de eso.

—Pero sí has estado hablando con él a menudo, ¿no?

Doy un buen trago a mi bebida.

Quién hubiera pensado que un motero me serviría el mejor sex on the beach que he probado nunca. O que estaría dispuesta a involucrarme de cualquier forma con un club de moteros. No, no es verdad... esto no es... involucrarse. Es muy probable que, al igual que yo, ellos no tengan nada que ver con el funcionamiento interno de este lugar.

Pongo los ojos en blanco, tratando de recuperar el hilo de mis pensamientos.

—¿Vais a criticarme por cada palabra que diga?

—Quizás —dicen al unísono y todas nos echamos a reír.

Así transcurre el resto de la noche. Bebemos, comemos y me atosigan una y otra vez con Knox. Todo es una gran broma que termina con ellas cantando esa vieja cancioncilla infantil: «Mina y Shadow están enamorados».

Cuando salimos del bar, estoy tan borracha que, en lugar de decirles que se callen, les corrijo y les digo que si Mina está enamorada de alguien, es de Knox, porque a Shadow apenas lo conoce.

Miro mi coche mientras pasamos junto a él para dirigirnos al bosque que hay detrás del edificio principal.

¿Cómo es posible que ahora me dé cuenta de que llegar a casa va a ser un problema?

Soy médica, sé que no debo ni pensar en ponerme al volante cuando apenas puedo caminar en línea recta. Lo último que quiero es confundir un árbol con la carretera y acabar con los sesos esparcidos por el asfalto.

El trayecto hasta el «lugar adecuado» en el bosque nos lleva unos diez minutos. No porque sea un paseo de diez minutos, sino porque los tragos de Axe se han ido haciendo cada vez más fuertes a medida que los servía, lo que significa que nuestros pasos se han vuelto cada vez más torpes.

Después de rebuscar un poco en su chaqueta, Marie saca una linterna e ilumina la zona. Hay unos tocones de árbol formando un círculo. En el centro, los restos de una antigua hoguera. Se gira hacia la derecha e ilumina una pila de leña y una caja grande de plástico.

Me acerco mientras abre la caja. En poco tiempo, me va pasando un objeto tras otro. Una manta. Otra manta. La linterna.

—¡Ah, lo tengo! —exclama radiante, agitando un paquete de encendedores—. Lina, Crystal, ¿queréis echar una mano?

Se acercan riendo y con los brazos cargados de leña.

Volvemos al círculo de tocones, nos sentamos y batallamos para encender el fuego.

Se hace el silencio mientras nos acurrucamos juntas, observando cómo las llamas bailan sobre la leña y el humo se eleva hacia el cielo. Se está bien aquí fuera. En paz. En completa paz.

—Quizás podrías pensar en poner unas hamacas. No hay nada mejor que una siesta bajo las estrellas —digo pensativa, trazando las constelaciones con los dedos.

—Qué pija eres —se burla Lina—. La gente normal como nosotras se conforma con una manta y un montón de hojas como almohada.

—Eso es buscarse problemas de espalda —le respondo.

—Es médica, sabe de lo que habla.

—También fue a un colegio privado.

—Oye —la interrumpo, Knox también.

—Hmm. Pero él también sabe cómo pasar apuros.

Arrojo un leño al fuego.

—¿Apuros? Knox vive en un club con un chef, un camarero y alguien que se encarga de las tareas domésticas.

—Tú vives en una mansión. —Crystal abre los brazos de forma exagerada.

—Con cadáveres enterrados en el jardín —añado.

Están tan ojipláticas que cualquiera diría que los moteros son conocidos por preservar la vida en lugar de acabar con ella.

—¿De verdad hay cadáveres en el jardín? ¿Ese tío se cargó de verdad a toda su familia?

—No —me río—. El anterior propietario se mudó por trabajo con su familia, que está muy viva.

—Qué aburrido —bosteza Lina.

Marie niega con la cabeza a su amiga.

—¿Preferirías que viviera en una casa donde hubo un asesinato? ¿Cómo se llama a la gente a la que le ponen cachonda las cosas sangrientas?

—Ni idea, pero ¿cómo se llama cuando llevas tres horas aguantándote el pis? —Crystal se frota las rodillas.

—Un accidente de vejiga inminente —respondo riendo.

—Vale. Bueno, quizá debería ocuparme de mi accidente inminente antes de apagar el fuego con un litro de pis.

—¡Qué asco! —Marie se aleja de Crystal y se acerca a mí.

—Te acompaño. —Me levanto y, entrelazando mi brazo con el suyo, nos dirigimos al baño.

Crystal entra en el edificio y yo espero fuera, jugando con mi teléfono para matar el tiempo. Es esa distracción la que me hace ignorar el sonido de los pasos que se acercan, y solo me doy cuenta de la presencia de alguien cuando unas manos grandes y ásperas me hacen girar.

—Knox —susurro, pero es lo único que consigo decir antes de que sus labios se estrellen con los míos con tanta fuerza que me dejan sin energía.

Mi cabeza da vueltas, una mezcla de su aroma a madera y el alcohol me hace sentir como si estuviera flotando. Tan rápido como

me besó, se aleja.

—Tengo que irme —dice—. Ya me odiarás más tarde por ese beso.

Con los ojos muy abiertos y sin aliento, lo miro. Emocionada, decepcionada. No sé qué es lo que siento, pero sé que mis labios hormiguean de una forma que me dice que quieren más.

—Te he echado de menos —susurro.

Él se ríe. Se mete las manos en los bolsillos de la chaqueta, saca un manojo de llaves y elige una.

—No deberías conducir esta noche —me dice, entregándome la llave.

Dudo al cogerla.

—¿Significa eso que te veré esta noche?

El arrepentimiento le frunce el ceño.

—Lo dudo, pero parece que te gustaba mi cama incluso sin mí.

Y así, sin más, se marcha, corriendo hacia su pandilla. Lo observo hasta que desaparece entre la multitud de hombres.

—Eso. Ha. Sido. Supersexy —dice la voz de Crystal.

Me alegro de que la oscuridad de la noche disimule el rubor que se ha apoderado de mis mejillas.

—Ni se te ocurra decirle nada a las otras chicas.

Se lleva los dedos a la boca, cerrando los labios con un gesto de silencio.

—No diré nada si tú tampoco lo haces. Pero prométeme que mañana, durante el desayuno, me contarás todos los detalles jugosos.

—¿Quién ha dicho que vaya a quedarme a dormir?

Crystal alarga una mano y me da una palmada en el hombro.

—Lo ha dicho Shadow y, por muy rebelde que finjas ser, estoy segura de que vas a hacerle caso.

VEINTICUATRO



SANGRE, VIOLENCIA Y TODO LO BUENO

MINA

Crystal no se equivocaba. Pasé otras dos horas con las chicas, hablando de esto y aquello, mirando las estrellas, la luna y yendo al baño demasiadas veces, pero a medida que avanzaba la noche y el cansancio empezaba a apoderarse de todas nosotras, sabíamos que era mejor no intentar alargar la noche más.

Siendo tan encantadora como es, Crystal me cubrió cuando llegó el momento de dormir y les dijo a las chicas que dormiría con ella.

Queriendo que la mentira fuera creíble, seguí a Crystal hasta su habitación. Cuando no hubo moros en la costa, crucé a hurtadillas el patio hasta la habitación de Knox, con Snuffles bajo el brazo.

Por un momento, volví a sentirme como una adolescente enamorada, acurrucada y escondida, aterrorizada por que me pillaran rompiendo las reglas, pero motivada por llegar hasta la única persona que sabía cómo abrazarme.

Ahora, tumbada en la cama de Knox, con la suavidad del colchón acunándome hasta dormir, no estoy segura de que haya sido una buena idea. Knox no está aquí, pero su olor lo impregna *todo*, al igual que el recuerdo del beso que me dio antes de irse.

Aprieto los ojos con fuerza. Llevo mucho tiempo sin follar. Sé cómo calmar la necesidad de tener algo duro entre los muslos. El

alcohol me está confundiendo, haciéndome desear cosas que no me incumben.

Knox y yo quizá nos llevemos mejor ahora. Pero unas cuantas conversaciones y mensajes de texto no arreglan lo que se rompió entre nosotros, ni pueden construir la confianza. Antes de que el sexo tenga siquiera la posibilidad de plantearse, tenemos cosas que aclarar. Puede que lo que pasó entre nosotros sucediese cuando éramos adolescentes, por lo que hay una parte de mí que quiere pensar que no es para tanto. Que debería pasar página y ver si hoy es mejor hombre que hace tantos años. Perdonarlo ciegamente, todo por follar. La adulta que llevo dentro, la que quizá aún está un poco sobria, sabe que hay que ir poco a poco. Ver hasta dónde puede llegar este corazón tan tierno.

Estoy hecha un lío, dando vueltas en una cama demasiado grande para una sola persona. Por más ovejas que intente contar, el sueño sigue alcanzarme.

Saco el móvil y abro la aplicación de Kindle. No hay nada que borre el apetito sexual como una buena novela policíaca, así que eso es justo en lo que me sumerjo. Sangre, violencia, todo lo bueno.

VEINTICINCO



TREINTA MINUTOS

SHADOW

Thomas es más inteligente de lo que necesito. Más astuto de lo que necesito.

Hemos sido mejores amigos desde que tengo memoria, pero a veces me pregunto si alguna vez lo conocí realmente. Solía ser un libro abierto. El único motero en el mundo que mostraba abiertamente sus sentimientos. Ahora es el tipo de persona que dispara por la espalda a su mejor amigo, anda por ahí en una furgoneta blanca de secuestradores y asesina a hombres que le han salvado el pellejo más veces de las que puede contar. Hombres con los que creció. Hombres que eran la única familia que había conocido.

Saco una foto suya y se la entrego a los brasileños. Es una foto en la que salimos los dos sonriendo. Ese día acabábamos de volver de un trabajo exitoso y estábamos deseando comer la lasaña de mi madre. Ella nos vio sonriendo y charlando y, como hacen las madres, sacó la cámara y gritó «¡Sonreíd!».

La foto estaba colgada en la pared de mi salón, justo al lado de la foto de mi hermana. Ahora está fuera del marco, rota por la mitad, y lo único que queda de mí es el brazo que tengo sobre el hombro de Thomas.

Salvador, su presidente, coge la foto y la mira con un ceño fruncido que llega hasta sus ojos negros.

Inclinando la cabeza hacia atrás, Salvador se aclara la garganta antes de escupir un montón de flema sobre la foto. Estamos sentados en la larga mesa de la sala de reuniones. Ellos a un lado. Nosotros al otro. Aun así, me estremezco al ver la porquería que sale de su garganta.

—*É isso que fazemos com os traidores na minha terra* —dice, tirando la foto al suelo y pisoteándola con sus pesadas botas negras.

—Eso es lo que hacemos con los traidores en mi tierra —traduce Paulo, su mano derecha.

—La última vez que lo vimos, iba pavoneándose como un canalla con traje —dice Tanker.

No es así como quería que acabaran las cosas, pero por muy grande que sea nuestro club, es evidente que no somos lo suficientemente grandes como para atrapar a una pequeña comadreja.

No tenemos más remedio que aceptar cualquier ayuda que nos ofrezcan. Además, ahora los brasileños también tienen intereses en juego.

No importa que les consigamos otro cargamento. Siguen queriendo sangre. Nosotros también. Solo tenemos que dejarles claro que somos nosotros quienes le rajarán la yugular.

—Si lo encontráis, traedlo aquí vivo —digo con voz firme—. Arrancadle los dientes. Arrancadle los dedos, si queréis. Pero la muerte final es nuestra.

Salvador se pasa la lengua por los dientes, con expresión indescifrable. Creo que va a protestar, pero en lugar de eso, me tiende la mano.

—Temos um acordo.

—Hay trato —coincido.

Con todo eso arreglado, pasamos a la siguiente parte: darles la bienvenida. Las zorras del club están en fila, listas para competir con las chicas de Brasil.

Se abren las puertas y, a partir de ahí, todo es sexo con tacones y sonrisas seductoras. Los hombres son conducidos al gran salón,

donde el alcohol fluye libremente y la ropa se desprende con facilidad. Hay una suite preparada para Salvador, por si lo necesita. El resto de los hombres tendrán que ser creativos a la hora de follar.

Hoy tenemos a Briana detrás de la barra. Axe puede que prepare mejores cócteles, pero Briana es mucho más agradable a la vista.

Me sirve mi copa habitual, un whisky con hielo, y me lanza una mirada seductora tras sus largas pestañas. Lo último que quiero es estar aquí sentado, pero el protocolo me obliga a no saltar del barco antes de que zarpe.

—Betty dijo que estabas de mal humor la otra noche —dice Briana.

Normalmente, las chicas saben que no deben involucrarme en sus cotilleos. Pero se trata de Briana, la mejor amiga de mi hermana. La mejor amiga de mi *difunta* hermana. ¿Ex mejor amiga? Nunca me acostumbraré a hablar de Victoria en pasado.

No vayas por ahí, Shadow, grita mi cerebro.

Doy un sorbo a mi whisky.

—¿De mal humor?

—De mal humor —repite ella—. ¿Estás bien?

—Hace tiempo que no estoy bien. Pero ya sabes cómo es.

La tristeza florece en sus ojos y me dan ganas de darme una patada por cargarle con mis problemas, sobre todo cuando sé que ella está hablando de algo completamente diferente.

Se sacude un poco antes de acercarse para beber un sorbo de mi whisky.

—¿La doctora era bailarina de ballet?

—¿Por qué está todo el mundo tan preocupado por la doctora?

—No me preocupa ella. Victoria y yo nunca tuvimos secretos, ¿recuerdas? Lo que significa que cualquier secreto que le contaste a ella también se convirtió en mío. Entonces, ¿la doctora es la bailarina?

—La doctora es la bailarina —admito.

—Vale.

Frunzo el ceño, esperando a que diga algo, si no con palabras, al menos con su expresión facial. Nada. Ni siquiera un indicio de que esté triste, intrigada, decepcionada o feliz por ello.

—¿Vale? —pregunto—. ¿Eso es todo?

Se encoge de hombros y se da la vuelta para preparar una serie de chupitos para los hombres que se acercan con paso firme a la barra.

—Eso es todo —dice, dándome la espalda y sonriendo ampliamente a los hombres que ahora están frente a ella.

Se han bebido los chupitos que Briana ha puesto en la barra y ahora le lanzan órdenes con su marcado acento brasileño.

Tamborileo con los dedos, esperando a que termine. Tarda un rato en dejar de sonreír, verter, mezclar y servir.

—Otra vez te pregunto —digo cuando por fin vuelve a prestarme atención—. ¿Eso es todo?

—Sí, ahora ya no me preocupas. Bueno... aparte del hecho de que tu padre se crea que la mataste.

—Nunca le dije que la mataría. Le dije que mantendría la boca cerrada, y lo ha hecho.

La saqué del complejo cuando él me lo pidió. No le hará gracia saber que ha vuelto, pero eso es un problema para otro día.

—Olvida lo que dijo mi padre, ¿cómo es que el hecho de que la médica sea bailarina significa que puedes dejar de preocuparte por mí?

Me da una palmadita en el hombro.

—Está aquí —dice—. Pero eso ya lo sabes, porque no podría estar en el complejo sin que tú lo supieras.

—Está visitando a Crystal y al resto. Esto no tiene nada que ver conmigo.

Briana asiente con la cabeza y da un sorbo a mi whisky.

—Sí, pero no estaría visitando a nadie aquí si no tuviera tu permiso explícito. Es algo bueno. Significa que estás permitiendo que las personas que se preocupan por ti vuelvan a estar cerca. A Victoria le caía bien y si Vicky la aprobaba....

—No necesito tu aprobación —espeto, quizá con un poco de dureza. Pero odio que pueda hablar de mi hermana con tanta facilidad y tan abiertamente. Como si los recuerdos que Briana guarda en su mente fueran buenos. No es culpa suya. Si soy sincero, es mejor así. No puedo imaginar qué habría sido de ella si hubiera

sido ella quien encontrara el cuerpo de Victoria. Tal y como están las cosas, ese trauma recae sobre mis hombros.

—No necesitas mi aprobación, claro. No necesitas mi apoyo, ni mi ayuda, ni mi hombro para llorar. Yo fui una de las personas a las que alejaste, ¿recuerdas?

Se me encoge el corazón. Fui un capullo con todo el mundo cuando murió Vicky. Especialmente con las personas que más significaban para ella.

Abro la boca para decir algo, pero Briana me detiene con un dedo en los labios.

—Te estoy diciendo que está bien volver a enamorarte porque, aunque creas que no lo necesitas, una parte de mí sabe que sí. Así que, ¿vas a ver a la bailarina esta noche?

—No

—Vale.

—Deja de decir «vale» a todo lo que digo. Te hace parecerte.... —No termino la frase, a pesar de lo cierta que es, pero Briana ya sabe lo que iba a salir de mi boca.

Cuando éramos adolescentes, había veces que Victoria se escapaba y Briana se hacía pasar por ella y contestaba a las llamadas de mi madre.

Ahora la miro, con el mismo peinado que llevaba antes de la muerte de mi hermana, casi idéntico al que tenía mi hermana antes de fallecer, salvo por un pequeño detalle. Mientras que la mitad derecha de la cabeza de Briana es rubia y la izquierda negra, la de mi hermana era al revés: la mitad derecha negra y la izquierda rubia.

Es lo que más odio de Briana y quizá una de las razones por las que me mantuve alejado de ella después de la muerte de Victoria. Ese pelo me engañó demasiadas veces. Me hizo olvidar por unos segundos que Vicky había muerto, solo para que Briana se diera la vuelta y me mirara con la cara equivocada.

Una vez estuve a punto de cortarle el pelo. La acorralé contra una pared y le puse la navaja en los largos mechones. No es un recuerdo que me guste tener, solo uno de los hechos que demuestran lo jodido que estaba.

—Debería volver con los demás —le digo.

No paso tanto tiempo como debería mezclándome con la gente. Mi padre me dará la tabarra por eso por la mañana, eso es fijo. Pero me la suda.

Los pensamientos sobre Victoria se mezclan con los de otra chica. ¿Cuánto le contaría Vicky a Briana sobre Mimi? ¿Y por qué me importa tanto que Briana lo apruebe?

Camino solo de vuelta a mi habitación. La noche ha refrescado un poco y es más oscura que una sombra, con solo la luz de la luna y las estrellas dispersas iluminando el camino. Aun así, he recorrido este trayecto desde que di mis primeros pasos.

Me invade una energía nerviosa al pensar que mi cama podría no estar vacía esta noche. Una parte de mí no quiere que Mina esté allí y otra parte la desea con todas sus fuerzas. No estoy seguro de lo que significará si está y tampoco estoy seguro de qué significará si no está.

Busco a tientas debajo de la maceta de la puerta principal y saco mi llave de repuesto.

En cuanto entro, una bola de peluche se enrosca en mis pies.

—Sr. Snuffles —susurro, levantándolo.

Así que supongo que Mina decidió venir después de todo. El hecho de que esté dando vueltas por la casa y dirigiéndome al dormitorio responde en cierta medida a mi pregunta anterior. La quería aquí. Más de lo que creía.

El aroma de su perfume de canela flota en el aire cuando entro en el dormitorio. Está dormida. Esta vez boca arriba, con el teléfono apoyado en el pecho.

Me quito los zapatos y me acerco a ella, le quito el teléfono y lo dejo en la mesita de noche.

—Te he echado mucho de menos —le susurro al oído, inclinándome para besarle los labios. Sabe a ron, vodka y sirope de fresa. No es algo que me traiga recuerdos del pasado, pero mientras sea ella, podría convertirse en mi sabor favorito.

Mina se remueve un poco. Murmura algo en sueños. Pero no se despierta.

Me muevo en silencio por la habitación, quitándome la ropa.

Me cepillo los dientes, me lavo la cara y, después de lo que parece una eternidad, me acuesto con ella.

El despertador me dice que son más de las tres de la madrugada. En una noche normal que se alarga hasta tan tarde, diría «que le den» y descartaría por completo la idea de dormir. Tres horas de sueño probablemente te dejarán más cansado que si no hubieras dormido nada. Aun así, con Mina en mi cama y sin saber si volverá a estar aquí, no voy a desperdiciar esta oportunidad.

Me giro hacia un lado y atraigo su cuerpo hacia el mío.

—Knox —murmura.

—Shhh —le susurro—. Deberías descansar un poco.

Mi polla no está de acuerdo. Lo único que quiere es pasar las próximas tres horas recordando la estrechez de cada uno de sus agujeros.

LA MAÑANA LLEGA DEMASIADO PRONTO. Más pronto para Mina, supongo, ya que me despierto y la encuentro mirándome, examinando mi rostro como si intentara grabarlo a fuego en su memoria.

Le cojo la mano, la aparto de mi mejilla y la acerco a mis labios, besándole el dorso.

—¿Cómo has dormido? —me pregunta.

—Frustrado —respondo riendo.

—¿Una noche dura?

—Me fui a dormir con ganas de follar contigo. Dime tú si eso cuenta como una noche dura.

Se sonroja, con las mejillas cálidas y ruborizadas.

—¿Qué te lo impidió? —pregunta.

Mantengo la compostura mientras respondo, intentando por todos los medios no dejar entrever lo que sus palabras me provocan.

—Los ronquidos —digo, poniéndole cara de asco—. No es tu cualidad más atractiva.

—Yo *no* ronco.

Intenta apartarse de mí, pero la abrazo con fuerza, lo suficiente como para que sienta la dureza de la erección que estoy seguro de que ha durado toda la puta noche.

—Vale, pero, aunque ronque, ahora no estoy roncando.

—¿Es eso una invitación? —le susurro.

Con una mano, cuelo la mano bajo las sábanas, abriéndome camino entre sus bragas hasta llegar a su centro. Mina inhala con fuerza y retiene el aire mientras deslizo los dedos contra su centro.

Está más húmeda que una puta cascada y mi polla se endurece aún más contra mis calzoncillos, deseando nada más que probarla.

Levanto las manos y le limpio los dedos con la lengua, embriagándome con su sabor.

—No tengo tiempo para follar contigo —le digo.

La decepción le frunce el ceño.

—¿Cuándo tienes que irte?

Miro el reloj.

—Cuarenta minutos si lo estiro al máximo. Media hora sería mejor.

Ella inclina la cabeza hacia un lado, aparentemente calculando algo antes de tirar de las sábanas y montarse a horcajadas sobre mí.

Lleva un sujetador negro de encaje, de esos sin relleno, y casi puedo ver cómo se le marcan los pezones a través de él.

Mi polla palpita al ver sus braguitas a juego. Sus pechos están más llenos ahora que entonces, más que dos manos mías.

Con un dedo, le bajo el encaje del sujetador, dejando al descubierto un pezón maravillosamente erecto. Y luego el otro.

Lo pellizco, haciendo rodar la tierna carne entre mis dedos. Mina echa la cabeza hacia atrás.

—Treinta minutos es mucho tiempo —dice en tono burlón, con la voz entrecortada mientras se refrota contra mi polla. Lo juro por Dios, no puedo aguantar más.

Aprieto los dientes, luchando contra mis propios deseos.

—Treinta minutos son suficientes para follarte, pero eso no es lo que quiero. Llámame cursi, pero no eres el tipo de chica de la que quiero huir después de acostarme con ella.

La decepción se refleja en su mirada. Sé que tampoco puedo dejarla así. No me cuesta nada darle la vuelta y ponerla boca arriba. Solo porque yo no pueda conseguir lo que quiero, no significa que ella no pueda conseguir lo suyo.

Recorro su cuerpo con la lengua, dejando un rastro de besos y mordiscos aquí y allá.

Llego a sus bragas, me detengo, muerdo la tela y la bajo hasta sus rodillas. Ella usa el talón del pie para quitárselas por completo.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que la tuve así?

¿Cuántas noches me he despertado deseando nada más que sentir su sabor en mi lengua?

Sujeto la parte posterior de sus rodillas y le levanto las piernas, acomodándome cómodamente entre sus muslos. El comienzo es lento, mi lengua se toma todo el tiempo que necesita para lamer todos sus jugos.

Paso de su entrada a su clítoris. Solo lamiendo. Solo saboreando. Sus piernas tiemblan, esta pequeña sensación ya es demasiado para ella. Justo cuando menos se lo espera, entro en ella, dos dedos se deslizan en su centro y, madre mía, siento como si estuviera colgando de un hilo.

Mina deja escapar un gemido. Crudo. Gutural. Jodidamente sexy.

—Knox —susurra.

—¿Te gusta, nena? —Muevo los dedos hacia dentro y hacia fuera, con las yemas dobladas para golpear su punto G al entrar *y* al salir.

Su clítoris es una manojo de nervios cuando cierro los labios alrededor, chupando, bombeando con los dedos, haciendo que sus gritos sean cada vez más fuertes y agudos. Sus dedos agitados se tensan en mi pelo, moviéndose al ritmo que he creado.

—Oh, Dios... oh, Dios... Knox —canta, con el cuerpo contraído, temblando, respirando con dificultad y rapidez.

—Ha sido demasiado fácil —le digo.

Subo por su cuerpo tal y como bajé, sin olvidar ni un solo punto. Apoyo mi peso en las manos, flotando sobre ella mientras le doy un beso en los labios.

Ella no está lista para que me vaya todavía y me atrapa entre sus dientes.

—Todavía nos quedan quince minutos.

Muevo la cabeza de un lado a otro.

—Tengo que limpiarme. Si salgo ahí oliendo así, tendré una manada de moteros cachondos haciendo cola en mi puerta para probarte.

—¿Es celos lo que percibo en tu voz?

La miro con severidad.

—No. Es solo que prefiero no tener que matar a mis propios hombres.

Mina pone los ojos en blanco, pero me suelta. Me quito los calzoncillos, de cara a ella, y me agarro la polla con la mano.

—Podría hacer que te corras en cinco minutos —se ofrece.

Joder. Qué bien se sentiría que su boca sustituyera a mis manos. Que su saliva empapara mi polla hasta los huevos.

—Antes de poseerte, hay algo que debemos aclarar —digo.

La expresión de su mirada me dice que sabe que no me equivoco. Han pasado años y, a pesar de nuestras conversaciones nocturnas, todavía hay muchas cosas que ambos necesitamos decirnos. Cosas que solo se pueden decir cara a cara.

Ella no está preparada para oírlas.

Y yo no estoy listo para decirlas.

Me doy una ducha rápida, me visto y le doy un beso en la frente antes de salir por la puerta.

VEINTISÉIS



NO ES INDOLORO

MINA

Mantener en secreto el hecho de que había dormido en la habitación de Knox resultó imposible. Así las cosas, pasé la mañana viéndome atosigada por las chicas y sonrojándome como una tonta mientras intentaba evadir sus preguntas.

Una vez satisfechas con la información que me sonsacaron, nos esperaba un día lleno de aventuras.

Marie pensó que, con la perspectiva de pasar más tiempo en el club, al menos debería intentar... integrarme. Pasamos tres horas en su tienda favorita mientras se turnaban para vestirme con vestidos ajustados y tops que eran demasiado escasos.

A continuación, fuimos al salón de belleza, donde nos hicimos la manicura y la pedicura, y luego, como no podía faltar, visitamos el spa. Tratamientos faciales, masajes... Lo probamos todo.

Con la piel tan suave como el culito de un bebé, volvimos renovadas, rejuvenecidas y tan relajadas que lo único que quería era una cama grande y mullida en la que perderme.

Mis planes se vieron truncados en cuanto llegamos al complejo. Un grupo heterogéneo de hombres con chaquetas de cuero y trajes se abalanzó sobre el coche, golpeando las ventanillas como si su vida dependiera de romper el cristal.

—¿La doctora está con vosotroas?

Abro la puerta, empujando a uno de los hombres para que se aparte mientras salgo del vehículo, con el corazón en un puño.

¿Le ha pasado algo a Knox? Quiero preguntar, pero no puedo articular palabra.

Me giro, buscando un rostro familiar, pero Marie, Crystal y Lina no son más que unas siluetas borrosas detrás de la ventana.

Una mano me agarra del brazo y me arrastra con fuerza hacia el caos. Mis pies no están lo suficientemente firmes, no son lo suficientemente fuertes, no son lo suficientemente rápidos.

Tropiezo al intentar seguir el ritmo, pero la fuerza con la que me sujetan me impide caer. Cuanto más me acerco, más fuertes se vuelven las voces, aunque sus palabras siguen siendo imposibles de descifrar.

El corazón me late con fuerza en el pecho y casi se detiene cuando veo una cabeza llena de pelo oscuro y brillante. *Knox*. Está encorvado, con las manos arañando su cuero cabelludo, el tatuaje de SINNER en su dedo es una indicación más de que *es* él. Vivo. Ileso. Aun así, mi corazón no se calma porque, aunque Knox está a salvo, es evidente que alguien no lo está.

Al sentir mi presencia, Knox se da la vuelta. Les grita algo a sus hombres, que retroceden, dejando al descubierto el sangriento desastre del hombre que está en el centro, que grita de dolor, con media cara desfigurada y llena de gravilla.

Contemplo la horrible herida que se presenta ante mí. Puede que no sea una cuestión de vida o muerte, pero para la víctima, sin duda lo es.

—¿Puedes ayudarlo? —pregunta uno de los demás.

—Llevadlo a la enfermería —digo apresuradamente, mientras ya me dirijo hacia allí.

Dentro, me limpio las manos, con Knox como asistente, que me pone los guantes y me pasa las herramientas que necesito a medida que se las pido.

En este momento, la anestesia general sería un lujo. Tal y como están las cosas, tenemos que trabajar como si estuviéramos en la Edad Media.

Runner, el hombre que yace sobre mi mesa, ya no es el motero bruto, sino solo un paciente que sufre. Vulnerable, incapaz de apretar los dientes y soportar el dolor.

Los analgésicos que le he administrado aún no han hecho efecto, pero incluso cuando lo hagan, no aliviarán el dolor lo suficiente como para que pueda superar esta dura prueba sin estrés.

Sus gritos cortan como cuchillos, rasgando el aire. Maldice y se retuerce, suplica y ruega. No importa cuánto tiempo lleves siendo médico ni cuántas vidas hayas salvado, esto es algo que siempre te impacta como si fuera la primera vez: lo vulnerables que somos todos cuando sufrimos.

Tardo dos horas en extraer hasta la última partícula de suciedad, cristal y restos diversos de sus heridas. Cuando salgo del edificio, encuentro a Crystal fuera, mordiéndose las uñas hasta la raíz.

—¿Se va a poner bien? —Esa pregunta lo dice todo. Él significa *mucho* para ella.

—Estará bien —le digo—. Entra. Le alegrará tener compañía.

Ella niega con la cabeza y se recompone.

—No. Está bien. Solo quería saber que estaba bien.

La miro fijamente, sin querer entrometerme, pero sintiendo que no tengo otra opción.

—La vida es corta, Crystal. Más corta de lo que a veces nos gustaría.

—Oh, déjate de tonterías, Mina. ¿Cuánto tiempo tardaste en perdonar a Knox por volver a casa? No tienes ni idea de lo que me ha hecho pasar Runner. Lo último que se merece es mi perdón. —Me lanza las palabras como puñales. Aunque me duelen, no me ofendo. Es obvio que está lidiando con sus propios problemas. Sería la última persona en fingir que no sé lo que se siente.

Me inclino hacia delante y la atraigo hacia mí para darle un abrazo. Ella no me lo devuelve, pero se relaja entre mis brazos.

—Lo siento —le digo—. Si alguna vez quieres hablar de ello, aquí me tienes para escucharte.

—No hay nada de qué hablar —gruñe y se da la vuelta.

Knox y yo volvemos a su habitación, donde me dejo caer en el sofá, sin una pizca de energía.

—¿Crees que podrás ir a ver a Runner en los próximos días? —me pregunta.

—Tengo que volver al trabajo mañana —le recuerdo—. Pero podría intentar pasarme antes o después. Mientras tanto, alguien tiene que vigilar sus heridas. Ayudar a volver a aplicar el ungüento. Asegurarse de que no se infecta nada. Inclino la cabeza, mirándolo con curiosidad—. ¿Cómo es que no tenéis un médico en plantilla?

—Lo teníamos —responde él—. Pero... es una larga historia que comienza con la muerte de mi madre, y mi padre... bueno.... —Exhala un suspiro que tiembla en sus labios—. El médico no pudo salvarla, así que mi padre se ocupó de él.

Lo miro fijamente, con ansiedad, miedo y muchas otras cosas que hacen que mis palabras salgan con dificultad—.

—Se ocupó de él. ¿O sea...?

Knox se inclina y me besa en la sien.

—Sobrevivió. Pero a duras penas.

Me aparto de él.

—No me parezco en nada a mi padre —promete, con una mirada sincera al pronunciar las palabras.

—Hablas de la muerte como si no fuera nada.

—Hay gente que está mejor muerta, Mina. No digo que sea el caso del médico, pero.... —Cuanto más habla, más se frunce mi ceño y él deja de hablar por completo—. Son mundos diferentes —concluye.

Y vaya si tiene razón.

—Quién sabe, quizá la gran doctora Bradshaw considere hacer que su estancia aquí sea algo permanente y entonces podamos dejar de buscar.

—El hospital me necesita —digo.

Knox da un paso hacia mí.

—Gracias —dice, mirándome a los ojos y sosteniendo mi mirada.

—¿Por qué?

—Por salvarme el alma.

Tragué saliva, con la garganta seca de repente. Me miraba con más emociones de las que podía clasificar. Sabía que teníamos que hablar. Lo sabía en lo más profundo de mi ser.

Han pasado demasiados años desde el amor que sentíamos y muy pocos desde el odio que siento por él, pero, aun así, lo quiero. Más de lo que he querido a nadie en mucho, mucho tiempo. ¿Y qué si esto no es un reencuentro romántico? ¿Y qué si tiene que marcharse a los pocos minutos de hacerme suya? Necesito su cercanía.

Me levanto del sofá y acorto la distancia entre nosotros. Mis manos le quitan la chaqueta de cuero de la espalda y esta cae al suelo con un golpe seco. No intercambiamos ninguna palabra mientras lo desnudo. Poco a poco. Prenda a prenda.

Su cuerpo es más fuerte que en años anteriores, con músculos marcados en cada centímetro. Sus abdominales son protuberancias firmes por las que deslizo las manos hasta llegar a sus calzoncillos. Sus ojos color avellana brillan, llenos de deseo y expectación.

—No tienes por qué....

Le pongo un dedo en los labios mientras le acaricio el pene.

—Pero quiero.

La simple sensación de sentir su deseo por mí es paralizante y la mirada que pone cuando intenta mantener la compostura es indescriptible.

—¿Estás segura? —pregunta.

—Una vida sin remordimientos... —digo, dejando la frase en el aire mientras acerco mis labios a los suyos y lo beso profundamente.

Lo que ocurre a continuación es un caos de desesperación. En un abrir y cerrar de ojos, me quedo sin ropa y me veo sobre la mesa del comedor, con las piernas abiertas como la bailarina que ya no soy.

—Estás muy húmeda —susurra. Y no miente. Puedo sentir mis propios fluidos goteándome por los muslos, rogándole a Knox que haga uso de la lubricación que mi cuerpo le ofrece tan fácilmente.

Knox se detiene un milisegundo, con los ojos clavados en los míos, antes de penetrarme. Hay dolor. Hay placer. Demasiado de ambos, pero aun así quiero más.

—Más fuerte —gruño, y él no me decepciona.

Con las manos contra mis muslos, Knox se hunde dentro de mí, una y otra vez, tragándose cada gemido que se escapa de mi

garganta.

—Eres el cielo —susurra, retrocediendo. Esta vez, lentamente, con todo el control que puede, mueve su polla dentro de mí.

Lo siento todo. Cada pulso, cada vena, cada embestida. Todo lo que nunca pensé que sería capaz de hacerme sentir de nuevo.

VEINTISIETE



ÉL MATÓ A MI ESPOSA.

MINA

Llego al trabajo con energía. Hoy será uno de esos días en los que los turnos se solapan y se solapan y pierdo la noción del tiempo. No me hace mucha gracia, pero el trabajo es el trabajo y este es el que he elegido. Además, poner un poco de distancia entre Knox y yo es algo bueno.

Hace unas noches, nos acostamos. Revolucionario. Alucinante. Fue un polvo que rompe las reglas. No estoy segura de en qué posición nos encontramos ahora. Ni siquiera estoy segura de qué éramos mientras follábamos.

Un poco de distancia hará una de dos cosas: hacerme soñar con un futuro en el que él esté de alguna manera o hacer que me arrepienta de cada una de sus caricias.

Mi mente se desvía hacia Bob, mi mentor y la persona más cercana a un amigo que tuve en Nueva York. Él es la razón por la que me metí en medicina. Mi abuela estaba enferma, tenía Alzheimer, y yo necesitaba curarla. Era la única persona que tenía en este mundo. Mi madre no me quería y mi padre nunca formó parte de mi vida. Tanto es así que ni siquiera aparece en mi partida de nacimiento.

Sobra decir que no podía soportar la idea de perder a mi abuela. Apenas había médicos dispuestos a hacerse cargo de su caso, así que encontrar a Bob fue un auténtico milagro. Estaba cerca de la edad de jubilación, pero no tenía ninguna intención de hacerlo. Bob contaba con décadas de experiencia y décadas de investigación a sus espaldas.

Durante mis últimos años de instituto, devoré todas las revistas médicas y artículos de investigación que pude conseguir. Mi abuela acabó falleciendo. Nunca llegó a verme con la toga y el birrete. Pero Bob sí estuvo presente, igual que había estado presente durante muchos años después de eso.

El trauma sería mi comienzo, insistió. Los cirujanos traumatólogos eran los verdaderos salvadores. Los hombres y mujeres que se ponen la bata sin dudarlo. Siempre están preparados, siempre equipados para devolver la vida a los moribundos que llegan a urgencias. La neurología sería mi «trabajo secundario» si sentía que era algo que *tenía* que hacer. Luché contra eso durante un tiempo. Le dije que era imposible que algo tan complejo pudiera, o debiera, ser secundario. Al final, Bob ganó. Siempre ganaba.

Los recuerdos me marean. Me presiono los ojos con las manos para aliviarme, pero lo único que veo son más recuerdos de partes del cuerpo. No de Knox, sino de Bob. Desnudo. Viejo y frágil, pero todavía más poderoso de lo que nadie podría haber imaginado.

Busco las historias clínicas del día, necesito algo que me ayude a borrar el pasado de mi mente. Decidida a mantener el ánimo y la moral alta, empiezo con Amala.

Amala, de ocho años, acaba de recibir un trasplante de hígado que su cuerpo está deseando conservar.

Su sonrisa es radiante cuando entro en la habitación. Su piel ya no tiene un tono amarillento. Sus ojos ya no están vacíos de esperanza. A pesar de todas las muertes, hay casos que te hacen recordar lo gratificante que es este trabajo. Hoy, ella es mi estímulo. Mi luz guía.

—¿Cómo te encuentras hoy, Amala?

—Genial —responde radiante, mostrándome su teléfono—. Hace unas horas he pillado un Pokémon nuevo. Es brillante.

—¿Brillante? Vaya, debe de ser muy especial.

Le cojo el teléfono y lo miro, sonriendo al pequeño alienígena que flota por la pantalla.

—Es muy mono.

—Es chica —dice, y procede a contarme todo sobre su poder, sus ataques y todo tipo de cosas que no entiendo.

Esta es la parte del trabajo que más me gusta. Cuando mis pacientes se olvidan de que son pacientes y son lo suficientemente fuertes como para ser ellos mismos.

Sonrío ante el júbilo en su voz y le doy espacio y tiempo para que exprese toda su felicidad. Cuando se calma, empiezo con las preguntas rutinarias y compruebo sus constantes vitales mientras responde. En un santiamén, termino y todo el proceso de pinchazos y palpaciones transcurre sin contratiempos.

—Todo está bien —le digo—. Parece que ya estás casi lista para atrapar Pokémons en el mundo real.

—¿Lo dices en serio, Dra. Bradshaw?

—Al cien por cien.

—¡Cien por cien es bueno!

Sigo en una nube cuando salgo de la habitación de Amala. Las enfermeras y los demás médicos me miran como si me hubiera salido una segunda cabeza.

—¿Todo bien, doctora Bradshaw? —me pregunta uno de ellos.

¿De verdad he estado paseándome por aquí con cara de Grinch y mi sonrisa les hace pensar que podría estar sufriendo un infarto? La respuesta es *sí, sin duda*.

—Estoy muy bien —respondo.

Hay una parte de mí que se avergüenza de la respuesta, sabiendo que esta burbuja puede estallar en cualquier momento. Pero, ¿debería importarme? He estado enfadada durante mucho tiempo. Triste durante mucho tiempo. Si ahora no siento ninguna de esas dos cosas, no tiene nada de malo demostrarlo.

No se me escapa que Knox tiene mucho que ver con mi cambio de humor. No nos hemos visto en varios días, pero hemos hablado

bastante. A veces solo es un «Hola, solo quería saber cómo estabas». Otras veces, las conversaciones se alargan, como solían hacer cuando éramos adolescentes y teníamos demasiado tiempo libre.

Continúo con el resto de mi ronda, revisando a los pacientes, hablando con los familiares, haciendo una cirugía rápida. Una vez más, todo sale a la perfección. Todo es rutina.

La primera sorpresa del día llega cuando me dirijo a la sala de urgencias a las tres en punto. Entra una figura vestida de punta en blanco con un traje azul impecable y una corbata burdeos. Me fijo bien, tratando de reconocerlo. Tras las gafas de montura gruesa, estoy segura de que conozco su cara.

Me veo avanzando en su dirección, con los ojos un poco entrecerrados.

—¿Thomas? —pregunto con cautela. Es muy posible que este hombre no sea más que un doble. El Thomas que yo conocía no llevaba gafas. Pero todos envejecemos e incluso nuestros ojos están sujetos a ese hecho inevitable.

El hombre levanta la cabeza de golpe y apoya el peso sobre una pierna.

—¿Mina?

—Hostia puta, ¿eres tú de verdad? —La emoción me invade y le abrazó.

Al principio se muestra indeciso, pero finalmente me devuelve el abrazo.

—¿Eres médica? —pregunta—. ¿En Marno Bay, nada menos?

Tiro de mi bata.

—Sí, supongo que sí. Es una larga historia. Demasiado larga para contarla en urgencias. Bueno, ¿qué te trae por aquí?

Ya estoy mirando la pierna que él se resiste a presionar. Se inclina ligeramente para remangarse el pantalón.

—Me peleé con unas herramientas de jardín —dice, dejando al descubierto una herida vendada de cualquier manera por la que ya se filtra la sangre.

—Vaya. Vale. —Miro a mi alrededor, buscando a alguien que pueda curarle, pero luego lo pienso mejor. La sala de urgencias no

está precisamente hasta arriba de casos graves y no creo que necesite más que unos puntos—. Ven conmigo. Te curaré y luego me cuentas cómo te ha ido la vida.

De nuevo, hay vacilación en su mirada. La lógica me dice que tiene algo que ver con Knox. Quizás descubrió, al igual que yo, que Knox no es el más honesto del grupo. Mi presencia en Marno Bay obviamente también lo confunde, porque está muy lejos de Nueva York y es una completa coincidencia que, de todos los lugares del mundo, haya aterrizado aquí.

—Me miras como si estuvieras viendo un fantasma.

Thomas niega con la cabeza.

—Perdona. Eres la última persona a la que esperaba encontrar aquí.

—Adelante, pregúntame lo que realmente quieres saber. —Se le escapa una leve risa, pero no se mueve, así que sigo adelante—. No, no he venido aquí por Knox, pero imagínate mi sorpresa cuando lo vi. Digamos que las cosas no salieron tan bien como podrían haber salido. Todavía albergaba mucho odio desde entonces.

—He oído que le dispararon —dice Thomas.

—Casi se muere —confirmo, atravesando la habitación hacia una cama vacía—. Dios, qué diferentes sois. Él es todo... —tartamudeo, sin saber muy bien cómo describir a Knox—. Bruto y duro —decido —, y tú eres superelegante con ese traje tan sofisticado. ¿Habéis coincidido alguna vez?

Thomas niega con la cabeza, pero no se me escapa la tristeza de sus ojos al hacerlo.

—Nos peleamos hace tiempo —me dice.

Nadie habría imaginado que Knox y yo acabaríamos así. Pero la amistad de ellos dos era sólida como una roca. Una amistad que parecía destinada a durar para siempre.

Empiezo a desenvolver el vendaje de Thomas. Aprieta los dientes mientras lo separo de la herida, tirando un poco de los trozos que se han fusionado con su carne. El corte es profundo. Ha hecho bien en venir.

Reúno todo el material que necesito en una bandeja y empiezo a limpiar y preparar la herida.

Mientras tanto, Thomas gira inconscientemente su anillo alrededor del dedo. Un anillo de boda. Dios, puede que sea el único de nuestra antigua tribu que tiene la vida en orden.

—Voy a adormecer la herida —le digo, preparando la jeringa.

Le voy explicando todo el proceso, desde el pinchazo de la aguja hasta cada punto de sutura. Está más callado de lo que esperaba, teniendo en cuenta lo hablador que era antes.

—Ya está todo listo —le digo—. Estarás un poco adormecido. Pide a alguien que te recoja o llama a un Uber para ir a casa, por seguridad.

Él baja la mirada y examina mi trabajo.

—Gracias, Mina. —Baja cojeando de la mesa—. Me ha alegrado mucho verte.

—Yo también me alegro de verte, Thomas. Y... enhorabuena por tu boda.

Gira el anillo en su dedo otra vez, con una expresión de agitación en los labios.

—No tienes ni idea, ¿verdad?

—¿Ni idea de qué?

Se da la vuelta, dispuesto a ignorar mi pregunta, pero luego lo piensa mejor. Cuando se vuelve, frunce el ceño y entrecierra los ojos, como si intentara analizar cada expresión de mi rostro.

—¿Qué demonios haces en Marno Bay, Mina?

—Es una larga historia —le digo de nuevo, confundida por su repentina agresividad. Hay algo en su actitud que me pone nerviosa, pero sigo adelante—. «La historia empieza cuando perdí a alguien a quien quería y luego casi pierdo mi licencia médica tras sufrir un colapso nervioso. Necesitaba escapar y este lugar me pareció un planeta completamente nuevo. Aquí nadie me conocía... o eso creía en aquel momento. Buscaba una escapatoria y este resultó ser el lugar perfecto.

Aprieta los dientes.

—¿Y no tuvo nada que ver con Knox?

—Nada en absoluto —le digo con sinceridad—. Ni siquiera sabía que era de aquí. La relación que tuvimos en el instituto no era muy

estrecha. Me he dado cuenta de que Knox me mintió más de lo que me dijo la verdad.

Exhala y me mira con los ojos entrecerrados.

—Si fueras lista te mantendrías alejada de él —gruñó Thomas.

—¿Qué demonios pasó entre vosotros?

Él baja la mirada, fijándola en su alianza. Cuando vuelve a levantar la vista, lo hace con lágrimas que denotan más ira que tristeza.

—El cabrón de tu exnovio mató a mi mujer —sisea—. Eso es lo que pasó entre nosotros.

Thomas se da media vuelta antes de que yo tenga tiempo de reaccionar.

Ya casi ha llegado a la puerta cuando por fin recupero la voz.

—Thomas, espera —le grito.

No se detiene. Ni siquiera un poco.

Dado que está herido, tampoco puede huir de mí.

Mi corazón late con fuerza contra mi pecho, mi cabeza da vueltas y me mareo mientras lo sigo, con pasos rápidos.

—No puedes dejarme así y marcharte —le grito, agarrándole del brazo.

Él se zafa de mí y me clava una mirada que dice más que mil palabras. Una mirada que refleja la agonía de su alma.

VEINTIOCHO



¿DÓNDE ESTÁS?

MINA

Paso los días aturdida, como un zombi, intentando afrontar la vida. En mis días libres, internet es mi mejor amigo... o mi peor enemigo, según se mire.

Knox es prácticamente un fantasma en las redes sociales, no hay ni rastro de él por ningún lado. Thomas es igual.

Sé que todos somos adultos y que la vida real es más importante que la vida online, pero al menos esperaba encontrar *algo*. Cualquier cosa. Pero no hay nada. Es muy raro. Cuando dispararon a Knox, salió en todas las noticias. Pero tampoco hay ninguna noticia en internet.

—Pueblo atrasado —susurro y doy un sorbo a mi café con leche.

Estoy sentada en una pequeña cafetería en lo que probablemente sea el centro comercial más pequeño de Estados Unidos.

Estoy rebuscando en sitios web de noticias en algún lugar de las entrañas de Google, haciendo clic en todos los artículos, desplazándome por todos los blogs. Llega un circo al pueblo. Alguien atropella a una ardilla. Un grupo de adolescentes decora la casa en la que vivo con papel higiénico. La feria.

Amplío la imagen, igual que he ampliado todas las demás, preparada para la decepción, pero esperando encontrar algo, lo que sea.

Mis ojos se agrandan cuanto más se ven las caras. Una de ellas es la de Thomas. Esta versión de él no lleva gafas y no está tan pulcro como cuando apareció en el hospital. Todo en él se parece a... *ellos*.

¿Thomas era uno de ellos?

¿Los traicionó de alguna manera?

¿Su mujer los traicionó?

¿Es por eso que Knox... se ocupó de ella?

Estoy tan perdida tratando de armar el rompecabezas de su amistad rota que casi olvido fijarme en la otra persona de la foto, acurrucada contra el pecho de Thomas. Cuando veo su cara, el impacto es tan fuerte que, por un momento, me olvido de respirar.

VEINTINUEVE



¿QUIÉN DEMONIOS ES BETTY?

SHADOW

No soy su novio ni nada por el estilo, así que el nivel de enfado que siento por que ignore mis llamadas probablemente sea totalmente injustificado. Pero, ¿cuándo he reaccionado de forma racional cuando se trata de Mina?

Por no mencionar el hecho de que pensaba que estábamos bien. Nos despedimos en buenos términos. Felices. Tuvimos sexo. Sexo revolucionario.

Mi mente vuelve a aquellos años y... Joder, así es como debió de sentirse ella cuando llegó el verano y yo desaparecí. Solo un último beso en la residencia antes de recoger nuestras cosas y marcharnos al mundo real y luego... nada. Empezó el curso y yo tampoco estaba allí. Llegó la graduación y seguía sin haber nada.

Vuelvo a marcar su número y me enfado cuando suena el mismo buzón de voz automático.

Otra vez.

Otra vez.

Otra vez.

Igual que ha estado haciendo durante los últimos tres días. Sé que no está muerta. Tampoco ha desaparecido. Es difícil que cosas así pasen desapercibidas cuando eres una de las mejores cirujanas

en el único puto hospital de por aquí. La gente la ha visto. Yo simplemente no soy una de esas personas.

Entro en la habitación de Crystal sin llamar a la puerta. Se sobresalta y me mira con los ojos muy abiertos.

—Pareces de mal humor.

—¿Dónde está Mina? —le espeto.

—Desde luego no está debajo de mi sofá, si es ahí donde piensas buscarla.

Tiene esa sonrisa descarada que Runner solía encontrar más sexy que nada en este mundo hasta que ella lo jodió. Solo sirve para irritarme aún más.

Doy un paso más. Ruidoso. Atronador.

—¿Dónde está Mina?

Arquea una ceja mientras se incorpora, de modo que ahora está sentada en lugar de tumbada en el sofá. Se inclina hacia delante y, haciendo un gesto teatral, coge el mando de la televisión y lo apaga.

—Vale, te sigo el rollo, pero primero quizá quieras explicarme qué significa realmente «¿dónde está Mina?» Por lo que yo sé, no vive en el complejo. No creo que estuviera aquí anoche, porque si no, seguramente se habría pasado a saludar.

—¿Has hablado con ella? —le susurro.

—Sí —responde con confianza.

—¿Cuándo?

—No lo sé. ¿Hace unos días?

—¿Más de tres?

Empieza a contar con los dedos. Se detiene. Vuelve a contarlos.

—¿Quizás? ¿Por qué? —Ahora está de pie, frente a mí, con una mirada asesina en los ojos—. ¿Qué le has hecho, Shadow?

Esa es la pregunta del millón, ¿no?

—Esperaba que tú me lo dijeras.

—Aún no somos ese tipo de amigas —me espeta, olvidando claramente cuál es su lugar—. Y, dependiendo de la mierda que le hayas hecho, quizá nunca lo seamos.

La miro con los ojos entrecerrados, tratando de controlar mi temperamento. He venido aquí por motivos personales, y ahora no es precisamente el momento de sacar la carta de «ponte a la fila».

Crystal saca el móvil del bolsillo. La habitación está tan silenciosa que se podría oír caer un alfiler o el sonido de un teléfono a metro y medio de distancia.

—¿Crystal?

Crystal se lleva un dedo a los labios, indicándome que me calle.

—Hola, Mina. Tengo aquí a un Shadow preocupado por ti. ¿Te importa decirme qué ha hecho este cabrón esta vez?

Mina dice algo, pero no lo entiendo muy bien. Me acerco más a Crystal, ignorando sus miradas de incredulidad, y pego la oreja al teléfono.

—Lo haré... o... no sé, quizá no —dice ella.

Suena entrecortada, irritada y tal vez incluso un poco triste. Y, de alguna manera, todo eso parece tener algo que ver *conmigo*. Algo de lo que no tengo ni puta idea.

—Vamos, Mina, soy yo. Si Shadow te ha hecho algo....

—Sí, es justo eso. Shadow hizo algo y, de alguna manera, tú y todo tu club estáis empeñados en mantenerlo en secreto.

Prácticamente puedo ver cómo giran los engranajes del cerebro de Crystal mientras intenta averiguar de qué demonios está hablando Mina. *Tú y yo, Cryssie. Tú y yo.*

—Vale. Espera. Si se trata de Betty... Tú y Shadow ni siquiera estabais juntos en ese momento.

—¿Quién coño es Betty?

—Vale, entonces no tengo ni idea de lo que estás hablando —dice Crystal.

—¿En serio? —resopla Mina—. Entonces respóndeme a esto... ¿Por qué nadie quiere hablar de lo que pasó con Victoria?

TREINTA



¡NUNCA!

SHADOW

Miro a Crystal.

Crystal me mira.

¿Qué cojones cree Mina que sabe sobre mi hermana?

Hago todo lo posible por no ladrarle al teléfono, eso sería contraproducente. No debería estar aquí. No debería formar parte de esta conversación.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que me tiembla la cara.

—Hablamos de Vicky —dice Crystal en voz baja—. Hablamos *mucho* de ella, solo que... —una mirada de dolor cruza su rostro mientras desvía la mirada hacia mí— ... no delante de Shadow.

—¿Y por qué no? —susurra Mina, con la voz quebrada—. ¿Porque es él el responsable de su muerte?

Y... sí... Ya no aprieto los dientes. Pierdo el control.

El teléfono sale de las manos de Crystal antes de que pueda pestañear y yo la sujeto con un brazo mientras ella me araña y me ruega que me calme. Calma es lo último que siento mientras empiezo a gritarle a Mina. Le grito. Grito hasta que me arden los pulmones porque ¿cómo se atreve a insinuar que yo tuve algo que ver con el asesinato de mi hermana?

—Estaba casada con Thomas —dice Mina, como si eso fuera a demostrar algo.

—Fuiste tú quien extrajo las balas que Thomas me metió en el puto cuerpo. *Sabes* de lo que es capaz y ¿me llamas *a mí* asesino?

La línea se queda en silencio. Pero su respiración no.

Hay conmoción al otro lado, como si se le hubiera caído el teléfono. Supongo que esa es una pieza del rompecabezas que aún no había encajado: que no siempre soy el malo en todas las putas historias.

—Thomas, por favor, dime que no fuiste tú quien disparó a Knox —la oigo decir y casi pierdo la cabeza.

—Te lo juro por Dios, si estás con ese cabrón ahora mismo... ¡Mina!

Nada.

—¡Mina, respóndeme!

Ni un solo sonido.

—Contéstame, me cago en la puta —Grito con todas mis fuerzas. Sé que puede que la esté asustando. Sé que tengo que mostrarme amable y tranquilo, pero ahora mismo no soy nada de eso. No puedo serlo.

Thomas.

Ha dicho su nombre. La he *oído* decir su nombre.

Puedo ser muchas cosas, pero loco no es una de ellas. No es mi mente jugándome una mala pasada.

Contemplo el móvil en mi mano, con los nudillos blancos de lo fuerte que lo estoy apretando.

—Ha colgado, joder. —Mis ojos están llenos de furia cuando los dirijo hacia Crystal.

—Tienes que hacer algo —me dice. Está temblando. Su rostro está pálido como el fantasma en el que quiero convertir a Thomas. En cualquier otro momento, habría intentado consolarla. Le habría dicho que se espabilara o algo así.

El asesinato me grita en las venas.

¿Cómo la ha encontrado?

¿Cómo lo encontró ella?

¿Por qué fueron a buscarse en primer lugar?

No importa. Para cuando empiece con él, no tendrá ninguna puta oportunidad de darme las respuestas.

Continuará…

¿Estás emocionado por saber cómo continúa la historia? Aquí encontrarás el siguiente libro de la serie en Amazon.